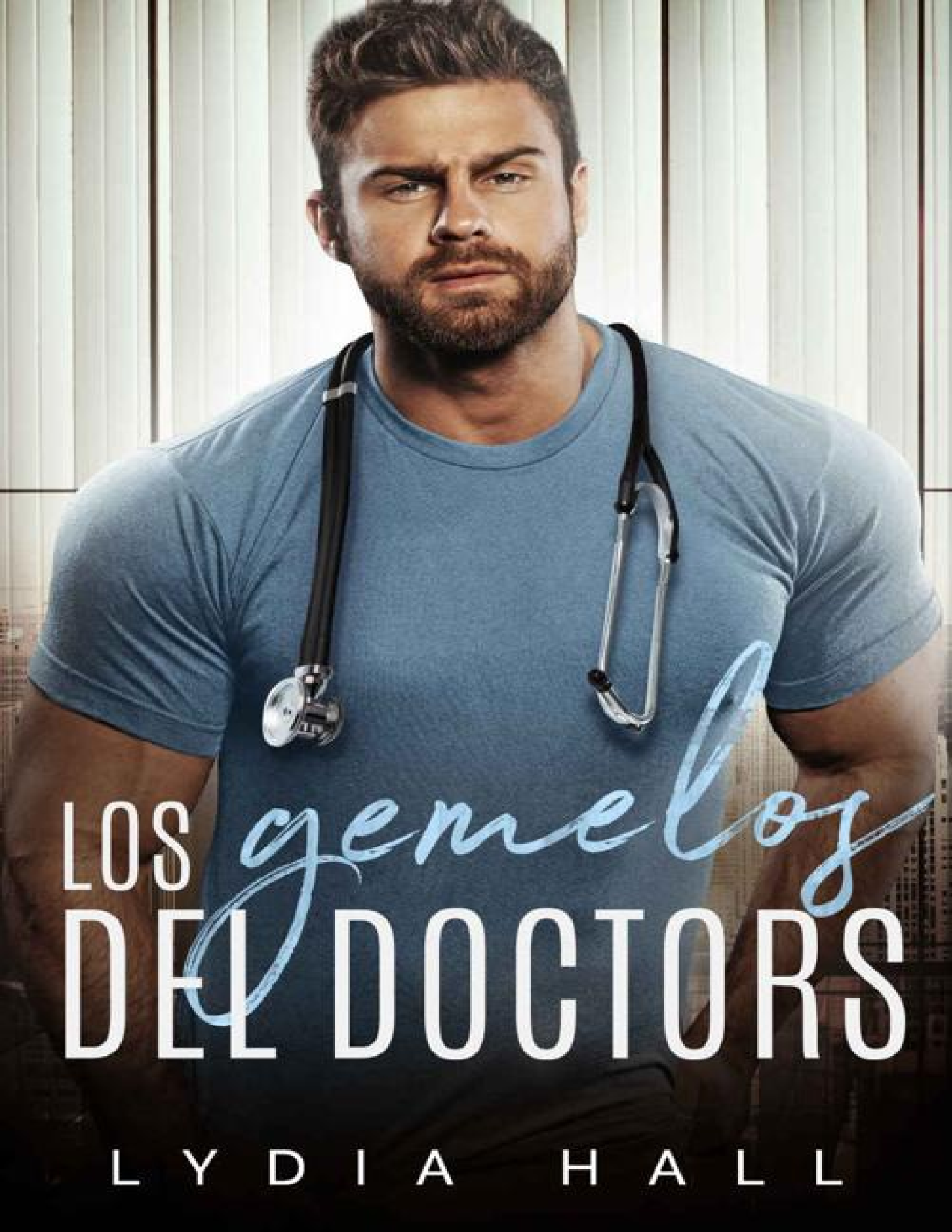

LOS gemelos
DEL DOCTORS
LYDIA HALL

LOS GEMELOS DEL DOCTOR

LYDIA HALL

Copyright © 2025 por Lydia Hall

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Creado con Vellum

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero

ÍNDICE

Blurb

1. Peyton Taylor
2. Peyton
3. Peyton
4. Mateo
5. Peyton
6. Peyton
7. Ben Forbes
8. Peyton
9. Ben
10. Peyton
11. Ben
12. Peyton
13. Ben
14. Peyton
15. Ben
16. Peyton
17. Peyton
18. Ben
19. Peyton
20. Ben
21. Peyton
22. Ben
23. Ben
24. Peyton
25. Ben
26. Peyton
27. Ben
28. Peyton
29. Peyton
30. Peyton

BLURB

Una pesadilla loca me llevó a los brazos de un médico atractivo que me salvó la vida.

Mi exmarido abusivo era más peligroso de lo que pensaba.

Escapar de él era mi única opción, pero ya había perdido al bebé que crecía dentro de mí.

Ben no solo era mi ginecólogo, también era el hombre que me dio esperanza.

Su toque aliviaba mi dolor, derritiéndome al instante.

Me hacía olvidar que había escapado de un criminal peligroso.

Ben era exmilitar y me hacía sentir segura, pero ya había decidido proteger mi corazón.

No había manera de que me enamorara de mi médico.

Era mucho mayor que yo y ya había sido destrozada por más malas noticias.

Nunca podría llevar un hijo de nuevo.

Pero Ben era el tipo de hombre que podía transformar pesadillas en milagros.

Quizás incluso *dos* pequeños milagros esta vez.

PEYTON TAYLOR

—¡Por la libertad! —gritó Alyssa por encima del ruido de la multitud, alzando su copa de chupito llena de tequila color ámbar.

—¡No más estudiar para los exámenes! —añadí con una sonrisa antes de vaciar mi copa y golpearla contra la mesa.

—¡Vaya! Esto está buenísimo —dijo ella, aclarándose la garganta y chupando un gajo de limón.

—Sí, será mejor que lo disfrutemos. Me temo que no tendremos muchas más fiestas una vez que comience nuestra residencia. No si queremos salvar vidas, claro.

—Cierto, hermana.

Alyssa y yo habíamos aprobado oficialmente nuestra carrera de medicina. Cuatro años de sesiones de estudio a altas horas de la noche y charlas motivacionales nos llevaron al final. Ahora, estábamos a solo cuatro años del codiciado premio: ¡aparcar donde nos diera la gana! Y responder al título de Doctora tal y cual, por supuesto.

—Por ti, Dra. Taylor —Alyssa me guiñó un ojo y sirvió otro chupito.

—Y por ti, Dra. Collins.

—No mires ahora, pero hay dos tíos increíblemente guapos mirándonos. El del pelo castaño claro te ha estado observando toda la noche —dijo Alyssa con una sonrisa pícara.

Mi mejor amiga y yo estábamos en México para una semana de merecido sol y diversión antes de enfrentarnos de lleno a la siguiente fase de nuestras carreras. Estaba disfrutando a tope de las playas y el ambiente festivo de Cancún, y a juzgar por la multitud que nos rodeaba, miles de otros visitantes también lo hacían.

—Por favor, voy un paso por delante de ti —sonreí—. Me di cuenta de que nos estaban mirando hace siglos.

—Oh, no mires ahora. Vienen hacia aquí —comentó Alyssa y adoptó su cara de juego.

Un hombre guapo de ojos oscuros y pelo ondulado y rubio me miró directamente antes de hablar con un marcado acento local. Mmm... español...

—Hola. Soy Mateo.

Parecía no notar a Alyssa y me habló como si yo fuera la única mujer en un club repleto de fiesteros.

—Hola, Mateo —dije, sin presentarme todavía.

Estaba de humor juguetón. El Sr. Delicia Española iba a tener que esforzarse.

—Hola, soy Gabriel —se presentó el otro guapo a Alyssa—. ¿Podemos invitarlas a una copa, señoritas?

Los ojos de Mateo no se apartaron de los míos ni por un segundo. Por lo que pude notar, Mateo debía de haber tenido cierto éxito con su forma de abordar a las mujeres, porque no mostraba falta de confianza.

—Claro —respondió Alyssa con indiferencia—. Soy Alyssa y esta es Peyton.

—Peyton —sonrió Mateo—. ¿Americana?

—Ajá —dije asintiendo.

—¿Qué te gustaría beber, Peyton de América? —me preguntó, ignorando por completo a Alyssa, quien no parecía muy ofendida ya que se mostraba satisfecha con la atención de Gabriel.

—¿Qué me sugieres? Siendo local y todo eso.

—Patrón En Lalique, por supuesto —dijo—. Si vas a conocer mi país, será mejor que pruebes uno de nuestros mejores tequilas.

Mmm, un hombre de medios y buen gusto. No es que yo fuera una esnob, pero la chusma no me atraía en absoluto. No era una de esas mujeres que insistían en salir con chicos malos. Ellos solo traían problemas.

—Te tomo la palabra.

Alyssa y Gabriel se dirigieron a la pista de baile, mientras Mateo y yo nos abríamos paso entre la multitud hacia el bar. Mi apuesto conocido fue lo suficientemente amable como para guiar el camino y yo estaba encantada de admirar su trasero mientras caminaba. Mateo llevaba unos pantalones cortos de chino color crema y una camisa de algodón blanca abotonada, ambos acentuaban su impecable piel olivácea.

En poco tiempo, sostenía una botella de líquido dorado en una mano y dos copas de chupito en la otra. Lo seguí hasta una mesa fuera del club donde había menos caos. Dejó el tequila y las dos copas antes de apartarme la silla.

—Gracias —dije y me senté.

Ese era otro punto a su favor, no es que estuviera llevando la cuenta.

—¿Qué te trae a Cancún, Peyton?

—Alyssa y yo estamos celebrando.

—Bueno, ciertamente elegisteis el lugar adecuado para ello. ¿Qué estáis celebrando, si no te importa que pregunte?

—Ella y yo acabamos de graduarnos de la facultad de medicina.

—Inteligente y hermosa. Felicidades.

—Gracias. ¿A qué te dedicas, Mateo? —Me encantaba cómo su nombre rodaba por mi lengua.

No iba a derretirme abiertamente ante su cumplido. Sin embargo, sus ojos oscuros y su sonrisa sexy hicieron que algo revoloteara en mi estómago. No podía explicarlo, pero había algo inusual en el hombre que había gastado una pequeña fortuna en la botella de tequila de la que ahora servía.

—Soy banquero de inversiones.

—Suena emocionante. ¿Aquí en Cancún?

—No, en la Ciudad de México. ¿Has estado allí?

—No, aún no.

—Quizás podría mostrártela. No has estado en México, estrictamente hablando, hasta que hayas visto nuestra espectacular capital.

Vaya, este tipo no se andaba con rodeos cuando se trataba de ir tras el objeto de su deseo. Era agradable ser perseguida por un hombre para variar. Los chicos de casa tenían la misma edad que Alyssa y yo, y lo que la mayoría de ellos poseían en materia gris, parecían carecer en pelotas. Chicos, todos chicos.

Está bien, el acento también era un punto a favor.

—Puede que acepte tu oferta —dije y tomé un sorbo de tequila.

Alyssa y Gabriel salieron del club, riendo y charlando.

—Gabriel y yo vamos a una fiesta privada. Un amigo nuestro tiene un lugar en la playa. ¿Os gustaría uniros a nosotros, tú y Alyssa, Peyton? —preguntó Mateo.

Miré a Alyssa antes de responder. Su rostro me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Claro. Suena divertido.

—Sí, creo que ya he tenido suficiente de esta multitud alborotada por una noche —dijo Alyssa y se bebió un chupito de tequila de un trago.

—Estupendo —sonrió Gabriel y tomó a Alyssa de la mano.

—¿Lista? —me preguntó Mateo.

—Lista.

* * *

Me quedé más que impresionada con el *lugar* en la playa del amigo de Mateo. Era una villa de lujo con vistas espectaculares y una impresionante colección de arte. Me di cuenta de que había

entrado en el mundo de la gente hermosa en cuanto llegamos.

Alrededor de cincuenta personas deambulaban por allí. Mateo me presentó al dueño de la casa, a quien calculé que tendría entre treinta y tantos y cuarenta y pocos años. Me saludó cálidamente e insistió en que Alyssa y yo nos sintiéramos como en casa.

—Encantada de conocerle, Adam. ¿Detecto un acento inglés? —le pregunté a nuestro anfitrión.

—En efecto. Soy el proverbial inglés paliducho anhelando costas más cálidas. ¿De dónde es usted, mi querida dama? —preguntó besándome la mano.

—De California.

—Ah, otro estado soleado que adoro.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí en Cancún?

—Diría que unos diez años ya. Simplemente adoro el estilo de vida.

—Tiene usted una casa preciosa.

—Ella no está aquí por ti, Adam —sonrió Mateo y posó su mano en la parte baja de mi espalda.

El calor de su palma me provocó un escalofrío por la columna y respondió a la pregunta que me había hecho sobre la química entre nosotros.

—Oh, eres un egoísta —se rio Adam.

—Ven, Peyton. Hay algo que me gustaría mostrarte.

—Divertíos, vosotros dos —sonrió Adam y siguió riendo desde lo más profundo.

—Es todo un personaje —dije una vez que estuvimos fuera del alcance del oído.

—Un hombre muy rico. Y un coqueto incurable —añadió Mateo.

—¿Estás celoso?

—¿Debería estarlo?

—¿Qué querías mostrarme? —pregunté, cambiando de tema.

Mateo sonrió y me tomó de la mano. Me condujo afuera hacia un extenso césped y caminamos hacia una terraza con vistas.

—Cancún como nunca la has visto antes —dijo con orgullo.

Tenía que darle puntos. La vista era algo especial.

—Guau.

—Quiero besarte, hermosa Peyton.

Mi corazón dio un vuelco y mis rodillas flaquearon un poco cuando Mateo me acercó más. Colocó una mano justo encima de mi trasero y me tocó la mejilla suavemente con la otra. Supuse que estaba esperando una respuesta.

No dije una palabra, más bien me acerqué y toqué suavemente mis labios con los suyos. Eso fue todo el consentimiento que necesitó el sexy mexicano. Me besó apasionadamente mientras yo luchaba por evitar que mis piernas me fallaran.

¡Maldito acento!

* * *

Los siguientes días fueron un borrón. Mateo se convirtió rápidamente en una parte fundamental de mi experiencia mexicana. Me mostró *su* México, como él lo llamaba, y tenía que admitir que había una clara ventaja en tener mi propio y guapo guía turístico.

Alyssa no se quejaba demasiado, ya que Gabriel resultó ser la mezcla perfecta de diversión y atractivo sexual en un apuesto paquete.

Los días estaban llenos de explorar el lugar, probar la deliciosa cocina y retozar en la playa, seguidos de noches llenas de baile y orgasmos estrepitosos.

—Te lo digo, Peyton, esto es vida. Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre —suspiró Alyssa una mañana cuando ella y yo habíamos salido al mercado a por huevos y tortillas.

—Sé a qué te refieres. Me encanta estar aquí.

—Estoy segura de que Mateo estaría feliz si te quedaras —me guiñó un ojo—. Vosotros dos parecéis estar unidos por la cadera.

—Es increíble, Alyssa —dije emocionada.

—Estás radiante. ¿Lo sabías? —se rio.

—¿Qué puedo decir? Los orgasmos múltiples claramente me sientan bien.

—¡Qué desvergonzada eres!

—Oh, por favor. No me digas que tú y Gabriel no lo estáis haciendo como conejos, señorita puritana. Puedo oírte, ¿sabes? Las paredes son finas.

Alyssa se rio con ganas.

—¡Ay, Dios mío! El hombre es un toro bravo en la cama. No puedo tener suficiente de su burrito mexicano. Ojalá pudiera embotellarlo y llevármelo a casa. Seguro que echaré de menos su fabuloso instrumento. ¿Soy yo, o estoy cojeando?

—Eres una chica mala, Alyssa Collins —me reí.

—Ya lo puedes creer.

—Creo que me quedaré una o dos semanas más. Mateo quiere llevarme a la Ciudad de México, donde vive.

—Cuidado, ahora. Antes de que te des cuenta, estarás descalza y embarazada, preparando los Huevos Rancheros de Mateo todas las mañanas hasta que seas vieja y canosa.

—¿Sería eso realmente tan malo?

Alyssa dejó de caminar.

—¿Estás loca? Has querido ser médica desde que pudiste deletrear *escalpelo*. ¿Me estás diciendo que estás dispuesta a renunciar a ese sueño por un hombre que conoces desde hace una semana?

—Oh, no seas melodramática. No he dicho que vaya a renunciar a mi sueño por Mateo. Además, si acabamos juntos, siempre puedo ser médica en el soleado México. Hay hospitales aquí, ¿sabes?

—Cierto. Todo lo que digo es que vayas despacio. ¿Cuánto sabes de este tipo? Podría estar casado. ¿Has comprobado si tiene una marca de anillo en el dedo?

Me reí de mi alocada amiga.

—¡En serio! Todo lo que digo es que tengas cuidado, Peyton.

—Por supuesto que tendré cuidado. Ahora dame ese tomate de allí. El que parece tener dos cachetes.

* * *

—Eres exquisita, mi belleza americana —respiró con dificultad Mateo en cuanto recuperó el aliento.

—Tú tampoco estás nada mal —dije, igualmente sin aliento.

El hombre era inteligente, articulado, romántico y considerado, y el sexo era alucinante. Algo me decía que me costaría encontrar otra joya como Mateo García.

Había pasado un mes desde que nos conocimos en el club y, honestamente, no podía imaginar mi vida sin él. Tenía la sensación de que él sentía lo mismo porque cada vez que mencionaba que tendría que volver a Estados Unidos y comenzar mi residencia, me suplicaba que me quedara un poco más. Y lo hacía.

La casa de Mateo era espectacular. No tenía idea cuando nos conocimos de que fuera tan rico. Me agasajaba con vinos y cenas, me cortejaba, y maldita sea, me encantaba.

—Te llevaré a mi viñedo favorito este fin de semana —ronroneó y besó mi estómago desnudo.

—Tengo que volver a casa, Mateo.

—Después del fin de semana. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Estábamos caminando por el viñedo cuando se arrodilló y me presentó un diamante enorme.

—Cásate conmigo, Peyton —dijo con una sonrisa.

—¡Oh, Mateo! Es impresionante —dije mientras miraba fijamente el anillo de compromiso.

—Todo lo que tienes que hacer es decir sí, y es tuyo.

—Sí.

Mi amante me levantó del suelo y me acunó en sus brazos.

—Voy a hacerte la mujer más feliz de todo México —dijo y me besó apasionadamente.

Nunca había sido tan feliz en toda mi vida. No podía creerlo. Peyton García. ¿Quién lo hubiera imaginado?

PEYTON

—Me cuesta creer que estés haciendo esto —dijo Alyssa mientras me colocaba horquillas en el pelo para sujetar el velo—. ¿Estás segura, Pey?

—Estoy segura, Lyssa.

Lo estoy, ¿no? ¿Estás de broma? ¿Sí? Estás segura.

—Todavía estás a tiempo de salir corriendo —bromeó mi madre mientras alisaba la cola de mi vestido.

—Mamá, por favor. Ya estoy bastante nerviosa. ¡Uf! Espero no tropezarme con este dobladillo y caerme del mirador al océano. Le dije a la modista que lo acortara. De verdad tengo que mejorar mi español.

Era el día de mi boda, y estábamos en el pintoresco Puerto Vallarta. Mi apuesto novio estaba con su padrino y mi padre, que me esperaban para hacer mi aparición. Mateo y yo habíamos decidido tener una boda al aire libre bajo el perfecto cielo azul mexicano.

Mi guapo hombre se había esmerado y no podía pensar en una sola cosa que hubiera pasado por alto para hacer de este el día perfecto para su novia delirante de felicidad. Las flores, la comida, todo perfecto, incluido mi futuro esposo.

Mamá se secó una lágrima mientras se apartaba y admiraba la majestuosidad de mi vestido.

—Eres la novia más hermosa que he visto jamás, mi niña angelical.

—Ah, no, mamá. Vamos —dije suavemente y la abracé—. No llores. Sabes que mi sistema de fontanería es sospechoso. Si lloras, yo también voy a derrumbarme.

—No puedo evitarlo, cariño. Ya sabes que soy una llorona en el mejor de los casos.

—Reaccionen, ustedes dos —dijo Alyssa con firmeza—. No vas a arruinar tu maquillaje, Peyton. Además, ¿qué pensará Mateo cuando levante tu velo y tus ojos parezcan dos agujeros en la nieve?

Estallé en carcajadas. Alyssa tenía ese efecto en mí. Sin importar la situación, siempre podía arrancarme una risita. Gracias a Dios por la buena de Alyssa.

—Muy bien, pongamos este espectáculo en marcha —dije y enderecé mi postura, esperando que

añadiera la altura suficiente a mi estatura para no pisar el dobladillo y caerme de culo por el pasillo.

—Le diré a papá que estás lista —dijo mamá y salió de la habitación.

—Esto es todo, nena. Pronto serás Peyton García. Vaya, qué locura.

—Es surrealista, ¿verdad? No dejo de pellizcarme.

—Prométeme algo, Peyton.

—¿Qué?

—Prométeme que me harás saber cómo te va.

—¿Por qué dices eso, Alyssa?

—Por nada. Es solo que... bueno, vas a estar muy lejos de mí. Supongo que te voy a echar de menos, eso es todo.

—Ay, Lyssa. Voy a visitarte a menudo. Lo prometo —dije y abracé a mi amiga tan fuerte como pude.

—¡Más te vale!

Se oyó un suave golpe en la puerta.

—Cariño, ¿estás lista?

Era papá.

—Sí, papá. Ya salgo.

Eché un último vistazo al espejo y me despedí definitivamente de la señorita Taylor. ¡Adelante y hacia arriba!

—Oh, Dios mío, mi princesa. Estás impresionante.

—Gracias, papá. ¿Cómo está Mateo?

—Tan fresco y tranquilo que pensarías que ya ha hecho esto antes. ¿Cómo te sientes tú?

—Un poco nerviosa.

—¿Solo un poco? Yo estaba hecho un manojo de nervios el día de mi boda. Necesité unos cuantos tragos de whisky para calmar los nervios. El ministro me miró con mala cara. Debió de oler el valor irlandés en mi aliento —papá se rio entre dientes.

—Es una lástima que los padres de Mateo no puedan estar aquí hoy. Te habrían adorado.

—Qué dulce de tu parte pensar en eso, papá.

Los padres de Mateo murieron cuando él era adolescente. Me imaginé que habrían estado increíblemente orgullosos del gran hombre en el que se había convertido su hijo.

—¿Es difícil, papá? —pregunté.

—¿Qué? ¿El matrimonio? Naaah. Nada es difícil cuando encuentras a tu alma gemela, cariño.

¿Era Mateo mi alma gemela? Debía de haberlo pensado. Ciertamente no dejaría atrás mi país, mi familia y mis amigos si no lo hubiera creído así.

—¿Lista, mi amor?

—Lista, papá.

* * *

Me desperté y miré la mesita de noche. ¿Qué? ¿No había café? Aceptas casarte con ellos y empiezan a descuidarse, pensé. Quizás estaba mimada. Mateo me había dejado una taza de café en la mesita de noche cada mañana desde la primera que habíamos despertado juntos. Era tan dulce de su parte.

Me volví hacia su lado de la cama, esperando encontrarlo allí, con su suave cabello ondulado alborotado. Pero su lado estaba vacío. Habíamos vuelto a casa en la Ciudad de México después de una fantástica boda y luna de miel. Me entristeció despedir a mi familia y sí, lloré un poco cuando Alyssa también se fue, pero así era la vida.

Después de un largo y perezoso estiramiento, me levanté de la cama y fui a hacer pis. Busqué la habitual nota de amor de buenos días de Mateo cuando bajé las escaleras, pero no había ninguna. Debía de tener un día loco planeado y se había olvidado de dejarme una.

Las señoras del servicio de limpieza, que venían tres veces por semana, estaban ocupadas con sus tareas habituales.

—Buenos días, señora García —me saludó una de ellas con una sonrisa nerviosa.

—Hola —sonreí y me dirigí a la cafetera.

Estaba muerta de hambre, así que rebusqué en la nevera algo para desayunar. Ahora que era la señora de la casa, supuse que tendría que asegurarme de que hubiera comida lista. Mi madre siempre había estado a cargo de las comidas de nuestra familia. De niños, teníamos para elegir. Recordaba la cálida sensación que me invadía en cuanto cruzaba la puerta de entrada después de la escuela y olía su cocina. Quería que mi familia tuviera eso.

Con el café en la mano, salí al patio y llamé al teléfono de Mateo.

—¿Qué? —contestó, bastante brusco.

—Perdona, cariño. ¿Es mal momento? ¿Estás ocupado?

—No puedo hablar ahora —dijo y colgó la llamada.

¡Vaya! Eso fue grosero. Me hice una nota mental para regañarlo cuando llegara del trabajo. No era forma de hablarme. Ya estaba discutiendo con él en mi cabeza cuando escuché el sonido de algo rompiéndose dentro de la casa.

Me levanté de un salto y corrí hacia la sala. Una de las empleadas domésticas estaba muy nerviosa, recogiendo los pedazos de un jarrón roto y balbuceando sin parar en español.

—Lo siento mucho —repetía una y otra vez.

—No pasa nada. Estoy segura de que fue un accidente —le dije.

Mmm, no era el mejor comienzo para mi día, pero estaba felizmente casada. Eso era lo más importante. Todo lo demás era secundario.

* * *

¡Mierda! Estaba en pleno acto con mi secretaria sobre el escritorio cuando Peyton llamó. El momento no podía haber sido peor. Me deshice de mi esposa y terminé lo que tenía entre manos. Esperaba que Peyton no fuera a ser una de esas esposas pegajosas que no podían entretenerse solas. Es decir, ¿qué más necesitaba?

Había sido el cortejo perfecto, una boda fantástica y una semana de sexo sin parar en nuestra luna de miel. ¿No merecía un descanso?

Me subí la cremallera del pantalón y despedí a mi secretaria. Era una cosita sexy con grandes tetas y ojos de cierva dispuesta a hacer cualquier cosa que le pidiera. Me gustaba eso en una asistente. Me aseguraba de que siempre estuviera entusiasmada comprándole algunas baratijas brillantes de vez en cuando. En lo que a mí respectaba, teníamos el arreglo perfecto.

Llamé a Peyton una hora después. No estaba de humor para dramas cuando llegara a casa, así que pensé en halagarla un poco para ahorrarme el dolor de cabeza más tarde.

—Hola, cariño. Siento haberte contestado mal. No sé en qué estaba pensando. ¿Puedes perdonarme? —dije cuando contestó la llamada.

—Está bien, te perdono. Solo por esta vez —dijo, y pude notar por su voz que estaba sonriendo.

—¿Qué te parece si me disculpo esta noche?

—Me gusta cómo suena eso.

—¿Cenamos fuera?

—Fabuloso.

—Te veo luego, querida. Te amo.

—Yo también te amo.

Bien, con eso resuelto, continué con mi día. Mi trabajo exigía mucho. Tenía montones de presión sobre mí para mantenerme alerta. No es que no pudiera manejarlo, ojo. Me gustaba tener varias pelotas en el aire al mismo tiempo. Me encantaba la descarga de adrenalina necesaria para mantenerlas todas arriba.

Salí de la oficina a las 4 de la tarde. Si iba a ser el mejor marido que pudiera ser, tendría que hacer una parada rápida para reanimarme antes de ir a casa. Conduje hasta la plaza antigua del centro donde podía rascarme esa vieja comezón sin temor a ser juzgado o sufrir represalias.

Aparqué y entré en el Club Hermosas Damas.

¡Hmph! Hermosas damas.

La mayoría lo eran, supongo. Algunas eran solo chicas haciendo lo mejor posible para ajustarse y arreglarse lo suficiente para que los tipos siguieran volviendo por más coño. Claro, yo estaba allí por eso, pero a decir verdad, buscaba algo extra. Y era ese extra lo que me costaba una pequeña fortuna.

—¡Ah, bienvenido, Señor García! Hacía tiempo que no lo veíamos.

—¿Está disponible Cindy? —pregunté, omitiendo las irritantes cortesías.

—Sí. Por supuesto. Pase, por favor. La prepararé para usted —dijo el hombre rechoncho detrás del mostrador mientras me indicaba que tomara asiento en el salón privado.

—Tengo prisa.

El hombre asintió y se apresuró por un pasillo. Volvió cinco minutos después con una sonrisa cómplice plasmada en su rostro gordo.

—Venga, por favor. Cindy está lista para usted.

Me condujo a mi suite habitual donde se quedó atrás y esperó. Saqué la cantidad exacta de dinero de mi bolsillo y la coloqué en su grasiento puño.

—Gracias —sonrió y salió de la habitación.

La suite era lo mejor que el dinero podía comprar. Mi dinero. Oí que la puerta se abría detrás de mí y me di la vuelta.

—Hola, guapo —ronroneó una hermosa pelirroja con acento inglés entrecortado mientras entraba.

—Hola, Candy —sonreí, duro como una roca ante la idea de lo que estaba por venir.

—Te he echado de menos —arrulló.

—Sí, he estado un poco ocupado.

—¿Demasiado ocupado para Cindy? —hizo un puchero y se acercó seductoramente.

Cindy sabía exactamente lo que yo quería. Teníamos una rutina. Se arrodilló y me bajó la cremallera del pantalón. Sacó mi polla y la chupó, luego se detuvo. Se puso de pie, hizo una pausa para crear efecto, y luego me abofeteó con fuerza.

La sensación ardiente en mi mejilla era comparable a la mejor cocaína que jamás hubiera probado. La agarré por las muñecas y la arrojé al otro lado de la habitación. La puta aterrizó con un golpe seco.

—¡Zorra! —le grité a la mujer acurrucada en el suelo.

Me quité la camisa y los pantalones con urgencia y me dirigí hacia donde estaba tirada.

—Ven aquí —ladré y la agarré por el pelo.

Cindy chilló mientras la levantaba de un tirón y la arrojaba contra la pared. Le arranqué el

vestido vaporoso del cuerpo y le di una fuerte palmada en su trasero de melocotón. Dejó escapar un suave grito mientras la palmada dejaba una marca roja en su nalga.

—Has sido una perra mala, ¿verdad?

—Lo siento, cariño —lloró mientras la levantaba y le metía mi polla en la boca.

—Hazlo mejor —gemí mientras me daba placer.

Se detuvo de repente y se apartó. La agarré y la arrojé sobre la cama, boca abajo. Estaba tan duro que podría haber usado mi polla como gato para levantar un coche.

La puta intentó liberarse de mi agarre, pero la sujeté y le mordí la parte posterior del hombro con tanta fuerza que le hice sangre. Ella gritó de dolor mientras la embestía hasta que llegué al clímax con un rugido de placer.

Se quedó tumbada sobre las sábanas mientras yo me vestía. Su hombro sangraba donde la había mordido y su mejilla estaba hinchada donde la había golpeado.

—Lo siento si fui un poco más brusco de lo habitual, nena —dije.

No quería arruinar algo bueno, así que dejé caer unos billetes sobre la mesita de noche. Ella sonrió y los tomó.

—Gracias, guapo —logró decir.

Me di una ducha y me vestí mientras ella seguía allí tumbada. Estaba listo para volver a casa con mi esposa.

PEYTON

No vi venir el puñetazo. Me tomó completamente por sorpresa. El impulso me lanzó al suelo donde quedé tendida sobre la cara alfombra persa de la sala, preocupada de que la sangre que brotaba de mi nariz arruinara su perfección tejida a mano intrincadamente.

¿Puedes creerlo? Estaba más preocupada por la maldita alfombra que por el hecho de que mi marido acababa de agredirme. ¿Y por qué? Porque de alguna manera era mi culpa que el personal de limpieza hubiera roto su preciado jarrón. Según Mateo, debería haberlos vigilado, en lugar de pasar el día tumbada sin hacer nada.

¡Qué demonios!

Mi marido se marchó furioso mientras yo yacía allí... sangrando y sin palabras. Me llevó un tiempo levantarme. ¿Qué acababa de pasar? ¿Cómo habíamos pasado de "Hola, cariño. ¿Qué tal tu día?" a que mi alma gemela me lanzara un puñetazo? ¿Quién era este hombre?

Oí la puerta principal cerrarse de golpe y supuse que era seguro levantarme e ir al baño para evaluar el daño que el bruto había hecho en mi cara. Pensé en la entrevista que tenía con el jefe del departamento de residentes en el hospital local dentro de dos días. ¿Cómo iba a explicar esto?

Apenas reconocí mi reflejo en el espejo del tocador sobre el lavabo del baño. Recurrí instantáneamente a mi formación médica y comprobé si mi tabique estaba roto. Gracias a Dios no lo estaba, aunque sabía que iba a lucir un moretón donde los vasos sanguíneos bajo la piel se habían roto.

—¡Ay! ¡Hijo de puta! —grité al tocar la zona sensible.

Tomé la decisión allí mismo de cortar por lo sano y alejarme lo más posible de Mateo García. Me limpié la cara, tomé unos ibuprofenos para el dolor y la hinchazón, y metí algo de ropa en una bolsa. Esa fue la parte fácil. La parte difícil vendría después, cuando tuviera que tomar una decisión sobre mi desastroso matrimonio.

Veinte minutos después agarré las llaves del coche y me dirigí a la puerta principal. Fue entonces cuando me di cuenta de la profundidad de la mierda en la que estaba metida. Mateo me había encerrado. Decir que el sistema de seguridad de nuestra casa era avanzado era quedarse corto. El lugar estaba más cerrado que el culo de un tacaño.

Intenté varias rutas de salida, pero sin éxito. Estaba peor que Rapunzel, y no había ningún caballero de brillante armadura para salvar mi pobre y maltratado trasero.

Lo peor de todo es que ni siquiera podía llamar a la policía y denunciar al maniático. Mateo y el comisario eran muy cercanos, tan cercanos que este último fue un invitado VIP en nuestra boda. Sabía instintivamente de qué lado estaría Pedro.

No quería llamar a mis padres ni a Alyssa porque nunca superaría la humillación de admitir que había cometido un terrible error al casarme con un hombre que apenas conocía. ¿Podría haber sido más idiota?

Lo único que me quedaba era irme a la habitación de invitados y aguantarme. Tendría que esperar hasta que Mateo entrara en razón y entonces hacer un movimiento. Cuando el impacto de lo que acababa de suceder se disipó, empecé a llorar. No por autocompasión, sino por pura rabia.

No estaba segura en qué momento u hora me quedé dormida, pero cuando abrí los ojos, era de mañana y Mateo no estaba por ninguna parte. Me levanté y fui al baño. Sí. Ahí estaba. Un moretón de los buenos. Parecía que me hubieran dado una paliza en un ring de boxeo.

Mateo estuvo desaparecido todo ese día y, francamente, no estaba muy molesta por ello. Bueno, eso no era del todo cierto. Estaba medio esperando que llegara un camión lleno de rosas con una tarjeta bordeada en oro que dijera:

«Por favor, te ruego que me perdones, Peyton»,

o al menos,

«Mi amor, no tengo excusa. Te lo explicaré más tarde»,

o algo así. Pero no hubo nada, nada más que silencio y una casa cerrada. Hice espaguetis con mantequilla y pimienta negra para cenar y me fui a dormir.

Me desperté a la mañana siguiente con el sonido de la voz de Mateo que venía de abajo. Estaba hablando con alguien por teléfono. Su tono era tan normal como solía ser cuando él y yo nos conocimos. Era inquietante, por decir lo menos.

¿Qué debía hacer? ¿Quedarme allí y fingir que estaba dormida? ¿Levantarme y enfrentarlo no solo por golpearme sino también por encerrarme dentro de nuestra casa durante dos noches y un día completo? Oí pasos subiendo las escaleras. Todo mi cuerpo se puso rígido. Nunca antes había tenido miedo de nadie, pero este era un territorio nuevo para mí.

—Buenos días, mi amor. Nos uniremos a Pedro y su esposa para cenar a las 8 pm. Tengo que trabajar hasta tarde, así que te recogeré justo antes de eso —dijo, fresco como una lechuga, y se fue al baño.

¡¿Qué?! ¿Estaba loco? Genial. ¡Me casé con un maldito psicópata!

No sabía qué decir, así que no dije nada. Cuando terminó en el baño, caminó hacia mí, me besó en la mejilla y luego fue a su armario. Una vez que se cambió de ropa, se volvió y me miró de nuevo.

—Está bien. Ya lo he dejado pasar. Pero, por favor, sé más atenta la próxima vez que vengan los de la limpieza. ¿A qué hora vas al hospital?

Tuve que reprimir un ataque de histeria. Un arrebato de gritos estaba burbujeando demasiado

cerca de la superficie para mi comodidad. ¿Estaba loco?

Empezó a caminar hacia mí de nuevo, y debí haber retrocedido cuando levantó la mano para apartar un mechón de pelo de mi cara porque pareció genuinamente sorprendido.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—¿Estás de puta broma?

—¿A qué te refieres?

—Mateo, ¡me golpeaste! Mira mi cara. ¿Cómo puedes actuar como si nada hubiera pasado?

—Lo siento por eso, Peyton. Perdí los estribos. No volverá a suceder.

—¿Lo sientes? ¿En serio? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Lo digo en serio, Peyton. Estoy verdaderamente arrepentido.

De repente, me di cuenta de que estaba intentando darle vida a un caballo muerto.

Me miró con una expresión extraña.

—Sé lo que estás pensando, Peyton, y debo advertirte que es mejor para ti quedarte. No te permitiré que me dejes. Nunca. Te amo demasiado.

Mi marido sonrió y luego salió de la habitación sin pompa ni ceremonia, dejándome boquiabierta y temblorosa. Sabía a lo que se refería. Su amenaza velada no había caído en oídos sordos.

Te has hecho la cama, Peyton. Ahora te toca dormir en ella.

* * *

Mi entrevista con el jefe de residencia médica en el hospital fue bien. Me ofreció el puesto y lo acepté. Pensé que cuanto menos tiempo pasara cerca de Mateo, mejor. Me daría tiempo para considerar mis opciones.

También hice una amiga, lo cual era muy necesario ya que era una extraña en tierra extranjera, y no solo literalmente. Lula era una compañera doctora que también hacía su residencia. Iba un año por delante de mí, pero nos llevábamos bien y pasábamos mucho tiempo juntas en el hospital.

Era una mujer dulce e inteligente, nacida en Todos Santos, un pequeño pueblo de México con una población de aproximadamente seis mil quinientos habitantes. Su pequeña estatura ocultaba su naturaleza luchadora.

Una mañana nos estábamos vistiendo con nuestros uniformes mientras nos preparábamos para unirnos a un cirujano en el quirófano. Siempre tenía cuidado de ocultar mis moretones, pero debí haber sido descuidada esa mañana.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Lula señalando mis costillas.

—Oh —dije y cubrí mi torso tan rápido como pude—. Me golpeé con el refrigerador cuando lo estábamos moviendo —mentí.

—¡Mierda! Inténtalo de nuevo.

—No es mentira. Te lo juro. Puedo ser muy torpe a veces.

—Peyton, en los seis meses que te conozco y he trabajado contigo, nunca has actuado como una torpe. Es tu marido, ¿verdad?

Esta era mi oportunidad. Mi única oportunidad de compartir mi dolor y sufrimiento con alguien. La pregunta era, ¿sería lo suficientemente valiente?

—Puedes hablar conmigo, Peyton. Lo que me digas quedará entre nosotras.

—Es listo, Lula. Nunca me golpea en lugares visibles —suspiré y me desplomé en el banco frente al casillero—. Sabes, nunca imaginé que sería una de esas mujeres que permitiría que un hombre abusara de mí.

—Ninguna mujer lo imagina, Peyton. El abuso es un proceso gradual. Los bastardos empiezan lentamente y antes de que te des cuenta, estás perdonando todo tipo de cosas en nombre del amor y para guardar las apariencias.

—Parece que sabes una cosa o dos sobre eso.

—Oh, sí. Demasiado.

—¿Qué hiciste, Lula?

—Me largué de allí y me mudé lo más lejos que pude.

—Ojalá pudiera hacer eso.

—¿Qué te lo impide? Aparte de ti misma, claro.

—Estoy embarazada.

—Joder. Eso sí que cambia las cosas.

—Lo sé, ¿verdad?

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que decírselo. Tal vez sea menos cabrón si sabe que estoy esperando a nuestro bebé.

—Eso espero. Por tu bien y el del bebé. Pero, Peyton —dijo Lula y me tomó de la mano—, yo no contaría con ello si fuera tú. Lo siento, quizás no quieras oír esto, pero puedes cubrir una mierda de azúcar en polvo, pero siempre seguirá siendo mierda.

—Sí, me lo imaginaba.

—Prométeme que me llamarás si necesitas ayuda.

—Gracias, Lula. Te lo prometo.

Fue dulce de su parte ofrecerlo, pero no iba a desatar la furia de Mateo sobre nadie más. Además, había aprendido a manejar a mi volátil marido. Las cosas honestamente estaban mejorando.

* * *

Mateo y yo acabábamos de hacer el amor. No podía creer que pudiera ser tan tierno. Era como si el viejo Mateo hubiera vuelto. ¿Habíamos alcanzado por fin algún tipo de normalidad? Tenía más esperanzas que nunca.

—Tengo una sorpresa para ti, cariño —dije.

—No creo que nada pueda superar la sorpresa que me acabas de dar, pero vale. Soy todo oídos.

Abrí el cajón de mi mesita de noche y saqué la tercera prueba de embarazo que había hecho esa mañana. La línea era oscura e inconfundible. Se la entregué con gran orgullo y entusiasmo.

Mateo miró fijamente la prueba durante un rato y luego mi cara sonriente. La mirada en sus ojos me aterró.

—¿Qué coño es esto? —gruñó.

Estaba tan atónita por su reacción que no pude hablar por un momento.

—¿Estás embarazada? ¿Por qué mierda has hecho eso? Nuestras vidas son perfectas. ¿Por qué vas y lo jodes todo? —gritó.

—Yo...

Mateo partió la prueba por la mitad y me arrojó los pedazos. Luego, saltó de la cama, se vistió y desapareció en la noche, dejándome completamente en shock.

Cuenta tus bendiciones, tonta. ¡Al menos esta vez no te dio una paliza!

MATEO

—¡Estúpida zorra! —grité mientras agarraba y retorcía el volante con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos.

¿Cómo era esto posible? Peyton tomaba la píldora. ¿Me había mentido sobre eso? La vi tomar las malditas pastillas cada mañana.

Lo último que quería era un maldito niño. Ningún mocoso malcriado iba a arruinar mi estilo de vida. Ya tenía suficiente experiencia con mocosos en el orfanato. Los niños en todas partes eran iguales: ¡bolsas de ruido inútiles! Sin duda, esto era un punto de quiebre. No iba a tirar mi dinero duramente ganado por el inodoro para mantener a unos niños. Estaba atrapado en una pesadilla. Todo este asunto del matrimonio era una mierda mental.

Peyton era una mujer inteligente. Nada menos que doctora. Estaba seguro de que estaba comprometida con su profesión, por eso me casé con ella. Ahora, lo estaba arruinando todo. ¡Un maldito bebé! Solo había un camino a seguir. Peyton tendría que deshacerse del niño.

¡Mierda! Estaba tan estresado. Llamé a Pedro.

—Hola, amigo —dijo cuando contestó.

—Necesito un maldito trago. ¿Estás disponible?

—Por supuesto.

—Nos vemos en el club.

Pedro y yo nos entendíamos. Él no era un marica como Gabriel. Pedro era un hombre de verdad, como yo. Sabíamos cómo mantener a nuestras mujeres a raya.

Me encontré con Pedro en una sala privada del club. A menudo apostábamos allí sin problemas. La posición de mi amigo en la fuerza policial era útil: nadie se metía con nosotros.

—Qué noche —dije y me senté en la mesa de póquer.

—¿Qué pasa, mi amigo?

—Malditas mujeres. Todas son iguales. Les pones un anillo en el dedo y se convierten en malditas incubadoras.

—Lamento escuchar tus problemas, Mateo.

—Sí, yo también. En fin, juguemos.

La crupier, una rubia bonita con tetas pequeñas, barajó las cartas y nos repartió una mano a Pedro y a mí. Ya me sentía mejor. Me ocuparía de mis problemas matrimoniales más tarde.

Después de apostar hasta las 2 de la madrugada, Pedro y yo visitamos nuestro lugar favorito, el Club Hermosas Damas, donde Cindy y su séquito nos entretuvieron, como las mujeres de verdad deben hacer por sus hombres.

De allí fui directamente a mi oficina, donde me duché y me cambié de ropa. Pasé el día en mi escritorio, haciendo dinero. Eran las 4 de la tarde cuando di por terminada la jornada y conduje a casa. Peyton no estaba allí. Imaginé que se mantenía ocupada en el hospital.

Hacía calor, así que me di un baño en la piscina. Después, me serví un trago y cambié entre los canales de deportes. Había desarrollado un hambre decente para cuando Peyton llegó a las 6 de la tarde.

—¿Qué hay para cenar? —pregunté mientras ella dejaba su bolso.

—No tengo hambre.

¿Estaba buscando pelea?

—No te pregunté si tenías hambre. Te pregunté qué hay para cenar.

—No me siento muy bien, Mateo. ¿Te importaría pedir algo?

—Te sentirías mucho mejor si te deshicieras de ese parásito que llevas dentro.

—Me voy a la cama —dijo y caminó hacia las escaleras.

—Mañana veré al ginecólogo para mi primera ecografía. Por favor, ven conmigo, Mateo.

—Estoy ocupado.

—Por favor, cariño —dijo de nuevo, pero subí el volumen de la televisión para ahogar sus lloriqueos.

Tenía ganas de arrastrarla por el pelo y ahogarla en la piscina. Tuvo suerte de que hubiera bebido demasiado con el estómago vacío.

* * *

—Buenos días. Soy Peyton Garcia, vengo a ver a la Dra. Mendes.

La sala de espera estaba llena de parejas embarazadas. Rostros felices y manos descansando sobre vientres hinchados. Me forcé a tragar el nudo que crecía en mi garganta mientras observaba a un marido besando tiernamente la mejilla de su esposa.

—Sí, por favor, tome asiento, Sra. Garcia, y rellene este formulario.

—Dra. Garcia —murmuré.

La recepcionista me dio una sonrisa de disculpa. Tenía razón en ignorar mis credenciales. Después de todo, ¿qué clase de profesional era yo cuando permitía que mi marido me usara como saco de boxeo? No merecía el reconocimiento ni el respeto. Una patada en el trasero habría sido un curso de acción más apropiado.

Completé el cuestionario y le devolví los papeles. Luego, me senté y esperé mi turno. La doctora iba con retraso, lo que me dio más tiempo del que necesitaba para contemplar mi terrible situación.

Pensé en la conversación que tuve con Alyssa cuando descubrí que estaba embarazada. Nada era real hasta que lo compartía con ella. Mi hermana mayor, Madison, y yo nunca fuimos realmente cercanas como hermanas. Éramos personas muy diferentes. No es que no nos lleváramos bien, pero de alguna manera, me encontraba compartiendo cosas más íntimas con Alyssa.

Además, Madison ya tenía dos hijos y a veces, cuando me sentía particularmente sensible, parecía que mi hermana mayor me lo echaba en cara. Probablemente estaba siendo ridícula, pero ¿quién conocía la psique detrás de las relaciones entre hermanos? Especialmente las del mismo género.

Alyssa estaba encantada con la noticia. Le encantaban los niños y planeaba tener docenas de ellos una vez que encontrara al Sr. Correcto. Yo, por otro lado, siempre había esperado estar al menos unos años en mi propia consulta antes de tener un hijo. El bebé dentro de mí había sido una completa casualidad. No planeado en absoluto. De hecho, me sorprendí cuando descubrí que estaba embarazada.

Había estado tomando la píldora desde que salí del instituto. Supongo que era una de ese nueve por ciento de mujeres cuyos cuerpos no se preocupaban por seguir las reglas establecidas por la ciencia.

—Mateo debe estar tan emocionado —dijo Alyssa entusiasmada.

—Eh, sí. Lo está —mentí, agradecida de que mi mejor amiga no pudiera ver mis ojos.

Después, llamé a mis padres. Estaban locos de alegría. A ellos también les mentí descaradamente. Parecía que me estaba convirtiendo en una mentirosa consumada.

—Dra. García. La Dra. Mendes está lista para atenderla ahora.

Levanté la vista y vi a una enfermera frente a mí. Me llevó a una habitación donde me tomó la presión arterial y me preguntó si podría darles una muestra de orina. Eso no fue un problema en absoluto.

Después de eso, me senté en el escritorio y esperé a que la doctora me atendiera. Una mujer hermosa de cabello negro azabache y ojos oscuros entró en la habitación.

—Hola, Dra. García —me saludó con una sonrisa amistosa—. Soy la Dra. Mendes.

—Encantada de conocerla, doctora.

—Es usted estadounidense —dijo con una sonrisa.

—Sí. Me casé con un local —respondí.

—¿Y qué le parece nuestra hermosa ciudad?

—Es encantadora —dije.

Sus hombres, sin embargo, son harina de otro costal.

—Estoy haciendo mi residencia en el hospital local.

—Tienen un equipo de médicos maravilloso. Yo también hice mi residencia allí —dijo, y pude ver por su expresión que tenía buenos recuerdos—. Así que va a tener un bebé. Qué emocionante. ¿De cuánto está?

—Creo que estoy de unas diez semanas. El mes pasado tuve lo que pensé que era un ciclo muy ligero, pero supongo que fue un pequeño sangrado.

—Bien, echemos un vistazo. ¿Podría acostarse en la camilla, por favor?

Hice lo que me pidió. Puso un gel frío en mi abdomen bajo y movió el transductor del ultrasonido sobre él hasta que encontró lo que buscaba en el monitor.

—Hola, pequeñín —dijo y me sonrió—. Ahí está su pequeño patuco.

Abrí los ojos y miré el monitor con una mezcla de alegría y temor. Mi bebé, de Mateo y mío.

—¿De cuánto estoy?

—Tenía razón. Parece ser de unos tres meses.

—¿El bebé es normal?

No estaba segura de por qué usé esa palabra, "normal". Era una pequeña alma inocente. Aunque su padre fuera un psicópata.

—Perfectamente. Todo está exactamente como debería estar. ¿Le gustaría una foto?

—Eso sería agradable, gracias.

La impresora cobró vida y pronto tuve en mis manos una imagen de mi bebé. Fue un momento surrealista. Lo que debería haber sido uno de los días más felices de mi vida estaba empañado por el dolor y la tristeza. Un bebé merecía dos padres que lo amaran y lo desearan.

Mateo quería que abortara a nuestro hijo. Yo me había opuesto en cada paso del camino. De ninguna manera mataría a mi hijo porque él fuera un imbécil egoísta.

—Dra. García...

—Perdón... ¿qué?

—¿Está bien? No quiero entrometerme, pero parece usted alterada.

—No ha sido la mejor de las semanas. Estaré bien. Gracias por preguntar.

—El embarazo es una montaña rusa. Veo que lleva anillo de casada. ¿Su marido no pudo venir hoy? Ver a su hijo por primera vez es una oportunidad de vinculación maravillosa para los nuevos padres.

—Me temo que Mateo no pudo venir.

—¿Mateo?

—Sí. Mateo García. Ese es el nombre de mi marido. ¿Por qué? ¿Lo conoce?

Ciertamente no era una experta en leer a la gente, pero definitivamente hubo un cambio en la actitud de la Dra. Mendes cuando mencioné el nombre de Mateo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Su marido es banquero de inversiones?

—Sí. ¿Por qué?

Vale, estaba empezando a asustarme un poco.

—Esto no es asunto mío, Dra. García, pero siento que debo mencionarle algo. Ya que no es usted de aquí y probablemente no haya oído los rumores.

—¿Rumores? ¿Qué rumores?

—¿Su marido le dijo que estuvo casado antes?

—¿Casado?

¿De qué estaba hablando? Seguramente me lo habría mencionado. Me pregunté si no estaría pensando en otra persona con el mismo nombre. Después de todo, Mateo era un nombre común.

—Sí. Dos veces, de hecho.

—¿Está segura?

—Sí, estoy segura. Recordé el nombre porque lo escuché en las noticias.

—¿Qué quiere decir?

—Las dos esposas de su marido desaparecieron sin dejar rastro.

Sentí un escalofrío en los huesos. Empecé a temblar.

—La cosa es, Peyton. ¿Puedo llamarla Peyton?

—Sí, sí, por supuesto.

—La cosa es que ambas eran extranjeras, y estaban embarazadas en el momento de su desaparición. Lo sé con certeza porque eran pacientes mías.

La habitación empezó a dar vueltas, y sentí como si alguien me estuviera apretando la cabeza en un torno. Debo haber tenido un aspecto terrible porque la doctora se apresuró hacia mí y me puso la cabeza entre las piernas. ¿Estaba hiperventilando?

Sentí que me frotaba la espalda y me hablaba lenta y deliberadamente.

—Está bien, tome una respiración profunda por mí. Despacio. Eso es.

Esperó un momento y luego me dio un vaso de agua.

—Aquí tiene, Peyton. Tome unos pequeños sorbos. Eso es.

—Yo... no sé cómo es esto posible —dije, luchando por controlar mi respiración.

—De nuevo, lamento mucho ser yo quien le diga esto, pero no me lo perdonaría si le pasara algo y no hubiera dicho nada.

—¿Qué dijeron los periódicos?

—Solo que las mujeres fueron reportadas como desaparecidas y nadie, incluidas sus familias, ha vuelto a saber de ellas.

—¿Hubo al menos algún tipo de investigación?

—Lo siento. No sé mucho más. Desearía poder ayudarla más, pero...

Lo que se suponía que iba a ser un día feliz se había convertido rápidamente en una pesadilla. ¡Dos esposas! ¡Dos! ¿Dónde diablos estaban? ¿Estaban escondidas en alguna parte? ¿El comportamiento psicopático de Mateo las obligó a huir con sus hijos no nacidos?

¿Y qué demonios se suponía que debía hacer ahora? ¿Ir a casa y fingir que no había pasado nada?

—Gracias, Dra. Mendes —dije y me levanté.

—Por favor, quédese todo el tiempo que quiera. Hasta que se sienta mejor.

—Estaré bien.

No, no lo estarás. ¡Estás jodida ahora, Peyton!

PEYTON

Estaba llena de un pavor casi paralizante cuando entré en la casa que compartía con mi marido, un hombre que era para mí un completo desconocido. Se suponía que debía ir al hospital después de mi cita con la Dra. Mendes, sin embargo, eso era casi imposible después de lo que había descubierto.

Llamé para decir que estaba enferma y me fui a casa. En realidad, primero fui a una cafetería y me senté allí durante horas antes de atreverme a regresar a la casa. Agradecí que Mateo no estuviera allí.

Qué irónico. Cuando recién nos casamos, antes de que Mateo me mostrara destellos de su naturaleza malvada, solía emocionarme cuando escuchaba el sonido del motor de su coche al acercarse. Pero, a medida que pasaba el tiempo, comencé a temer ese sonido. Incluso a odiarlo.

Tenía que saber más sobre las dos primeras esposas de mi marido. Seguramente, habría algo de ellas dentro de las paredes de la casa de Mateo. Mi primer pensamiento fue empezar por el dormitorio. Todas las mujeres consideraban su dormitorio como su lugar seguro. Un lugar donde guardaban todo lo que consideraban sagrado.

Quizás encontraría algo en la esquina de un armario o pegado en la parte inferior de un cajón. ¡Algo! Tenía que haber algún rastro de las dos mujeres que Mateo podría haber pasado por alto.

Pero, ay, después de horas de subirme a escaleras y escudriñar los pequeños recovecos de los espacios más oscuros e incómodos, no encontré nada. Solo polvo.

Luego, busqué pistas en internet. Encontré los artículos que mencionó la Dra. Mendes y los leí cuidadosamente. Después, no había aprendido nada más de lo que ya sabía, lo cual me frustraba enormemente. ¿Cómo iba a protegerme si no sabía a qué me enfrentaba? No podía simplemente preguntarle a Mateo.

Pasé el resto del día con los nervios de punta. Entonces, el temido sonido se acercó. Mateo había llegado a casa. Abrió la puerta y tiró las llaves del coche sobre la encimera de la cocina. Era pasada la medianoche, y por el sonido de sus pasos podía decir que estaba como una cuba. ¿Un buen momento para preguntar?

—¡Peyton! —gritó desde la cocina—. ¿No hay nada de comer por aquí?

Hola a ti también, imbécil.

Fingí estar dormida. Oí que se abría la puerta del dormitorio y me quedé perfectamente quieta. Tal vez se iría. Era una posibilidad remota, pero ¿qué más tenía?

—¡Oye! —dijo en voz alta y encendió la luz de noche—. Levántate. Tengo hambre.

No habría paz para mí, así que me levanté y pasé junto a él para ir a la cocina. Mateo me agarró del brazo.

—¿Qué? ¿No hay un beso para el hombre que trabaja tan duro por ti? —se burló y plantó un beso húmedo y cargado de alcohol en mis labios.

Requirió mucho autocontrol no vomitar sobre sus caros zapatos italianos.

—Hola —dije y me aparté de él—. Te prepararé algo de comer —dije, esperando que mi tono tranquilizador lo apaciguara.

—Esa es mi chica —balbuceó y me dio una palmada en el trasero. Me escoció como el demonio.

Me siguió hasta la cocina después de haberse aliviado.

—¿Qué hiciste hoy, mi amor? —me preguntó mientras yo cocinaba un filete con huevos.

El hombre estaba loco. *¿Mi amor?* Honestamente.

Estaba indecisa sobre si debía recordarle el hecho de que había visto a la Dra. Mendes y a nuestro bebé por primera vez. Hacer eso podría resultar en uno de dos desenlaces. O bien continuaría de buen humor, o se convertiría en un monstruo de nuevo y me daría una paliza. Qué hacer...

Me sentía particularmente irritable, así que me lancé.

—Vi a nuestro bebé hoy —dije desafiante.

La cara de Mateo me dijo inmediatamente que había tocado las pelotas del león. Me miró con puñales en los ojos.

—Tu bebé. No mío —siseó.

¡Cabrón! Perdí la calma. Había estado intentando durante mucho tiempo adaptarme a la nueva situación, pero algo dentro de mí se quebró.

—¿Cuándo pensabas decirme que estuviste casado antes, *mi amor*? —desafié al hombre borracho al otro lado de la encimera.

El rostro de Mateo perdió todo el color, pero no se quedó así por mucho tiempo. Para cuando abrió la boca para escupir veneno hacia mí, mi marido estaba rojo como un tomate. Instintivamente, di unos pasos atrás.

—¿Quién te lo dijo? —ladró.

—¿Importa acaso? ¿Es cierto?

Sabía que lo era, pero quería oír a Mateo decir las palabras.

—Veo que has estado muy ocupada husmeando. Sí. Es cierto. ¿Y qué?

—¿Cómo pudiste no decírmelo, Mateo?

—Porque no es asunto tuyo, joder.

—¿Hablas en serio? ¿Quiénes son? ¿Dónde están?

Mateo saltó por encima de la encimera como un loco. Intenté apartarme de su camino, pero era sorprendentemente rápido para estar borracho. Me agarró del pelo y me tiró la cabeza hacia atrás.

—¡Suéltame, bastardo! —le grité.

—¡Ya he tenido suficiente de ti, estúpida zorra americana! —me gruñó y me dio una bofetada tan fuerte que pensé que mi ojo izquierdo iba a explotar.

Intenté proteger a mi bebé envolviendo mis brazos alrededor de mi abdomen. Mateo me agarró de las muñecas y me arrastró hacia la puerta del garaje. Pero, en lugar de ir hacia la puerta del garaje, se dirigió a una puerta que había estado cerrada con llave desde el día que llegué a nuestro proverbial nido de amor.

Rebuscó en su bolsillo un juego de llaves y sacó una que encajaba en la cerradura. Mientras tanto, intenté liberarme de su agarre de hierro, pero fue inútil. Era una muñeca de trapo en las fuertes manos de mi marido.

Una vez que la puerta estuvo abierta, Mateo me arrastró hacia un espacio desconocido. Se detuvo y tanteó buscando el interruptor de la luz. Entonces, como si yo fuera un saco de mercancía no deseada, me arrojó por un tramo de escaleras. Caí con un golpe seco y perdí el conocimiento casi tan pronto como toqué el suelo.

* * *

Me desperté con un olor demasiado familiar. Cuando eres estudiante de medicina, es ese olor que nadie podría borrar jamás de los recovecos de tu mente.

Me senté y miré alrededor, preguntándome de dónde provenía ese hedor nauseabundo. Alcé la vista hacia el rellano de la escalera. No estaba segura de por qué lo hice. No era como si Mateo hubiera dejado la puerta abierta para mí. Pero la esperanza es lo último que se pierde, como dijo una vez el bardo.

Me levanté muy despacio. Mi cuerpo estaba magullado y entumecido. No tenía forma de saber cuánto tiempo había estado inconsciente y tiritando en el frío suelo de concreto. Mi reloj tenía una grieta y parecía haberse detenido cuando me desplomé. Estaba vestida con mi pijama y bata, así que tampoco tenía mi teléfono conmigo. ¡Mierda!

¿Cómo diablos iba a salir de este lío? Mateo podía dejarme allí para que me pudriera y nadie lo sabría jamás. Debía estar en el sótano. Había preguntado sobre esa puerta cerrada cuando llegué por primera vez a mi nuevo hogar. Mateo me dijo que la había cerrado con llave porque tenía problemas de moho y no era segura. Ahora me maldecía por no haber insistido en el tema, pero ¿qué razones tenía una recién casada para desconfiar de su marido?

Tanteé en el espacio tenuemente iluminado hasta que encontré una fuente de luz en forma de linterna. Tuve que sacudirla varias veces antes de que las baterías se conectaran correctamente

con la tira de cobre dentro de la carcasa. Mi salvavidas cobró vida y pude usarla para intentar descubrir cómo escapar.

El sótano estaba escasamente amueblado. Unas cuantas sillas, una mesa vieja, algunas cajas y tres grandes congeladores.

Abrí una de las cajas y encontré un álbum de fotos dentro. Acerqué una silla y me senté a la mesa antes de abrirlo y hojear sus páginas. Reconocí el rostro de Mateo de inmediato, aunque había sido bastante más joven cuando se tomaron las fotos.

Junto a él estaba una mujer hermosa. Lo miraba con la misma adoración con la que yo lo había hecho cuando nos casamos. Supuse que debía haber sido la primera señora García por la juventud de los novios.

El álbum estaba lleno de fotos felices. Seguí mirando hasta que llegué a las páginas en blanco. El álbum no estaba completamente lleno.

Hurguée en otra caja y encontré un segundo álbum de fotos. Era prácticamente una repetición del primero. Felicidad, felicidad y luego vacío.

¿Quiénes eran estas mujeres? ¿Dónde estaban ahora? ¿Qué les había hecho Mateo? Tenía que saberlo. El sótano era mi mejor oportunidad de encontrar algunas respuestas. ¿Alguna de las mujeres habría llevado un diario?

El golpe en la parte posterior de mi cabeza latía. Rogué poder romper un trozo de hielo del interior de uno de los congeladores y usarlo para aliviar la hinchazón, así que me dirigí hacia uno de ellos.

Fue cuando abrí el congelador más cercano que encontré la fuente del olor que había detectado antes: no era el olor de ratas muertas y otros animales como había esperado. Dentro del congelador estaban los restos de un ser humano.

Grité y di un salto hacia atrás. Había visto y manipulado muchos cadáveres en mis cuatro años como estudiante. Eso no era lo que me asustaba. Era el hecho de que en este caso, sabía exactamente a quién pertenecían los restos. ¡Las esposas de Mateo!

Oh, Dios mío. Ayúdame. No puedo hacer esto...

Cerré de golpe la puerta del congelador y respiré hondo para tratar de controlar la oleada de náuseas que me tenía en su vil agarre. No necesitaba abrir el segundo para saber exactamente lo que había dentro. Sabía demasiado bien que si me quedaba allí en ese sótano, pronto me uniría a las ocupantes de los congeladores.

Mateo no solo era un abusador psicópata. También era un asesino a sangre fría.

Tenía que escapar de mi destino, y tenía que hacerlo antes de que mi marido despertara de su borrachera. Comencé a hurgar frenéticamente en cada caja y estante que pude alcanzar hasta que encontré un destornillador. Luego, subí las escaleras y desatornillé la puerta de sus bisagras. Me llevó más tiempo del que anticipé, pero seguí adelante. Mis dedos sangraban y mis uñas se rompían, pero no me detuve hasta que la puerta se movió.

La casa estaba en silencio excepto por el sonido de los ronquidos de Mateo provenientes de su

estudio. Subí de puntillas lo más silenciosamente posible por la escalera hacia el dormitorio. Tenía que agarrar mi bolso y cambiarme a algo más apropiado. Me moví a la velocidad del rayo por la habitación, recogiendo lo que necesitaría para mi salida de emergencia del infierno.

Escuché atentamente antes de salir de la habitación. Mateo seguía roncando. Bajé de puntillas las escaleras y salí al garaje por la puerta de comunicación desde la cocina. Temía que si usaba el control remoto para abrir la puerta del garaje, Mateo me oiría. Así que desconecté el mecanismo y abrí la puerta manualmente. Lentamente...

Luego, coloqué una pala debajo para mantenerla abierta y recé para que aguantara mientras quitaba el freno de mano y sacaba mi coche del garaje sin arrancar el motor.

Una vez que lo había rodado a una distancia considerable del garaje, arranqué el motor. Estaba casi libre. Todo lo que quedaba era cruzar la frontera hacia los Estados Unidos.

Por favor, Dios. ¡Ayúdame!

PEYTON

Estaba al borde del colapso por el estrés cuando vi la larga fila de coches en el puesto fronterizo. Eran casi las 5 de la mañana y los trabajadores migrantes iban de camino para comenzar su jornada.

Había estado conduciendo sin parar desde Ciudad de México hasta la frontera con Estados Unidos, deteniéndome solo para comprar agua y un tentempié y para cambiar mi Mercedes por un montón de chatarra destartalada. No tenía ni idea de si podría cruzar a Estados Unidos sin que los amigos de Mateo estuvieran esperando para arrastrarme de vuelta con el hombre que seguramente me mataría. Supuse que si me estaban buscando, tendrían los datos de matrícula de mi coche y una descripción general de mi persona.

Observé cómo me acercaba cada vez más al frente de la cola. Me alegraba de haber conservado mi pasaporte antiguo, que mostraba mi apellido de soltera. Con suerte, los guardias estarían demasiado ocupados para comprobar mis datos en el sistema. Además, Mateo no se imaginaría que tendría las agallas para salir del país.

Llegó mi turno. Respiré hondo y reuní fuerzas mientras me acercaba a la ventanilla. Sonreí con alegría y me aseguré de que se viera mi escote; un poco de distracción era la mejor amiga de una chica. Le entregué mi pasaporte al guardia.

Me miró de arriba abajo mientras yo mantenía mi sonrisa lo más brillante posible. No podía culparlo por mirar más mi cara que mi escote. Llevaba tanto maquillaje para cubrir los nuevos moretones que probablemente parecía una muñeca de porcelana. Caminó hacia la parte trasera del coche y miró alrededor por un momento. Mi corazón latía salvajemente en mi garganta.

Para mi asombro, me dejó pasar. Cuando lo hizo, el montón de chatarra que conducía se caló.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Intenté arrancarlo, pero solo obtuve una sucesión de tartamudeos. Miré al guardia con pánico controlado. Lo intenté varias veces sin éxito. Entré en pánico cuando otro guardia comenzó a caminar hacia nosotros.

—Vamos, pedazo de mierda —murmuré entre dientes mientras seguía girando la llave en el contacto.

¡Por favor, por favor, por favor!

Un giro más. ¡Y ahí estaba! El motor rugió y no un momento demasiado pronto. Hice un gesto de disculpa y salí de allí sin dejar marcas de goma en el asfalto. Una vez que estuve a salvo dentro de las fronteras de Estados Unidos, salí del coche, le di una patada a la puerta del conductor dejando una abolladura considerable, y destruí mi teléfono móvil y la tarjeta SIM. Luego, conduje hasta la primera tienda que pude encontrar y compré un teléfono desechable para llamar a un taxi.

Mis padres vivían cerca de la frontera, pero no podía ir allí ya que sería el primer lugar donde Mateo me buscaría. Eran poco después de las 6 de la mañana cuando me registré en un motel, completamente agotada.

La habitación era adecuada —una evaluación generosa—, pero estaba allí para descansar unas horas antes de dirigirme a Nueva York. Quería poner tanta distancia como fuera posible entre mi marido psicópata y yo, y siempre había querido ver la Gran Manzana.

Obtuve un buen beneficio cuando vendí mi Mercedes, lo que me dio suficiente dinero en efectivo para mantenerme durante unos meses. El vendedor debió pensar que estaba loca cuando le pedí un cheque de caja, pero usé mi encanto y le conté una historia inventada. Estaba segura de que los moretones en mi cara inclinaron las probabilidades a mi favor.

Era imperativo que encontrara un trabajo tan pronto como me estableciera. Tal vez hubiera una residencia disponible en uno de los muchos hospitales de Nueva York. No iba a cargar a mis padres con mis problemas. Debería haber sido más cuidadosa desde el principio.

La retrospectiva era una perra caprichosa.

Tenía tantas cosas en mente que sentía como si mi mundo estuviera girando. Así que me acosté en la cama, me cubrí con una manta y me quedé dormida. Antes de hacerlo, activé el teléfono desechable que había comprado en la frontera. Después de todo, necesitaba un teléfono para llamar al 911 si Mateo irrumpiera por la destartalada puerta de la habitación del motel.

Un ruido estruendoso me despertó. Me senté de golpe y miré alrededor en pánico, esperando ver a alguien sobre mí con una pistola apuntando a mi cabeza. Afortunadamente, estaba sola. El ruido venía de la habitación contigua a la mía. La voz de un hombre trataba de aplacar la de una mujer que regañaba. Obviamente, ella le estaba arrojando cosas. Ya había pasado por eso.

Miré mi reloj. Eran poco después de las 8 de la noche. Había dormido durante la mayor parte del día, y si me dieran la oportunidad, fácilmente dormiría otro tanto. Pero no había tiempo para tales lujos. Tenía que poner mucha distancia entre Mateo y yo, así que me levanté y me refresqué antes de llamar a un taxi para que me llevara al aeropuerto.

Compré un billete de avión, en efectivo, a Nueva York, después de lo cual me senté a comer en una cafetería del aeropuerto. No estaba hambrienta, pero sabía que tenía que poner algo en mi estómago o me marearía.

Mientras comía, me pregunté si mi bebé estaría bien. Hasta ese momento, me había obligado a no pensar demasiado en ello. La supervivencia era mi principal preocupación. Había caído muy fuerte sobre el suelo de concreto cuando Mateo me arrojó por las escaleras, pero me consolaba con el conocimiento de que los bebés eran mucho más resistentes de lo que les dábamos crédito.

Instintivamente, pasé la mano por mi vientre. No estaba muy avanzada en mi embarazo, así que

mi estómago estaba bastante plano, pero era una acción reconfortante, de todos modos.

Todo va a estar bien, mi pequeño ángel. Papá ya no nos hará daño.

Mi vuelo estaba embarcando, así que pagué la cuenta y me dirigí a hacer el check-in. Decidí llamar a mi familia una vez que estuviera a salvo en Nueva York. Iba a llevar tiempo tragarme mi orgullo y explicarles que había cometido un error colosal de juicio. Mateo era un maestro manipulador. Tenía que reconocérselo. Incluso había engañado a mis padres.

Estaba destrozada. No solo por mí, sino por lo que pudo haber sido. Las dos mujeres que se habían enamorado del mismo hombre desalmado, ahora muertas y desmembradas en su sótano, debieron haber tenido los mismos remordimientos al darse cuenta de que estaban a punto de morir. Me sentía terrible por sus familias. Sin duda, la crueldad de matar al hijo de alguien solo era superada por privar a sus padres de obtener un cierre.

No podía imaginar lo que mis padres habrían hecho si yo hubiera desaparecido de repente de la faz de la tierra. Es el no saber lo que eventualmente mata a un padre y a una madre. Los seres humanos necesitan un cierre. Necesitan despedirse de los muertos. No creía que fuera posible odiar más a Mateo. Estaba equivocada.

Tenía cinco horas de vuelo para planear una vida sin Mateo. Lula sin duda se estaría preguntando adónde me había ido y por qué no podía contactarme. Ella era la única en México que extrañaría. Rezaba para que Mateo no le hiciera daño. Estaba desesperado, y los hombres desesperados hacían cosas desesperadas.

* * *

El aeropuerto JFK estaba repleto de gente. Era reconfortante escuchar mi lengua materna. Me estaba volviendo bastante buena hablando y entendiendo español, pero sabía que aún no había llegado a ese nivel. Sabes que eres nativa cuando empiezas a pensar en el idioma que estás hablando, y yo todavía era muy estadounidense.

Necesitaba ser cuidadosa ya que llevaba una gran cantidad de efectivo conmigo. ¿Lo depositaría en un banco y esperaría a que Mateo me encontrara de esa manera? ¡Ni hablar! Le pediría a Alyssa que abriera una cuenta a su nombre y usaría esa en su lugar.

Usé la web para buscar un lugar adecuado donde quedarme mientras tanto. Había un apartamento pequeño y pintoresco anunciado, así que llamé al agente inmobiliario y concerté una cita para verlo. Tuve suerte, ya que me dijo que podía reunirse conmigo allí en menos de una hora. Agarré mi modesta bolsa de pertenencias y paré un taxi.

—Es perfecto —le dije una vez que me había decidido.

—Maravilloso. Necesito que llene algunos formularios y luego es suyo —sonrió.

—¿Cuán pronto puedo mudarme?

—De inmediato, creo. Tan pronto como se complete el papeleo.

—Excelente.

Pasé la noche en un bed and breakfast cerca de mi nuevo apartamento. La dueña era una dulce anciana que me habló hasta por los codos, pero no me importó.

Llamé a Lula tan pronto como me instalé.

—Hola —dijo con su tono exuberante habitual.

—Lula, soy Peyton.

—¡Gracias a Dios! ¡Peyton! ¿Dónde estás? He estado muy preocupada.

—Lo siento por no haberte llamado antes, Lula.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Dónde estás?

—Lo dejé, Lula.

—¡Gracias a Dios! ¿Qué pasó?

—Me usó como saco de boxeo por última vez.

—Estoy tan orgullosa de ti, Peyton. ¿Dónde estás? ¿Necesitas ayuda? ¿Necesitas un lugar donde quedarte?

—No. Estoy bien, gracias, Lula. No quiero decirte dónde estoy, amiga mía. Es más seguro para ti si no lo sabes.

—Me estás asustando, Peyton. ¿Qué está pasando?

—No puedo hablar contigo por mucho tiempo, pero estoy a salvo, así que por favor no te preocupes. Te llamaré de nuevo en unos días. Mientras tanto, mantente alejada de Mateo. Es un hombre peligroso.

—De acuerdo.

—Prométemelo, Lula.

—Sí, sí... lo prometo. Cuídate, amiga mía.

—Tú también. Adiós.

—Hasta luego, Peyton.

Ahora venía la llamada difícil. La que había estado temiendo.

—Hola.

—Hola, mamá. Soy yo.

—¡Peyton, mi amor! Qué linda sorpresa. ¿Cómo estás?

Mierda, esto iba a ser duro.

—Mamá, ¿está papá ahí?

—Sí. ¿Pasa algo malo, cariño?

—¿Podrías ponerme en altavoz, por favor?

No iba a explicarme dos veces.

—Claro, cariño —dijo. Escuché el clic cuando hizo lo que le pedí.

—Hola, mi princesa. Es papá. ¿Qué pasa?

—Hola, papá. Necesito decirles algo, pero quiero pedirles que me dejen terminar antes de hacerme preguntas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Claro, mi amor.

Procedí a contarles a mis padres lo que había estado enfrentando desde que dije esas dos palabritas que me unieron en matrimonio a un psicópata. Hubo un silencio atónito una vez que terminé mi historia de desgracias. Mi madre estaba llorando, podía notarlo por los pequeños sollozos ahogados, aunque trataba de ocultarlo.

Mi padre estaba más callado de lo que jamás había estado. Me preguntaba qué estaría pensando. Le hice jurar que no intentaría enfrentarse a Mateo. Lo último que necesitaba era que uno o ambos resultaran heridos. No les conté sobre los cuerpos que había encontrado. Eso era algo que sabía que debía guardarme para mí por el momento.

Estaba exhausta cuando colgué. Solo quedaba una cosa más que necesitaba hacer antes de tomarme una siesta bien merecida.

—Consultorio del Dr. Forbes. Habla Mandy. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola. Soy Peyton Taylor. Me gustaría concertar una cita para ver al Dr. Forbes, por favor.

—Por supuesto. Déjeme ver. El doctor está bastante ocupado.

—Lo siento, pero es bastante urgente. Estoy embarazada y me caí.

—Oh, Dios mío. Está bien, la acomodaré a las 9 de la mañana del lunes.

—Gracias, Mandy.

El Dr. Forbes era un ginecólogo muy recomendado. Había oído hablar de él cuando estaba en la universidad. Ahora que tenía mi cita programada, me quedé dormida en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

* * *

Me dolía la cabeza. ¿Qué demonios hacía en mi oficina? La noche anterior era un borrón. Miré mi reloj: las 11 de la mañana. ¡Mierda! Tenía que reducir mi consumo de alcohol. Me levanté y me dirigí hacia la cocina. Fue entonces cuando los sucesos de la noche anterior volvieron de

repente a mi memoria.

Así que Peyton lo había descubierto. No tenía idea de cómo, pero debería haberlo anticipado. Mi esposa era inteligente y, hay que admitirlo, un desafío. Mis dos primeras esposas también eran hermosas, pero Peyton era más lista que sus predecesoras. Demasiado lista para su propio bien. Me preguntaba si ya habría encontrado los cuerpos. Quizás eso callaría su boca insolente.

Era hora de deshacerme de ella. Peyton sabía demasiado. La dejaría en el sótano un día o dos antes de callarla. Permanentemente.

Abrí el refrigerador para tomar un poco de agua fría que tanto necesitaba cuando algo llamó mi atención.

—¿Qué carajo?

Algo en la puerta del sótano parecía fuera de lugar. Me acerqué para investigar y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba abierta. ¿Cómo demonios había...

Bajé corriendo las escaleras hacia el sótano solo para encontrarlo vacío. No podía creer lo que veían mis ojos inyectados en sangre. ¡La perra se había ido! Mi esposa de alguna manera se las había arreglado para forzar la cerradura y ahora estaba suelta. Corrí a buscar mi teléfono celular para llamar a Pedro. Con un poco de suerte, la tendría bajo custodia. Todas las esposas corren a la policía cuando están molestas por sus matrimonios.

—Mateo. ¿Qué puedo hacer por ti, amigo mío?

—Tengo un problema enorme.

—¿Oh? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Peyton se ha escapado. ¿La has visto en la comisaría?

—No. Déjame ver qué puedo hacer. Te llamaré cuando tenga noticias.

—Gracias, amigo.

¡Mierda! Esto no era bueno. Peyton sabía la verdad y podría destruirme si se lo contaba a las personas equivocadas. Tenía que encontrarla, y rápido.

Pedro me llamó unas horas más tarde con la noticia de que mi esposa de alguna manera había cruzado la frontera hacia Estados Unidos. Después de gritarle y chillarle sobre lo jodidamente incompetentes que eran sus hombres, llamé a un amigo investigador privado y le di los datos de Peyton y sus padres. Me prometió que la encontraría.

Me arreglé para poder ir a la oficina.

—Te has metido con el hombre equivocado, querida Peyton. Voy a hacer que te arrepientas de haberme conocido, zorra —dije cuando entré en el dormitorio y vi la alianza de boda que había dejado sobre el tocador.

BEN FORBES

—¡Lo tienes, Ben!

La voz de Rowan retumbó por toda la sala. Estaba en la primera fila de asientos más cercana a la arena donde yo estaba concentrado en derribar a un hombre que se movía como una gacela. En todos mis años compitiendo en artes marciales, rara vez me había encontrado con alguien tan rápido como mi oponente actual. Observé atentamente sus ojos en busca de esa señal reveladora que todos los luchadores tienen cuando están a punto de atacar.

Esperé y observé... esperé... ¡y ahí estaba! La chispa duró apenas una fracción de segundo, pero lo tenía. La pelea estaba en el bolsillo. Mi talón derecho conectó con su barbilla: buenas noches, princesa. Mi oponente se desplomó en el suelo, mientras yo permanecía de pie, bastante satisfecho conmigo mismo. Después de un tiempo, se levantó y se puso de pie con las piernas temblorosas. Nos enfrentamos e hicimos una reverencia antes de que yo abandonara la arena. La victoria fue dulce.

—Vaya, le has dado una buena paliza —se rio Rowan cuando me uní a él en las gradas.

—Me siento un poco como Ralph Macchio en Karate Kid —sonreí.

—Claro, si fueras veinte años más joven.

—Cuidado, amigo, o serás el próximo en probar el extremo funcional de mi pie.

—No le harías eso a un querido amigo, ¿verdad? —resopló.

—Absolutamente sí —sonreí con suficiencia y le di una palmada en el omóplato—. Vamos. Necesito comer.

Dejé a Rowan por un momento y fui a los vestuarios para ducharme y cambiarme el karategi. Patear traseros era un trabajo sudoroso, a diferencia de mi trabajo diario, que requería más cerebro que músculo. Por suerte para mí, podía disfrutar de ambos. Ser ginecólogo era un trabajo fascinante, aunque fuera el blanco de bromas juveniles sobre partes íntimas femeninas en las fiestas.

La ceremonia de premiación no era hasta mucho más tarde ese día, así que Rowan y yo salimos del dojo y condujimos hasta un restaurante cercano.

Una camarera guapa tomó nuestro pedido tan pronto como nos sentamos. Pedí un filete con verduras y Rowan una hamburguesa con patatas fritas. Sospechaba que mi mejor amigo desde el

instituto tenía una tenia. El hombre comía sin parar sin engordar ni un centímetro.

—Lo has hecho muy bien hoy, Ben. Estoy orgulloso de ti, amigo.

—Gracias, Ro.

—Apuesto a que los chicos de tu antigua unidad echan de menos tus movimientos de karate.

—Qué gracioso.

—¿Echas de menos la vida militar?

—A veces. Te encariñas con la gente cuando pasas tanto tiempo con ellos. Aunque debo decir que disfruto más de la práctica privada. Específicamente, la libertad que me da para dedicarme a la lucha.

—Siempre has sido un buen luchador, Ben. No sé si tus oponentes sobrevivirán si tienes más tiempo libre para practicar.

No era de los que se daban aires, pero estaba en la cima de mi juego. Las artes marciales eran mi pasión. Todo lo que hizo falta fue una película de Bruce Lee cuando era niño, y quedé enganchado.

—Escucha, colega. Tengo que hablarte de algo —anunció Rowan.

—Suena serio. ¿Qué pasa?

—Me han ofrecido un contrato de dos años en Europa. Es el tipo de oportunidad que se presenta una vez en la vida.

—Eso es fantástico, Ro.

—Sí, estoy emocionado. Pero significa que no nos veremos mucho mientras esté fuera. ¿Estarás bien? ¿O tengo que prepararme para un diluvio de lágrimas de niño grande? —sonrió con suficiencia.

—Creo que sobreviviré, tonto —me reí—. Estoy seguro de que puedo mantener el fuerte durante veinticuatro meses mientras tú siembras tu avena silvestre entre las desprevenidas mujeres de Europa.

—Vale, bien. Entonces, ¿estás bien?

—Perfectamente, cabeza hueca. Además, Owen me hará compañía. Tengo una vida aparte de ti, ¿sabes?

—En ese caso, organicemos un fin de semana de escapada, solo los chicos, para armar jaleo antes de que me vaya. Dile a tu hermano que venga también.

—Trato hecho.

* * *

Me tomé un descanso del entrenamiento el resto del fin de semana y pasé el domingo pescando

lubina con mi hermano, Owen, en el río San Lorenzo. Owen y yo éramos tan cercanos como podían serlo dos hermanos. Él era dos años menor que yo, así que crecimos pegados el uno al otro. Nos metíamos en líos como cualquier par de hermanos, pero el vínculo que teníamos era especial.

—¿Cómo te fue ayer? —me preguntó Owen mientras yo lanzaba el sedal—. Siento no haber podido estar allí.

—Fue genial. ¿Todo bien?

—Sí. La madre de Suzy tuvo otro de sus *episodios*, así que...

—¿Qué fue esta vez?

—Honestamente, no tengo ni idea. Esa mujer es algo especial.

—Eres un santo por aguantar sus tonterías.

—¿Qué puedo decir? Suzy lo vale.

—Eso es cierto.

Owen y Suzy llevaban juntos aproximadamente dos años. Ella era un encanto absoluto, la pareja perfecta para mi hermano. Pero la pobre chica tenía una madre que estaba más loca que una cabra. Rica, divorciada, mimada e hipocondríaca incurable, la madre de Suzy hacía de la vida de su tranquila hija una pesadilla.

—Hablando de mujeres que nos mantienen en vilo, ¿qué hay de tu vida amorosa? —preguntó Owen.

—Ya sabes que no tengo mucho tiempo libre entre el trabajo y el entrenamiento de artes marciales. Parece egoísta meterme en una relación a largo plazo. Y, aunque quisiera, ¿dónde conocería a alguien?

—¡Vamos! Tienes un buffet de mujeres llamando a tu puerta todos los días. Eres como el flautista de Hamelín de las chicas, hermano. ¿Me estás diciendo que no has conocido a nadie así?

—¿Besas a nuestra madre con esa boca?

—Por supuesto. Vamos, Ben. Tiene que haber alguien que te haya llamado la atención últimamente.

—Te diré algo. Cuando conozca a una que valga la pena el esfuerzo, te lo haré saber. ¿De acuerdo?

—Sí. Hazlo.

—Ahora, cierra el pico. Estás espantando a los peces.

—¿Qué? ¿El Karate Kid no puede atrapar uno con un par de palillos? Estás perdiendo facultades, hermano.

* * *

El lunes comenzó con un rugido con una sala de espera llena de pacientes. Primero me acomodé en mi oficina, luego le avisé a Mandy que enviara el primer expediente.

Hhmm. Una doctora. Le avisé a Mandy que estaba listo para la consulta.

La puerta se abrió y entró una mujer impresionantemente hermosa con ojos inteligentes y una figura que haría temblar las rodillas de la mayoría de los hombres. Si la hubiera conocido en un contexto social, me habría asegurado de presentarme. Pero ahora era mi paciente, así que nada de tonterías.

—Buenos días, Dra. Taylor. Soy el Doctor Forbes. Por favor, tome asiento. ¿En qué puedo ayudarla hoy?

—Buenos días —dijo una vez sentada—. Estoy embarazada de cuatro meses, pero me caí por unas escaleras y quería que revisara a mi bebé, por favor.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace dos días.

Me pregunté por qué había esperado tanto antes de verme. La Dra. Taylor me respondió como si anticipara mi pregunta.

—No pude hacer una cita de inmediato. Estaba viajando. Soy nueva en la ciudad.

—Ya veo. ¿Ha tenido algún sangrado o manchado?

—No.

—Bien, vamos a echar un vistazo. El ultrasonido nos dirá lo que necesitamos saber. Por favor, desvístase detrás del biombo y acomódese en la camilla.

La hermosa doctora se levantó y siguió mis instrucciones mientras Patricia, mi enfermera asistente, entraba en la habitación y tomaba su lugar junto a la camilla. Le di a la Dra. Taylor unos minutos para desvestirse antes de unirme a las dos mujeres.

—¿Ya se había hecho su primer ultrasonido?

—Sí. El bebé estaba normal y saludable.

—Bien.

Apliqué el gel sobre el vientre suave de mi paciente antes de deslizar el transductor sobre el área donde estaba su útero. No me tomó mucho tiempo descubrir que el niño dentro del vientre de la Dra. Taylor estaba muerto. Maldición. Odiaba esta parte de mi trabajo.

Patricia me miró por un segundo antes de volver su mirada al monitor. Bajé la vista hacia la Dra. Taylor. Estaba callada, pero vi una lágrima solitaria deslizándose hacia su oreja mientras yacía de espaldas, mirando al techo.

—Solo dígamelo, Dr. Forbes —dijo suavemente.

—Lo siento, Dra. Taylor —dije, transmitiendo toda la simpatía que me permití como profesional —, no puedo encontrar latidos. Su bebé ha fallecido.

Mi ser se inundó de un inesperado impulso primario de proteger a esta mujer. Eso nunca me había pasado antes. La intensidad de ello me tomó por sorpresa.

Patricia sacó un pañuelo de papel de su caja y se lo entregó a la mujer que estaba haciendo un excelente trabajo siendo valiente.

—Le daré algo de privacidad para que pueda vestirse —dije, luego me senté en mi escritorio.

Tuve que preguntarme cuáles eran las circunstancias que rodeaban su caída. Aunque no importaba en este punto. Su bebé estaba muerto y ahora tenía que hablarle sobre el siguiente paso. Patricia salió de la habitación.

—¿Un legrado? —preguntó tan pronto como se sentó.

—Sí, sería lo mejor. Voy a programarla en el hospital. Mandy la llamará con los detalles.

—Gracias, Dr. Forbes.

—Mis condolencias, Dra. Taylor. Mencionó que era nueva en la ciudad. ¿Tiene a alguien aquí que pueda apoyarla? Me doy cuenta de que este es un momento muy emocional. ¿Tal vez el padre del bebé?

—Estaré bien, gracias.

Algo me dijo que el padre del niño fallecido no estaba en el panorama. Seguramente, si lo estuviera, habría acompañado a la pobre mujer sentada frente a mí en esta cita crucial. Esto era algo importante. Pero no era mi trabajo husmear, así que lo dejé pasar.

—De acuerdo. La veré esta noche. Creo que es mejor si hacemos la operación lo antes posible. Nuevamente, mis condolencias por su pérdida, Dra. Taylor.

Ella asintió y se limpió una lágrima solitaria de la mejilla antes de levantarse y dirigirse a la puerta.

La observé mientras se alejaba con compostura. Esta era una mujer fuerte. No tenía idea de lo que había pasado, pero el instinto me decía que había sido algo muy duro.

Pensé en la Dra. Taylor durante todo el día. No pude evitarlo. Me fascinaba. Hice los arreglos con el personal del quirófano para reservar un horario y recé para que la Dra. Taylor fuera tan fuerte por dentro como parecía ser por fuera.

PEYTON

Las compuertas se abrieron tan pronto como salí del edificio del consultorio del Dr. Forbes. Sentí como si alguien hubiera clavado un cuchillo en mi corazón. Mi bebé había muerto. Lloré por la pérdida, por el futuro que pudo haber sido y por todos los momentos importantes que las madres comparten con sus hijos.

Es extraño cómo funciona la mente. Nunca había envidiado la maternidad de Madison. Pero, de repente, la capacidad de mi hermana para disfrutar de sus hijos me hacía sentir como media mujer. No era lógico, pero lo sentía de todos modos. Malditas hormonas.

Vamos, Peyton. Recupérate. Algún día tendrás un hijo, con alguien digno de ser padre. Quizás esto sea lo mejor. Sabes que Mateo habría destrozado a tu hijo. Ninguna madre debería tener que vivir con ese tipo de miedo.

La voz de la razón tenía razón. Aunque no era de mucho consuelo para mi corazón roto en ese momento. Regresé a mi nuevo apartamento y pasé la tarde descansando y preparándome mentalmente para el legrado.

Había estado posponiendo hablar con Alyssa. Pero era hora. Marqué su número.

—¡Hola, extraña! ¿Dónde has estado? —me preguntó Alyssa cuando contestó—. No me digas que tú y tu amorcito se fueron a otra escapada exótica porque voy a tener que vomitar de pura envidia.

—Hola, Lyssa. No, me temo que no.

—¿Qué pasa? ¿Has estado llorando?

—No sé por dónde empezar. Oh, Lyssa, todo es un desastre.

—¿Qué demonios está pasando, Peyton? Habla conmigo.

—Debería haberte escuchado.

—¿Sobre qué? Me estás asustando. ¿De qué estás hablando?

—Mateo. Es un psicópata, Lyssa. Tenías razón. Debería haber tardado más en conocerlo antes de lanzarme al matrimonio.

—Dime qué ha hecho, Peyton.

No sabía exactamente por dónde empezar. Sentirme como una idiota tampoco ayudaba. Pero Alyssa era mi mejor amiga y sabía que no me juzgaría, así que le conté todo. Todo excepto los cuerpos en el sótano. Todavía no estaba lista para compartir eso. También le expliqué por qué no había ido a la policía.

—¡Oh, Dios mío, Peyton! No sé qué decir. Lo siento mucho. ¿Dónde estás ahora?

—Estoy a salvo. Estoy en Nueva York.

—¿Cómo puedo ayudarte, amiga?

—Necesito que me abras una cuenta bancaria. No quiero facilitarle a Mateo que me encuentre.

—Por supuesto. ¿Tienes suficiente dinero?

—Sí, estoy bien por ahora. Vendí mi coche. Pero tendré que encontrar trabajo pronto. No quiero ser una carga para mis padres.

—¡No digas tonterías! Yo te ayudaré.

—No, no lo harás. Tengo que hacer esto por mí misma, Alyssa. Cometí un error y planeo arreglarlo.

—Pero, ¿qué pasa con el bebé? ¿Cómo trabajarás cuando tengas un recién nacido que cuidar?

—Yo... perdí al bebé.

Alyssa se quedó en silencio, pero pude escuchar sollozos ahogados que me hicieron llorar de nuevo. Juntas, mi mejor amiga y yo lloramos la pérdida de mi hijo. Pasó un rato antes de que volviéramos a hablar.

—Lo siento mucho, Peyton. Lo siento tanto. Ojalá pudiera matar a ese bastardo.

—Tú y yo.

—¿Tienes dolor?

—Todavía no. Voy a tener un legrado esta noche. Te llamaré mañana.

—De acuerdo. Te quiero, amiga. Prométeme que me llamarás si necesitas ayuda.

—Te lo prometo. Yo también te quiero.

Me sentí un poco mejor después de la llamada. Al menos alguien más sabía la verdad sobre Mateo. Alyssa prometió guardarlo para sí misma. No quería que mi familia lo supiera. Al menos no todavía.

Mandy, de la consulta del Dr. Forbes, me llamó y me dijo que tenía que estar en el hospital a las 4 de la tarde. El procedimiento estaba programado para las 6 de la tarde.

Estaba nerviosa, pero sabía que tenía que hacerse. Era absolutamente cierto que los médicos eran los peores pacientes. Probablemente porque sabíamos todas las cosas que podían salir mal durante una cirugía. La ignorancia realmente era una bendición en este caso. Pero se decía que el Dr. Forbes era uno de los mejores, así que tenía esperanza.

No era en absoluto lo que había esperado. Para empezar, parecía más joven de sus treinta y ocho años. Además, era increíblemente atractivo. Alto, moreno, en excelente forma, armado con ojos intensamente oscuros y luciendo una barba de tres días bien cuidada. Supuse que el sexy y afable ginecólogo no tenía escasez de admiradoras.

No es que yo estuviera en busca de un reemplazo, ni por asomo. La relación entre Mateo y yo no fue algo que planeé, simplemente sucedió. Debería haberlo sabido mejor. ¿Quién sabe? Si me hubiera detenido un momento antes de saltar, tal vez habría notado las fallas en la fachada casi perfecta de mi marido. Me preguntaba si alguna vez me perdonaría a mí misma.

* * *

—Hola de nuevo —la voz tranquilizadora de Ben sonó sobre mí mientras yacía en una camilla en el quirófano.

—Hola.

—¿Cómo te sientes?

—¿Estás bromeando? Ya sabes lo que dicen sobre los médicos cuando son pacientes, ¿no?

—Ben, por favor. Creo que como médicos podemos prescindir de las formalidades.

—Peyton.

—Está bien, Peyton. ¿Estás lista?

—Tan lista como puedo estar.

—Yo te cuidaré —dijo y me apretó la mano.

Fue inesperado, pero en ese momento, una avalancha de sentimientos me invadió. Era como si nos conociéramos desde hacía años. Confiaba en el Dr. Ben Forbes sin esfuerzo. ¿Qué tenía este hombre que me hacía sentir tan a gusto?

Una enfermera me llevó en silla de ruedas al quirófano, donde Ben, el anestesista y un equipo de enfermeras quirúrgicas estaban llevando a cabo sus rituales preoperatorios.

—Hola, Dra. Taylor. Soy Peter. ¿Está lista para una maravillosa siesta? —sonrió el anestesista.

—¿No tendrás tequila en ese suero por casualidad?

—Ah, una chica del tequila. Me temo que no, pero tengo un delicioso cóctel que creo que va a disfrutar casi tanto.

—Suena bien. Gracias, Peter.

Una enfermera preparó el goteo y colocó la aguja en una vena de mi mano.

—Lo siento, va a escocer un poco —dijo.

Escocer... sí, claro. No puede ser peor que recibir una paliza de un marido furioso.

—Allá vamos —dijo Peter—. Cuente hacia atrás desde diez, por favor.

—Diez... nueve... ocho... siete... sss...

* * *

—Dra. Taylor... ¿puede oírme?

Intenté abrir los ojos, pero los párpados me pesaban mucho. Me llevó varios intentos. Parpadeé lentamente, tratando de enfocar el rostro sobre el mío.

—Ah, ahí está. Hola, doctora. ¿Cómo se siente?

—De maravilla —balbuceé—. ¿Ya terminó?

—Sí. Está en recuperación.

Intenté incorporarme.

—Despacio —me instruyó la enfermera—. La anestesia tardará un tiempo en desaparecer.

—¿Dónde está Ben?

—El Dr. Forbes está en el quirófano. Está ocupado con otro paciente. Pero me pidió que le dijera que pasará a verla antes de irse.

—De acuerdo. Gracias.

Dormité intermitentemente hasta que me llevaron a mi habitación. Había cuatro camas en la sala, y la mía era la más cercana a la ventana. Todo lo que quería hacer era dormir, pero ese no era el funcionamiento de un hospital. Oh, no. A los pacientes se les pinchaba, se les pinchaba y se les despertaba a horas ridículas, todas esas cosas que yo solo había observado y experimentado desde el otro lado de la cama.

Las enfermeras ya habían cambiado de turno cuando llegué a la habitación. Continuaron con su trabajo mientras yo intentaba dormir un poco. Estaba agotada y me sentía vacía. El pequeño cúmulo de células que crecía dentro de mí no era lo suficientemente grande como para echarlo de menos, pero emocionalmente sentía el vacío que había dejado la ausencia del bebé.

Alguien me tocó el brazo. Era Ben.

—Hola, Peyton. ¿Cómo te sientes?

—Como si pudiera dormir durante un siglo. ¿Cómo fue el procedimiento?

—Me llevó más tiempo del que había previsto. Había mucho daño, Peyton.

—¿Qué tipo de daño?

—Del tipo que requiere más de una caída por las escaleras para infligirse.

Sabía lo que me estaba preguntando, pero no estaba lista para hablar de ello.

—Por favor, no preguntes.

—De acuerdo —dijo y se sentó en el borde de la cama—. Entonces, ¿cuáles son tus planes ahora que estás en Nueva York? ¿Vas a abrir una consulta privada?

—Aún no he terminado mi residencia. Supongo que tendré que solicitar plaza en algunos hospitales y ver dónde puedo encajar.

—Ya veo. Tengo una vacante para un médico residente si te interesa. ¿Por qué no te tomas unos días para recuperarte y cuando estés lista me llamas y lo discutimos? Toma —dijo y sacó una tarjeta de visita de su bolsillo—, mi número de móvil. Llámame cuando quieras.

—Gracias, Ben. Lo haré.

—Bien. Pero, por ahora, quiero que descanses. Te he recetado algo para el dolor. Aunque tengo que disculparme de antemano. La farmacia se ha quedado sin tequila, así que lo he sustituido.

—No pasa nada, doc. Siempre puedo tomar un poco de valor líquido cuando llegue a casa.

Ben se rio, me apretó la mano y me dejó al cuidado del personal de enfermería.

Esta vez, cuando me tocó, sentí una chispa. Malditas drogas.

* * *

Llamé a mis padres unos días después. Se alegraron de tener noticias mías, aunque tuve que compartir con ellos la mala noticia de la pérdida del bebé.

—Lo siento mucho, cariño —dijo mamá.

—Sí. ¿Hay algo que podamos hacer para ayudarte, princesa? —preguntó papá—. ¿Necesitas dinero?

—Estoy bien por ahora, gracias, papá. Alyssa abrió una cuenta a su nombre y la estoy usando.

—Por favor, cielo, no seas demasiado orgullosa para pedir ayuda.

—No lo seré, papá. Gracias. Estaré de pie en poco tiempo. De hecho, me han ofrecido un puesto de residente en el hospital donde me hicieron el procedimiento. Estoy segura de que estaré bien económicamente una vez que empiece.

—Qué rápido —dijo mamá.

—Lo sé. Estoy deseando empezar. Me vendrá bien volver a centrarme en mi carrera.

—Estoy de acuerdo —dijo papá—. Mientras tanto, envíame los datos de tu cuenta bancaria para que pueda ingresarte un pequeño colchón. Por si acaso. No acepto un no por respuesta, Peyton.

—Gracias, papá. Te lo devolveré.

—No hay prisa. Cuídate, princesa mía.

De repente se me ocurrió algo.

—¿Mateo no se ha puesto en contacto con vosotros, verdad?

—¡Más le vale que no lo haga si sabe lo que le conviene! —bramó papá al teléfono.

—Cálmate, Frank —le advirtió mamá—. Sabes que tu presión arterial se disparará.

—No te preocupes, Millie. Estoy bien.

—Mamá tiene razón, papá. No dejes que ese monstruo haga más daño a esta familia.

Hablamos un rato más antes de colgar. Era hora de llamar a Ben y aceptar su oferta de trabajo. Marqué su número de móvil y esperé mientras sonaba. No estaba segura de por qué estaba nerviosa. Debía de ser porque hacía tiempo que no trabajaba, y supuse que todos los médicos estaban obsesionados con ser perfectos en su trabajo.

—Diga.

—Hola, Ben. Soy Peyton.

—Hola, Peyton. Esperaba tu llamada.

—He pensado en tu oferta y la acepto. Si la vacante sigue libre, claro.

—Por supuesto. Eso es estupendo. Ven a mi despacho mañana por la mañana. Le pediré a Mandy que te llame para confirmar la hora. Entonces repasaremos los detalles.

—Gracias, Ben.

—De nada. Ah, ¿cómo te encuentras?

—Un poco sensible en las entrañas, pero estaré bien.

—Eres una mujer fuerte, Dra. Peyton Taylor —dijo él.

—No sé si lo soy, pero lo estoy intentando.

—Te veré mañana.

—Nos vemos.

Me sentí mejor después de la llamada. Ben tenía la asombrosa habilidad de tranquilizarme.

Muy bien, Peyton. Es hora de seguir adelante con la vida.

BEN

Me quedé impactado cuando vi el daño dentro del cuerpo de Peyton. Por los moretones antiguos que tenía, era evidente que alguien había usado a la pobre mujer como saco de boxeo. Nunca entendí la necesidad que tiene un hombre de lastimar físicamente a una mujer, especialmente a alguien tan hermosa como Peyton. Tal perfección merecía ser apreciada y celebrada, no maltratada.

Dudaba que alguna vez pudiera tener hijos. Se necesitaría un esfuerzo quirúrgico hercúleo para corregir las cicatrices que dejaría su aborto espontáneo. Hice lo que pude mientras la operaba, pero sin duda habría más trabajo por hacer en una etapa posterior.

Miré mi reloj de pulsera. Faltaba media hora para mi reunión con ella sobre el puesto de residencia. Tenía un nudo en el estómago. ¿Qué era lo que tenía Peyton que me hacía querer tomarla en mis brazos y no dejar que se golpeara ni siquiera un dedo del pie?

Vamos, Ben. Contrólate. Ahora eres su asesor. No enturbies las aguas.

Hice algunas llamadas para revisar a mis pacientes postoperatorios. Debió llevarme más tiempo del que había anticipado porque un golpe en la puerta me indicó que la Dra. Taylor había llegado para nuestra reunión. Levanté la vista de mis papeles.

—Adelante —dije.

—La Dra. Taylor está aquí para verlo.

—Gracias, Mandy. Por favor, hazla pasar.

Acababa de cerrar los archivos cuando Peyton entró, con la cabeza en alto y la espalda erguida. Tenía un andar tan seguro. Era difícil imaginar que alguien pudiera intimidarla.

—Hola, Peyton. Por favor, siéntate.

—Hola, Ben.

—Te ves bien. Supongo que te sientes mejor.

—Mucho. Gracias.

—Bien, entonces veamos si podemos emplear esa mente tuya, ¿de acuerdo?

Discutí el paquete de remuneración con Peyton y le di una explicación detallada de su residencia.

Cuando terminamos, me acompañó al hospital donde la presenté al equipo con el que trabajaría.

—Parecen un buen grupo de personas —dijo una vez que terminamos.

—Son un equipo brillante. Estoy seguro de que aprenderás mucho de ellos.

—Eso pretendo.

Era hora de que terminara mi jornada.

—Te veré mañana por la mañana —dije una vez que terminamos.

—Gracias de nuevo, Ben.

—No me agradezcas tan pronto. Planeo hacerte trabajar muy duro, Dra. Taylor —sonreí.

—Espero con ansias el desafío.

—¿Puedo llevarte a algún lado?

—No, gracias. Me las arreglaré.

—De acuerdo. Buenas noches.

Salí del hospital y conduje a casa. Tenía que madrugar al día siguiente, así que me puse al día con el sueño, algo poco común en la vida de un médico.

Peyton ya estaba en el hospital cuando comencé mis rondas temprano a la mañana siguiente. Se pegó a mí como una lapa mientras hacíamos las rondas, haciendo preguntas y tomando notas. Su rostro se iluminaba cuando se sumergía en los detalles de los diagnósticos de los pacientes. Era maravilloso ver la pasión que claramente tenía por la materia. Peyton era una chica lista.

La vigilé de cerca durante esas primeras semanas. Estaba allí cuando yo llegaba y seguía allí cuando me iba tarde después de la cirugía.

—Se te permite ir a casa de vez en cuando, ¿sabes? —le dije cuando la encontré trabajando duro una noche.

—Lo sé —sonrió.

—Entonces, ¿cómo encuentras el trabajo? —pregunté, sabiendo muy bien lo que diría.

—Me encanta. Un poco oxidada a veces, pero supongo que eso pasará.

—Estás haciendo un excelente trabajo, Peyton. No seas tan dura contigo misma o me quitarás toda la diversión —sonreí.

—Ni lo soñaría, señor —me guiñó un ojo—. Oh —dijo cuando me di la vuelta para irme—. La Sra. Riley no muestra signos de consciencia. La pobre anciana es tan mayor y frágil. Espero que mi familia me deje ir cuando llegue a su avanzada edad.

—Sí, el pobre hijo de la mujer está decidido a aferrarse a su madre el mayor tiempo posible.

—Puedo entenderlo. Odiaría perder a mi madre. Pero creo que una vez que la calidad de vida se ha ido, es hora de dejar de reanimar.

—De acuerdo. Quizás puedas tener una conversación amable con el hijo de la Sra. Riley cuando la visite la próxima vez.

—¿No te importaría?

—Por supuesto que no. Estaré allí cuando se lo digas. Los pacientes quieren ver a médicos superiores. Naturaleza humana, supongo. Pero te dejaré hablar a ti. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Claro. Gracias, Ben. Haré una cita y te lo haré saber.

—Excelente trabajo, Peyton.

Me sentía bien con su nombramiento. La Dra. Taylor tenía todo lo necesario para ser una excelente médica. Solo tenía veinticuatro años, pero ya otros residentes y enfermeras le pedían consejo. Podía detectar a un líder a kilómetros de distancia. Era una de las cosas que aprendías en el ejército: detectar a un líder.

Cuanto más interactuaba con Peyton, más me costaba sacarla de mi mente. Tenía que saber quién le había hecho tanto daño. Pero no podía preguntárselo directamente, así que tendría que encontrar una manera de conocerla mejor. Quería invitarla a cenar, pero eso habría sido incómodo para ella.

Una o dos veces al año, organizaba una barbacoa en mi casa para los médicos residentes bajo mi supervisión. Siempre tenía muy buena asistencia, así que decidí que esa sería mi forma de acercarme a Peyton. Los jóvenes médicos parecían relajarse y soltarse en entornos sociales. Solo podía esperar que Peyton hiciera lo mismo y me dejara entrar un poco para poder conocerla mejor. Si estaba con sus colegas, no sentiría que la estaba agobiando.

Envié las invitaciones al equipo y todos menos uno respondieron. Supuse que tendría que esperar y ver si Peyton cambiaba de opinión.

Me reuní con Owen para tomar una copa después de una sesión de entrenamiento con Dylon, mi instructor de artes marciales.

—¿Cómo está tu harén? —se rio.

—Excepcional, gracias.

—Maldito afortunado.

—Te digo, Owen, algunos días desearía poder usar mis movimientos de artes marciales con las parejas de algunas de las mujeres que trato.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Digamos que algunos hombres no merecen ser amados.

—¿No es eso cierto?

—Operé a una paciente hace unas semanas. Lo que sea que su hombre le hizo es equivalente a tortura. Parecía un saco de boxeo.

—Bastardo. ¿Qué dijo ella al respecto?

—Ese es el problema. No pregunté porque pude ver que no me habría dicho nada si lo hubiera hecho.

—Me parece tan extraño que las mujeres se queden con hombres así.

—Estoy seguro de que tienen sus razones. Esta pobre chica perdió a su bebé por eso.

—Eso es trágico, Ben. Lamento oír eso. Yo nunca podría hacer tu trabajo.

—En su mayoría, es gratificante. Pero hay veces en que no puedo esperar para ir a casa y golpear la mierda de algo.

—Guárdalo para los torneos, amigo.

Después de las copas, cenamos y luego me retiré por el día. Debí haber estado en la ducha cuando llegó el mensaje a mi teléfono celular. Era de Peyton.

Hola, Ben.

Gracias por la invitación a la barbacoa. ¿Qué puedo llevar?

—¿Qué carajo quieres decir con que aún no la has encontrado? ¿Para qué te estoy pagando, inútil de mierda?

¡Detective privado, mis narices! El tipo había estado perdiendo el tiempo durante semanas, buscando a Peyton. ¿Qué tan difícil podía ser encontrar a una mujer? Sabía dónde vivía su familia, su mejor amiga, ¡todo! Y, aun así, no tenía ni idea.

Había logrado rastrear el Mercedes que la perra vendió por una miseria. En cuanto a encontrar a mi esposa, ¿quién sabía dónde se estaba escondiendo?

—Señor García, le prometí que encontraría a su esposa, y lo haré. Estas cosas llevan tiempo.

—¡No tengo tiempo! Será mejor que saques la cabeza de tu trasero y te esfuerces más, o pronto te estarán buscando a ti. Y, créeme, no te encontrarán —gruñí y terminé la llamada.

Peyton simplemente había desaparecido de la faz de la tierra. Sin cuenta bancaria, sin tarjeta de crédito, sin dirección en el DMV. Era frustrante. Mientras tanto, ella sabía sobre los cuerpos desmembrados en mi sótano, y yo no tenía idea de a quién se lo diría. No me preocupaba la policía mexicana. Diablos, tenía a Pedro para cubrirme las espaldas, pero conociendo a mi irritable esposa, correría al FBI o algo así. Lo último que necesitaba era ser perseguido por agencias gubernamentales extranjeras.

Vacié el vaso de whisky de su contenido y lo golpeé contra mi escritorio. Estaba frustrado y desesperadamente necesitado de algo de cariño, así que agarré mi abrigo y me dirigí a la puerta. Tal vez el Club Hermosas Damas podría arreglarme.

Llamé a Pedro desde el teléfono de mi auto.

—Oye, Pedro. ¿Te apetece unirte a mí para una partida de cartas más tarde?

—Lo siento, Mateo. No puedo. El maldito comisionado de policía está aquí esta semana, así que tengo que cuidarme el trasero. Pero ve tú y diviértete. Dale mis saludos a las chicas.

Bueno, lobo solitario de cacería será.

Cindy siempre estaba feliz de verme. Esa mujer podía recibir una paliza y aún así chupar una pelota de golf a través de una manguera. Ese era mi tipo de polvo. Peyton era tan poco aventurera cuando se trataba de sexo. Una vez sugerí que experimentáramos con algunos juguetes o incluso incluir a otra pareja, pero armó tanto escándalo que no valía la pena volver a preguntar. Frígida de mierda.

—Hola, cariño —ronroneó Cindy cuando entró en la habitación.

—Ven aquí, perra —gruñí.

El resto de la visita fue fantástico, para mí al menos. Estoy seguro de que a Cindy también le gustó, o no seguiría volviendo por más. Eso era lo bueno de las putas. No se quejaban por tonterías.

Qué carajo tendría Peyton de qué quejarse. La mujer tenía todo lo que podía desear o necesitar. No la entendía. Tal vez era hora de casarme con una local. Las extranjeras estaban llenas de mierda.

Tuve que darle un poco extra a Cindy para evitar que llorara con su proxeneta, pero valió cada golpe.

Mi ego estaba magullado. Peyton había dejado la punta de su bota en él cuando me mandó a la mierda. La única forma de restaurar el equilibrio era encontrarla, darle una paliza y callarla para siempre. Hasta entonces, mantendría la rabia dentro de mí bien encerrada, lejos del mundo que pensaba que yo era el espécimen perfecto de hombría.

Será mejor que disfrutes tu libertad, Peyton, porque voy por ti.

PEYTON

—Hola, Peyton. ¿Te unes a nosotros en la barbacoa en casa del Dr. Forbes?

—Hola, Olivia. Eh, aún no estoy segura.

—Tienes que venir. Es genial. El año pasado todos acabamos en su piscina. Fue muy divertido. No es uno de esos tipos espeluznantes, si es eso lo que te preocupa.

Había recibido la invitación unos días antes. Era prácticamente todo de lo que hablaban los residentes. Me preguntaba a qué venía tanto alboroto. Ben era un buen tipo, así que no me sorprendía demasiado.

Desde que lo conocí en su consulta, no podía quitarme de encima la sensación de que teníamos algún tipo de conexión inusual. Quizás le estaba dando más importancia de la que tenía. Pero la forma en que me cuidó y me ofreció trabajo decía mucho de su carácter.

Ajá. También pensaste que Mateo era especial y mira dónde te llevó eso. No me precipitaría a enamorarme de otro chico, Peyton. Además, ya tienes bastante en tu plato.

—Hola, Peyton.

—Hola, Dave.

—Me pediste que te avisara cuando llegara el hijo de la señora Riley.

—Oh, sí. Gracias por avisarme.

Quería tener una charla con el señor Riley. Su madre estaba muy débil, y sabía que estaba sufriendo terriblemente. Su hijo tenía un poder notarial sobre su patrimonio y su bienestar físico, pero claramente no tenía todos los datos. Por lo que a él respectaba, su madre se iba a recuperar. No lo haría.

Caminé hacia la habitación donde yacía la señora Riley, conectada a innumerables tubos y monitores. La pobre mujer parecía una criatura salida de la serie Stranger Things. Su hijo estaba sentado junto a su cama, hablando con alguien por el móvil. No pude evitar escuchar su conversación.

—Sí, mamá está bien. Está descansando. Estoy seguro de que pronto volverá a casa. Claro, te llamaré mañana.

Esperé a que terminara la llamada antes de aclarar mi garganta. Él levantó la vista como si no me hubiera notado hasta entonces.

—Hola, señor Riley. Soy la Dra. Taylor.

—Hola, Alex Riley —dijo y extendió su mano.

—¿Puedo llamarle Alex?

—Por supuesto.

—Gracias. Alex, el cirujano jefe y yo queríamos hablar con usted sobre su madre.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? No quiero esperar a otro médico. Dígamelo usted.

—Alex, lamento decirle esto, pero su madre no va a mejorar. Está muy débil y su actividad cerebral es prácticamente inexistente. En esta etapa, su única esperanza de supervivencia es si permanece con soporte vital.

—¿Qué me está diciendo, doctora?

—Alex, le estoy diciendo que será mejor que se prepare. Despídase de su madre mientras pueda, porque tan pronto como la desconectemos del soporte vital, fallecerá. No recomiendo que la reanimemos de nuevo. No tiene sentido. Es hora de dejarla ir.

El dolor en los ojos de Alex me llenó de compasión. Me acerqué a él y le toqué el brazo.

—Es lo mejor para ella, Alex.

—No puedo dejarla ir —susurró.

—Técnicamente, ya se ha ido. No tiene que decidir ahora mismo, pero por favor, piénselo. Mis condolencias, Alex.

Lo dejé para que procesara mis palabras y esperé que llegara a la misma conclusión. Alex Riley era el primer familiar de un paciente con quien había discutido un tema tan delicado. Pensé que había ido bastante bien.

Quizás fue la sensación de haber alcanzado un hito importante lo que me impulsó a aceptar la invitación a la barbacoa. Fuera cual fuera la causa, de repente tenía ganas de soltarme el pelo.

* * *

Toqué el timbre y esperé. Podía oír la música que venía del interior de la casa. Probablemente por eso nadie respondió a la puerta, así que la abrí lentamente y entré.

—Llévate lo que quieras, pero no nos hagas daño.

—Menos mal que vengo en son de paz —me reí.

—Hola. Bienvenida a mi casa.

—Hola, Ben. Gracias. ¿Dónde pongo esto? —pregunté y levanté una botella de tequila.

—No tenías que traer la tuya.

—No es para mí. Es un regalo.

—Qué detalle. Gracias, Peyton.

—De nada. Parece que ya está toda la pandilla.

—Sí. Están en el patio trasero. ¿Te puedo ofrecer algo de beber?

—Me encantaría.

—¿Qué te apetece?

—Es un poco pronto para el tequila. Tomaré una cerveza, gracias.

—Claro. Sígueme.

La casa de Ben era preciosa. Suelos de madera, techos altos y llena de luz. Lo seguí hasta la zona de la piscina donde mis colegas estaban charlando, riendo y nadando.

—Eh, Peyton —me llamó Olivia desde el cenador—. Me alegro de que hayas podido venir.

Saludé con la mano.

—¿Trajiste tu traje de baño? —preguntó Ben mientras me entregaba una cerveza helada.

—Sí, lo traje.

—Bien. Me ahorrará tener que secar tu ropa cuando los chicos te arrojen al agua —sonrió.

—¿Entonces se pone tan movido?

—No siempre, pero el grupo puede emocionarse un poco.

—Menos mal que hay un médico de guardia.

—Qué gracioso. ¿Cómo fue tu día?

—Bien. Hablé con el hijo de la señora Riley esta mañana.

—De acuerdo. ¿Cómo fue eso?

—Mejor de lo que esperaba. Es un hombre agradable. Simplemente creo que no estaba dispuesto a aceptar que su madre no iba a recuperarse.

—Esperemos que, ahora que tiene los datos, tome la decisión correcta. Bien hecho, Peyton.

—Tu casa es hermosa.

—Gracias. ¿Te gustaría un recorrido?

—Eh, claro.

—No muerdo. Lo prometo —sonrió.

—Menos mal. Hace años que no me pongo la vacuna contra la rabia.

—¿Rabia? ¿Infancia salvaje?

—Es una larga historia.

—Bueno, me encantaría escucharla algún día —se rio.

Seguí a Ben al interior de la casa. No pude evitar notar su trasero perfecto. Me pregunté qué hacía para mantenerse en tan buena forma. Pronto obtuve mi respuesta.

—Vaya sala de trofeos, Ben —dije cuando pasamos por una habitación llena de medallas y fotos.

—Oh, sí. Ahí es donde guardo mis botines de victoria —me guiñó un ojo.

Lo dijo de manera muy natural, sin gestos de orgullo ni fanfarronería.

—Impresionante. ¿Cuánto tiempo llevas compitiendo en artes marciales?

—Desde que era niño.

—Claramente eres muy bueno en ello.

—Me defiendo.

—Debe ser agradable.

—¿Qué?

—Tener el conocimiento para patearle el trasero a alguien —dije.

—Parece que es algo en lo que has pensado —dijo mientras enderezaba una de sus fotos.

—¿Acaso no lo hemos hecho todos?

Miré hacia otra pared que tenía varias fotos de Ben vestido con un uniforme militar estadounidense.

—¿Militar?

—Sí. Comencé mi carrera como médico militar.

—¿Cómo fue eso?

—Lo disfruté.

—¿Por qué lo dejaste?

—Ser médico del ejército es un estilo de vida transitorio. Hay un límite de veces que una persona puede mudarse de una base a otra antes de que las bolitas de poliestireno se vuelvan un fastidio. Lo disfruté mientras estuve en ello, pero extrañaba estar cerca de mi familia. Cuando mi padre tuvo un derrame cerebral, me di cuenta de que me estaba perdiendo demasiada vida familiar. Así que lo dejé y me dediqué a la práctica privada.

—Los reclutadores del ejército vinieron a hablar con nosotros cuando estaba en la secundaria. Debo decir que la idea de trabajar para el ejército es tentadora cuando eres joven. Mi padre se puso furioso cuando le dije que lo estaba considerando.

—No es una vida fácil. Probablemente quería proteger a su hija. Puedo apreciar eso.

Considerando todo, habría estado más segura en el ejército que con Mateo. Al menos habría salido con menos moretones y el corazón entero.

—Ven —dijo Ben—, quiero mostrarte algo.

Tenía la misma mirada en los ojos que un niño pequeño antes de mostrarte su preciada colección de juguetes. Lo seguí escaleras arriba, donde se detuvo frente a una puerta cerrada. Luego, Ben abrió la puerta y se hizo a un lado para que pudiera entrar en la habitación.

—Aquí es donde pretendo ser Bruce Lee —dijo con una risa traviesa.

Sentí como si hubiera entrado en un dojo de una antigua película japonesa.

—Es donde practico.

—Qué habitación tan hermosa.

Me imaginé a Ben con su traje blanco y un cinturón negro alrededor de la cintura. Debió haber sido un oponente bastante feroz para haber ganado todos esos trofeos y medallas. ¿Dónde estaba él cuando Mateo me estaba dando una paliza?

—¿Qué son esos? —pregunté señalando la esquina de la habitación.

—Esa es una escalera de agilidad. Me mantiene en alerta... literalmente —sonrió—. Luego hay un muñeco de entrenamiento que tiende a devolver los golpes, algunas tablas para romper y otras cosillas.

—¿Esa es una espada de samurái? —pregunté señalando la pared.

—Ese es mi orgullo y alegría. Es una Katana Samurái que compré cuando estuve en Japón.

—Es impresionante.

—¿Te gustaría sostenerla?

—Me encantaría.

—De acuerdo. Pero ten cuidado. Es ridículamente afilada.

—¿Quieres decir, como un bisturí? —sonreí.

—Touché.

Ben bajó la espada de la pared y me la entregó. Me fascinó la empuñadura.

—El envoltorio en la empuñadura se llama ito.

—Es muy intrincado —dije pasando mis dedos por el diseño.

—La espada fue hecha por un antiguo guerrero.

—Debe haberte costado unos cuantos sueldos.

—Valió cada centavo.

Le devolví la katana a Ben.

—Será mejor que volvamos abajo. Seguro que el grupo ya está listo para comer —dijo una vez que colocó la espada de vuelta en su lugar.

—Gracias por compartir tu pasión conmigo, Ben.

—No hay de qué.

Estaba disfrutando más de lo que esperaba. Estar cerca de Ben era tranquilizador. Tenía una fuerza interior tan inamovible que me sentía atraída. No era la misma energía que sentía al estar cerca de Mateo. Solo había estado con mi esposo durante dos años, pero sentía como si hubiera madurado emocionalmente después de la experiencia. Entré al matrimonio como una niña y salí del otro lado como una adulta.

Era un pensamiento extraño.

Fui a charlar con Olivia una vez que Ben y yo estuvimos afuera, pero mantuve un ojo en nuestro anfitrión. Interactuaba sin esfuerzo con todos. Su risa era sincera y su personalidad parecía atraer a todos.

—Es todo un espécimen, ¿verdad? —dijo Olivia.

—¿Quién? —pregunté, fingiendo no saber a quién se refería.

—El Dr. Forbes.

—Sí, es un buen médico.

—Eso no es todo lo que es —sonrió.

—Cálmate, tú. Es el alcohol hablando.

—No me digas que no has pensado en esas manos habilidosas acariciando tus partes íntimas.

—Bueno, creo que es hora de que comamos algo, señorita —me reí.

—Sé exactamente lo que necesito —se rio—, y no es una hamburguesa.

¿Quién podría culparla? Supuse que Ben era todo lo que una mujer podría desear. Sexy, inteligente, amable y soltero. Pero yo no estaba buscando. Había aprendido mi lección. No estaba lista para tener un hombre en mi vida. Me preguntaba si alguna vez estaría lista de nuevo.

—¡Vengan a comer! —llamó Ben una vez que la carne estuvo cocinada.

Había preparado un gran banquete. Las bocas hambrientas se involucraron y pronto estábamos comiendo y riéndonos de las divertidas ocurrencias de Dave. Me estaba divirtiendo por una vez. Incluso me reí, algo que pensé que nunca volvería a hacer, considerando el desastre que había sido mi vida durante tanto tiempo.

Sorprendí a Ben mirándome de reojo de vez en cuando. Olivia no disimulaba su atracción hacia él, pero él manejaba sus avances con caballerosa elegancia. No hay nada tan decidido como una médica residente ebria con un enamoramiento mayor por su mentor.

Era tarde cuando la fiesta empezó a decaer. Ben había organizado un autobús de ida y vuelta a su casa para aquellos que quisieran beber alcohol. Me pareció un detalle muy considerado de su parte. Yo no me apunté ya que no iba a beber mucho, así que fui la última en irme.

—Las barbacoas en la mansión Forbes acaban siendo todo un desastre —dije mientras miraba alrededor.

—No te preocupes. Tengo personal de limpieza que vendrá mañana por la mañana.

—Menos mal. Iba a ofrecerme a ayudar a limpiar, pero...

—Te has librado de una buena —se rio Ben.

—Ya lo creo. Será mejor que me vaya también. Gracias por un día encantador, Ben.

—Ha sido un placer —dijo él—. Te acompaño a la salida.

Rebusqué en mi bolso las llaves del pequeño coche de segunda mano que había comprado la semana anterior. Estaba lejos de ser el Mercedes al que me había acostumbrado, pero me llevaba a donde quería ir y funcionaba con muy poco combustible.

—Bueno, buenas noches, Peyton.

—Buenas noches, Ben.

Breve silencio incómodo. Ben se inclinó y me besó. Me sorprendí, pero no me aparté. No fue un beso apasionado con acrobacias de lengua, pero aun así me hizo sentir un cosquilleo en la columna.

—Conduce con cuidado —sonrió.

—Lo haré.

BEN

¿En qué estaba pensando al besar a Peyton? Y eso después de haberle asegurado que no iba a morderla. Esperaba que no se hubiera ofendido, aunque por la sensación de sus labios, no parecía estarlo. Me había metido en un buen lío emocional. No podía dejar de pensar en ella.

Peyton era tan diferente a sus compañeros residentes. Estaba a años luz en cuanto a madurez, un atributo que me resultaba muy atractivo en una mujer. Podía notar que era inteligente por las preguntas que hacía y la forma en que mantenía una conversación. Sabía que sería más audaz en su vida personal a medida que recuperara su confianza. Por experiencia, sabía que las mujeres maltratadas, por muy inteligentes que fueran, se mostraban reacias a salir de su caparazón por miedo a ser empujadas de vuelta por un hombre abusivo.

Me preguntaba quién sería el bastardo que había maltratado a Peyton. No tenía tiempo para hombres así. Solo podía esperar que algún día nuestros caminos se cruzaran para poder darle una cucharada de su propia medicina.

Me habían invitado a competir en un torneo de artes marciales de primer nivel fuera del estado. El evento se acercaba y pensé que sería agradable que Peyton pudiera experimentar de qué se trataba esta disciplina, ya que había mostrado tanto interés en la barbacoa. Así que decidí invitarla.

Sin embargo, tenía que tener cuidado con la forma de hacerlo. Lo último que necesitaba era un hombre que buscara aprovecharse de ella. Esa no era mi intención. La verdad es que disfrutaba de su compañía. Claro, me estaría mintiendo a mí mismo si no admitiera que la atracción era ridículamente fuerte, pero lo tomaría con calma, le daría tiempo para conocerme mejor.

—Buenos días, equipo —saludé a los ansiosos residentes cuando llegué al hospital—. Hagamos nuestras rondas, ¿de acuerdo?

Aproximadamente media hora después, después de haber visto a todos los pacientes y repasado los detalles médicos de su recuperación, manejo del dolor y demás, le pregunté a Peyton si podía hablar rápidamente con ella antes de irme a ver a mis pacientes privados en mi consultorio particular.

—Claro, Ben. ¿Qué pasa?

—Voy a asistir a un gran torneo de artes marciales en dos semanas y me preguntaba si te gustaría venir. Pensé que podrías disfrutarlo, ya que parecías bastante interesada cuando te mostré mi

dojo.

No pude leer la expresión de Peyton, así que añadí un poco de tranquilidad.

—Nada de cosas raras, lo prometo. Nos alojaremos en lugares separados.

Ella se mordió el labio inferior antes de responder.

—Eh, sí. Suena divertido, la verdad. Me encantaría ir.

—Genial. Sé que lo vas a disfrutar. Te veo mañana.

—Gracias, Ben.

¿Era mi sonrisa demasiado brillante? Estaba seguro de que era como la de un adolescente que había reunido el valor para invitar a la chica más guapa al baile de graduación y ella había dicho que sí.

Vete antes de que digas algo estúpido, Ben.

¿Qué demonios me había pasado?

* * *

—¡Eso fue absolutamente brutal!

El rostro de Peyton estaba iluminado y su sonrisa era genuinamente contagiosa.

—Eres brillante. Pensé que seguro ese tipo iba a salir corriendo y acurrucarse en la esquina de la sala.

—Para, me estás haciendo sonrojar —me reí.

—No, en serio. Bien hecho.

—Gracias, pero esa fue solo la primera pelea. Quedan muchas más. Puede que todavía necesite una camilla.

—Oh, no me creo eso ni por un segundo.

Peyton y yo estábamos tomando algo entre mis peleas programadas. Habíamos llegado un día antes del torneo para que pudiera tener algunas sesiones con mi entrenador, Dylan, antes del evento.

Dylan era un instructor de artes marciales muy competente que había vivido y entrenado con los mejores en Japón. Era excepcionalmente conocedor en cuanto a técnica, pero disfrutaba aún más de su visión espiritual de la vida que de su habilidad como entrenador. Era un pensador profundo, y en todos los años que había sido mi mentor, nunca lo había visto perder la calma. Aunque eso no significaba que fuera un blandengue.

—¿Cuántas más? —preguntó Peyton.

—¿Qué? ¿Peleas deportivas?

—¿Así es como se llama?

—Sí, cuando peleas en un torneo cuenta para puntos. Eso se llama pelea deportiva. De lo contrario, es sparring. O, si estás peleando por tu vida o en defensa propia, entonces se llama Budo.

—Hhmm.

Podía ver los engranajes girando detrás de sus hechizantes ojos.

—¿Qué está pasando por esa cabeza tuya, Dra. Taylor?

—Estaba pensando que me gustaría probar un poco el Budo. Creo que toda mujer necesita saber cómo defenderse.

—Estoy de acuerdo. Estaré encantado de mostrarte algunos movimientos si quieres.

—Eso sería genial, Ben. Gracias.

—Cuando quieras. Mientras tanto, será mejor que vuelva al tatami o tendré que lidiar con Dylan. Y, créeme, nadie tiene tiempo para eso —sonreí con suficiencia.

—Sí, odiaría ponerme del lado malo de cualquier yogui del karate.

—Sensei —me reí entre dientes.

—Sip, de ese tampoco.

Peyton era tan condenadamente adorable.

El resto del día transcurrió bien, mejor de lo que esperaba. Durante los dos días siguientes, avancé constantemente en la escalera de los vencedores, y al final de la competición, quedé en la cima. No podría haber estado más orgulloso de mi victoria. Me llevé un hermoso trofeo y uno o dos moretones, pero nada que no pudiera manejar.

Lo único con lo que había luchado y me había resistido con todas mis fuerzas era no colarme en la habitación de Peyton por la noche para hacerle el amor. Me acostaba en mi habitación por las noches, fantaseando con tocar su piel sedosa y besar sus labios perfectos. Era una verdadera lástima dejar su belleza sin apreciar.

No me sorprendió en absoluto cuando Peyton me pidió que le enseñara a defenderse. Iba a asegurarme de que fuera más que capaz de cuidarse a sí misma la próxima vez que alguien intentara intimidarla.

—Tenemos un día o dos antes de que tengamos que volver al hospital —dije cuando íbamos de camino a casa—. ¿Te gustaría que te enseñara algunos movimientos mientras tanto?

—Me encantaría.

—De acuerdo. Te dejaré en casa para que desempaques y te refresques. ¿Quieres que pase a buscarte mañana por la mañana?

—Yo iré a tu casa. ¿A qué hora?

—¿Te parece bien a las 10 de la mañana?

—Sí. Nos vemos entonces.

Quería decir "es una cita", pero era cursi y trillado, así que sonreí y asentí en su lugar.

* * *

—Buenos días, Sensei —dijo Peyton e hizo una reverencia cuando abrí la puerta.

Llevaba pantalones de chándal, zapatillas y una camiseta, y su cabello estaba recogido en una coleta.

—Ohayō, kohai —dije y le devolví la reverencia—. Veo que alguien ha estado repasando sus viejas películas de karate.

—Hai, sensei —dijo, exagerando la 'h' para darle efecto.

—Qué mona.

—Muy bien, Ben Forbes, veamos si puedes hacer de mí una ninja —sonrió Peyton y caminó hacia el dojo.

—No estoy seguro de que el mundo esté preparado para una asesina tan hermosa.

—Pues qué lástima. Estoy lista para aprender, así que el mundo mejor que se cuide.

—Hablas como una verdadera novata —me reí.

Una vez dentro del dojo, Peyton se quitó los pantalones de chándal. Llevaba mallas debajo. Casi me trago la lengua cuando vi las curvas perfectas de su trasero. Siempre la había visto con uniforme médico o vaqueros holgados. Las mallas no dejaban mucho a la imaginación.

—¿Lista? —pregunté mientras se colocaba en la colchoneta.

—Lista.

Primero le mostré lo básico de cómo pararse y bloquear golpes.

—Bueno, esto parece bastante sencillo. ¿Qué? ¿No hay "dar cera, pulir cera"? —sonrió con sorna.

—Ya llegarás —sonreí y le barrí las piernas haciéndola caer.

Peyton cayó como un saco de patatas. De espaldas.

—¡Oye! Eso ha sido cruel. No estaba preparada —se rió.

Extendí la mano para ayudarla a levantarse, pero Peyton tenía otras ideas. Barrió mis piernas tan pronto como tuvo un agarre en mi mano. No me lo esperaba, además me estaba partiendo de risa, así que tropecé y caí parcialmente encima de ella.

A Peyton le pareció lo más divertido del mundo.

—Por favor. He captado la esencia de este asunto del karate sin siquiera sudar —se rió.

—¿Ah, sí? ¿A ver cómo sales de esta? —bromeé y le sujeté las manos por encima de la cabeza.

—Vale. Eso es juego sucio —dijo, mirándome a los ojos.

—Podría soltarte, claro. Pero no conoces la palabra mágica, ¿verdad?

Estaba tan duro en ese momento que resultaba incómodo. El cabello de Peyton olía tan bien, y su piel se sentía suave y cálida bajo la mía.

—¿"Ábrete sésamo"? —sonrió.

—No —dije y acerqué mi rostro al suyo—. Inténtalo de nuevo.

—¿"Abracadabra"?

—Equivocado otra vez —dije, con la respiración acelerada mientras me detenía justo antes de que nuestros labios se tocaran.

Abrió la boca para hablar de nuevo, pero la detuve colocando mis labios sobre los suyos. La besé apasionadamente, moviendo mi cuerpo ligeramente para que pudiera sentir mi erección contra su muslo.

Esperaba que Peyton me resistiera o me apartara, pero no lo hizo. Sabía lo suficiente sobre el lenguaje corporal para saber que ella me deseaba tanto como yo a ella, así que solté sus muñecas y deslicé mis manos por sus costados. Se le puso la piel de gallina.

Los pezones de Peyton estaban duros bajo su top corto. No pude resistirme, así que deslicé mi mano bajo la prenda y liberé su pecho antes de tomar el pezón en mi boca.

Peyton gimió cuando lo hice. Ahora respirábamos con dificultad. Deslicé mi mano por el interior de su muslo y de vuelta hacia arriba. Se estremeció ante mi toque, lo que solo me hizo estar más decidido a desnudarla.

—Eres tan sexy —susurré y deslicé mi mano dentro de sus pantalones.

Su centro estaba hinchado, cálido y húmedo. Peyton gimió mientras movía mis dedos alrededor de su clítoris, masajeando cada centímetro suavemente, luego un poco más rápido. Ella movía sus caderas arriba y abajo para encontrarse con mis dedos, hambrienta de liberación.

Me detuve de repente y le quité los pantalones. Peyton abrió las piernas para permitirme un fácil acceso a su perfección femenina. La cubrí con mi boca, chupando con avidez, dardando mi lengua dentro y fuera de su núcleo hinchado.

Había una urgencia cruda en ella que me hizo perder la cabeza. Esperaba que me resistiera, pero en su lugar, me atrajo más profundo, con más fuerza.

No podía esperar más, así que me liberé de mis pantalones. Mi amante hambrienta agarró mi polla dura y la acarició apasionadamente. Jugó con sus dedos sobre la punta de mi pene y me provocó hasta que pensé que explotaría en mil pedazos.

La miré a los ojos mientras me hundía en ella. Su boca se curvó un poco hacia un lado mientras me daba la bienvenida en su interior. Encontré sus manos y las presioné contra el suelo por

encima de su cabeza. Peyton envolvió sus piernas alrededor de mí y usó sus talones para marcar el ritmo de mis embestidas.

La besé locamente mientras yacíamos allí, retorciéndonos en dulce pasión. Sus labios eran dulces, y su lengua se movía con experiencia mientras exploraba cada centímetro de mi boca.

—Córrete para mí —susurré mientras hundía mi rostro en su cuello.

Estaba cerca. Podía sentir la urgencia en sus movimientos. Peyton tenía un hambre dentro de ella que hablaba por sí sola. ¿Quién había descuidado a esta criatura perfecta? ¿Qué hombre no atesoraría cada gramo de su cuerpo y alma? ¡Qué tonto! Yo no iba a cometer el mismo error. No. Planeaba absorber cada pequeño bit de pasión y saborear a la mujer que yacía debajo de mí, retorciéndose de placer.

Solté las muñecas de Peyton y, tan pronto como lo hice, ella agarró mi trasero desnudo y clavó sus uñas en mi carne. Deslicé mis manos bajo su perfecto trasero y la atraje hacia mí. Juntos cabalgamos la ola hasta alcanzar la cima.

Peyton dejó escapar un grito primitivo cuando llegó al clímax. Fue maravilloso. Por un instante, se olvidó de dónde estaba y del trauma que había sufrido, y se dejó llevar.

Mi orgasmo fue largo e intenso. Nuestros cuerpos temblaron y se estremecieron juntos en perfecta sincronía hasta que finalmente quedaron completamente quietos. Excepto por el latir acelerado de nuestros corazones y nuestros intentos por recuperar el aliento, Peyton y yo yacíamos perfectamente inmóviles en el suelo del dojo.

—Entonces —dijo finalmente—, ¿cuál es la palabra mágica?

—¿Quién demonios puede recordar algo después de un orgasmo así? —me reí—. Voto por que usemos eso en lugar de una palabra mágica.

—No puedo discutir eso —se rió ella.

—No sé tú, Dra. Taylor, pero yo ya no estoy de humor para el kárate.

—Estoy de acuerdo. ¿No habrá quedado algo de comida de ayer? Me muero de hambre.

—Estás de suerte. Tengo un poco de costilla en la nevera. Seguro que podemos improvisar una ensalada para acompañarla.

—¿Quién necesita ensalada? Déjame atacar esa carne, Doc.

—Querida Peyton, te estás convirtiendo rápidamente en mi compañera de entrenamiento favorita —me reí y alcancé mi ropa.

La besé antes de que nos levantáramos.

—Lección uno completada —dije y me incliné una vez que estuvimos de pie.

—Gracias, Sensei —se rió y se inclinó.

Caminé detrás de Peyton y observé su lindo trasero mientras se movía.

¡Vaya! ¡Tengo que conseguir más de eso!

Qué comienzo absolutamente brillante para mi día.

PEYTON

¿Q*ué he hecho?*

Había pasado una semana desde que Ben y yo nos arrancamos la ropa en su dojo. Afortunadamente para mí, él estaba en una conferencia médica, así que no me vi obligada a mirarlo a los ojos. Solo Dios sabía qué le iba a decir cuando regresara.

Ben Forbes era posiblemente el mejor amante que había tenido. No es que hubiera tenido muchos, pero él estaba en una clase aparte. Tierno, receptivo, insaciable...

Sin olvidar que está dotado como un semental.

Eso también. No tenía idea de que los penes pudieran doblarse de esa manera, pero en fin... qué suerte la mía. Mi estómago jugaba a la pídola con mi colon cada vez que cerraba los ojos y revivía la apasionada tarde que habíamos pasado juntos.

Por supuesto, ninguna buena acción queda sin castigo. Me sentía muy culpable. Después de todo, era una mujer casada. No es que me importara un comino el hecho de haber engañado a Mateo —él no merecía mi lealtad—, pero me sentía mal porque egoístamente había arrastrado a Ben al desastre de mi vida. Él se merecía algo mejor que eso.

Me preguntaba qué haría Mateo si le enviara los papeles del divorcio. La mente se bloquea, pensé. Para empezar, no confiaba en que supiera dónde estaba, y en segundo lugar, Mateo García preferiría perseguirme y matarme antes que darme la satisfacción de firmar un acta de divorcio. Prácticamente me lo dijo cuando intenté dejarlo la primera vez.

No. Tendría que cargar con ese peso yo sola. Ben no tenía por qué saberlo, y rogaba a Dios que nunca se enterara de mi marido psicópata en México. Nunca superaría la vergüenza.

Era hora de llamar a casa y averiguar si Mateo había estado acosando a mi familia. Llamé a mamá.

—¡Cariño! ¿Cómo estás?

—Hola, mamá. Estoy bien. ¿Y tú?

—Bien, gracias. Aunque te echo de menos. Ojalá pudiéramos verte. Te siento tan lejos como si aún estuvieras en México.

—Lo sé. Odio no veros. No será para siempre, mamá. ¿Cómo está papá?

—Está bien. Ha salido a caminar.

—Me alegro de oírlo. Supongo que no fue del todo idea suya.

—Qué perceptiva eres —mamá se rio—. ¿Cómo estás realmente, Peyton? Tu padre y yo nos preocupamos por ti.

—Pues deja de hacerlo ahora mismo. Estoy bien. El trabajo me mantiene ocupada, así que no tengo quejas. ¿Cómo va el embarazo de Madi?

—Ya conoces a tu hermana. Está radiante.

—Me alegro mucho.

—¿Cómo te sientes, cariño? ¿Sigues con dolor?

Sabía que mi madre se refería a mi aborto. Se había emocionado tanto cuando le dije que estaba embarazada. Debió ser un shock cuando le dije que no iba a tener otro nieto. Ese era un área en la que ella sobresalía. Millicent Taylor era una abuela cariñosa.

—Estoy muy bien, mamá. Sin dolor.

—Gracias a Dios.

—Mamá, me preocupa que Mateo venga a buscarme. No lo has visto, ¿verdad? Me lo dirías, ¿no?

—Por supuesto que te lo diría. No, Peyton. Ese hijo de puta no se atreverá a aparecer por aquí. No después de lo que ha hecho. Tu padre seguramente lo dispararía en el acto.

—Sí, eso es lo que me temo.

—¿Qué tal tu nuevo trabajo, cariño? —preguntó mamá, siempre hábil para cambiar el tema.

—Es genial. Trabajo con un grupo divertido de médicos.

—¿Qué tal el Dr. Forbes? Mencionaste que fue él quien te contrató. ¿Está impresionado por lo inteligente que es mi niña?

¡Está impresionado por cómo mueves las caderas cuando estás encima de él, eso seguro!

—Ben está bien, gracias. Es un médico muy bueno. Estoy aprendiendo mucho de él.

—¿Ben? Un nombre sólido. Yo conocí a un Ben una vez. Qué espécimen tan guapo era.

—Vaya. Hola, ¿quién es esta? ¿Dónde está Millie Taylor?

—¿Qué? ¿Crees que siempre fui una mujer de mediana edad?

—¿Mediana edad? ¿Estás planeando vivir hasta los ciento veinte?

—¡Qué atrevida eres! —mamá se rio.

—Digo lo que veo, Millicent.

—Dale tiempo. Un día tendrás mi edad y te preguntarás por qué la gente te llama señora cuando

aún te sientes como una adolescente.

—Estás loca, mamá. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño.

Después de hablar con mi madre, decidí que era hora de llamar a Madison.

—Hola, Madi.

—Peyton. Qué agradable sorpresa. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias. Acabo de hablar con mamá. Dice que estás bien.

—En realidad, mi pierna izquierda se me adormece de vez en cuando. Parece que el bebé está presionando mi nervio ciático. Oh, Peyton, lo siento. No estaba pensando.

—Por favor, Madison, no te disculpes. Está bien. Me alegro mucho por ti y por Tom.

—Fue un shock tan grande, Peyton. ¿Cómo lo estás llevando?

—Estoy bien. La mayoría de los días quiero conducir hasta México y darle una paliza a Mateo. Otros días paso con una rabia mínima burbujeando por debajo.

—No sé cómo lo hiciste. Yo habría sido un manojo de nervios. Eres muy valiente, hermana.

—No me siento valiente. Me siento estúpida e ingenua.

—Eso es una locura. Mateo te mostró el lado de sí mismo que quería que vieras. ¿Quién sabe realmente lo que pasa por la mente de los demás? La gente es más astuta de lo que podríamos imaginar.

—Gracias por decir eso, Madison.

—Siento no haber estado allí para ti.

—Tienes una familia y los pones primero. Así es como debe ser. ¿Ya sabes el sexo del bebé?

—Sí, es una niña. Los chicos no están muy impresionados. No están seguros de que una hermana forme parte de su "pandilla".

—Me lo imagino —me reí.

—Si se parece en algo a ti, sus hermanos deberían tener cuidado.

—Qué gracioso.

—¿Cómo va tu residencia? ¿Ya has decidido en qué especializarte?

—Estoy considerando algunas ideas. La cirugía es definitivamente lo mío.

—Espero que cortes mejor de lo que coses —se rió Madison.

—Oye, la clase de costura de la escuela primaria no cuenta.

—Estoy segura de que tus pacientes se alegrarán de oír eso. Mamá todavía tiene todos esos

desastres guardados en una caja en el ático. Quién sabe qué va a hacer con toda esa basura.

—Probablemente los está guardando para cuando necesite algo con qué chantajearnos. Para torturarnos delante de nuestros hijos o algo así.

—Espero con ansias el día en que tú y yo podamos ver crecer a nuestros hijos juntas, Peyton.

—Yo también.

Escuché un ruido de fondo y a Madi gritándole a uno de sus hijos por jugar con una pelota dentro de la casa.

—Maldita sea. Tengo que irme. Lo siento, Peyton. Mi jarrón acaba de morder el polvo y hay agua y flores por toda la alfombra.

—No te enfades demasiado con ellos —me reí.

—Demasiado tarde. Te quiero, hermana. Gracias por la charla.

—Yo también te quiero.

Me imaginé a mi hermana corriendo hacia la escena del crimen mientras dos niños pequeños se escabullían hacia la seguridad de un roble.

Mi conversación con Madi fue diferente a lo normal. Sentí una conexión con ella que nunca antes había tenido. Quizás uno cambia cuando ha tenido un bebé dentro. Parecía suavizarme. No podía explicarlo sin sonar como una hippie, pero definitivamente había algo más suave en mí. La pérdida es el gran nivelador.

¿Qué estaría haciendo Mateo? Estaba demasiado callado. Estaba segura de que irrumpiría en la casa de mis padres y exigiría saber dónde estaba yo. Aunque, por otro lado, el hombre era un cobarde. Solo un cobarde abusaría y mataría a mujeres.

Solo había hablado con Lula una vez desde que dejé México, y me preguntaba cómo estaría. Extrañaba a Lula. Fue una amiga maravillosa cuando no tenía con quién hablar. Marqué su número de celular.

—Hola, chica. ¿Cómo estás?

—¡Peyton! ¡Hola!

—Perdón por no haber llamado en un tiempo. ¿Cómo estás, Lula?

—Bien. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—¿Cómo está el bebé?

—Perdí al bebé.

—Mierda —dijo suavemente—. Lo siento mucho, amiga.

—Gracias.

—¡Maldito sea ese hombre! Tengo ganas de inyectarle un cóctel de drogas del que nunca se recupere.

—Suena maravilloso, pero no te hagas eso a ti misma. Está bien, Lula. Estoy bien. Honestamente, probablemente sea lo mejor. Ningún niño merece un padre como Mateo.

—No, pero seguro que merecen una madre tan buena como tú, Peyton.

—Qué cosa tan linda de decir. Gracias.

—Ha estado aquí dos veces, ¿sabes?

—¡¿Qué?!

—Ajá. Me preguntaba qué diría si le dijera que sé la verdad sobre él. El maldito gusano.

—Oh, no. Ni se te ocurra, Lula. Es peligroso. No dudará en hacerte daño. Es un cobarde astuto, lo que lo hace impredecible.

—¿Sí? Bueno, yo tengo conocimientos sobre drogas de mi lado. Si viene, será lo último que haga.

—Prométeme que no te enfrentarás a él, Lula. ¡Promételo!

—Está bien. Lo prometo.

—¿Qué quería?

—Interpretó el papel del marido destrozado. Dijo que todo fue un gran malentendido y que te extraña terriblemente, bla, bla, bla. No le dije nada. Por lo que él sabe, yo no sé nada de nada.

—Bien. Mantenlo así.

—Tengo noticias, pero ahora no estoy segura de querer contártelas.

—¿Qué es, Lula?

—Estoy embarazada.

—¡Oh, Lula! Esas son noticias maravillosas. Me alegro tanto por ti. Ángel debe estar muy emocionado.

—Sí, no para de hablarle a mi estómago como si el niño pudiera oírlo. Compró un guante de béisbol, así que le pregunté qué haría si fuera una niña. Dijo que no le importa el sexo del bebé. Los dos van a jugar béisbol sin importar qué.

—Ah, eso es tan dulce. Te conseguiste un buen hombre, amiga.

—Lo sé. Estoy tan feliz. Espera. ¿Estás trabajando?

—Es cierto. Aún no te lo he contado. Estoy completando mi residencia. El doctor que realizó el legrado me ofreció un trabajo.

—Eso es increíble. ¿Es un buen tipo?

—Lo es.

—¿Es guapo?

—Mucho.

—Hmm.

—Sé lo que estás pensando, y puedes dejar de maquinar. Estoy casada y él no necesita mi drama en su vida.

—Parece que toqué un punto sensible —se rió Lula.

—No. Ningún punto sensible. Solo estoy siendo práctica. Además, pasará mucho tiempo antes de que vuelva a confiar en un hombre.

—No hagas eso, Peyton.

—¿Hacer qué?

—No asumas lo peor solo porque Mateo sea una manzana podrida. No te cierres a la posibilidad del amor y una familia.

—No lo hago, pero es demasiado pronto para pensar en el amor. Además, no sé si alguna vez volveré a confiar en un hombre. Tampoco confío en mí misma para elegir bien.

—Eres inteligente. Lo lograrás.

—Tengo que irme, Lula. Llamaré pronto. Lo prometo.

—Ten cuidado, Peyton. Cuídate.

—Lo haré.

Me alegraba por Lula y Ángel. El marido de mi amiga era un encanto. Había elegido bien.

Miré la hora. Se estaba haciendo tarde y aún no había comido. Estaba en el turno de noche durante dos semanas. Me alegraba porque Ben rara vez venía durante el turno de noche a menos que tuviera que realizar una cesárea de emergencia.

Pero, ¿realmente me alegraba? Lo echaba de menos. No pensé que lo haría. Aunque tampoco había imaginado que me acostaría con él. Tanto para no involucrarme con otro hombre.

El problema era que Ben era el tipo de persona de la que era casi imposible mantenerse alejada. Me atraía como un imán. Me había descubierto varias veces a punto de contarle todo. Especialmente mientras yacía en sus brazos después de haber sido íntimos.

No, Peyton. Recuerda, estás haciendo esto para mantenerlo a salvo. Si se entera de Mateo, hará algo al respecto. Así es Ben. ¡No puede saberlo!

La voz dentro de mi cabeza tenía razón. Si quería mantener a Ben a salvo, tendría que mantener la boca cerrada. Y eso era exactamente lo que iba a hacer.

BEN

Era bueno estar de vuelta en Nueva York. Ya había tenido suficiente de viajar cuando estaba en el ejército. Hacerlo para una conferencia de trabajo de vez en cuando era factible, pero tenía la sensación de que ese era mi límite.

No había visto a Peyton desde que tuvimos sexo, pero pensaba en ella constantemente. ¿Cómo iba a acercarme más a ella? Cuando hicimos el amor, era evidente que ella era cautelosa con su alma aunque había sido generosa con su cuerpo. Era casi como si se hubiera sentido avergonzada o incómoda.

Fuera lo que fuese que su último amante le había hecho, debió haberle dejado cicatrices tanto emocionales como físicas. ¿Qué le pasó a Peyton?

La encontré, trabajando duro, en el hospital el viernes por la mañana. Me quedé en silencio en la esquina, observándola mientras hablaba con un paciente. Me encantaba mirarla cuando ella no se daba cuenta. Parecía más relajada cuando nadie la miraba.

—¡Oh! Ben —dijo cuando se dio la vuelta y me vio parado en la puerta—. Hola.

—Hola, Dra. Taylor —sonreí cálidamente.

—Dr. Forbes —sonrió ella—. ¿Cómo estuvo tu viaje?

—Muy informativo. ¿Qué han estado haciendo los ratones mientras el gato no estaba?

—Lo de siempre.

—¿Cómo está la Sra. Riley?

—Falleció el martes.

—Lamento oír eso. ¿Cómo está su hijo?

—Destrozado, pero no intentó reanimarla, así que eso es algo.

—En efecto. Bien hecho, Peyton.

—Gracias, Ben.

—¿Te gustaría cenar conmigo?

Peyton se mordió brevemente el labio inferior. Me quedé de pie, en silencio, mientras esperaba

que sopesara los pros y los contras en su cabeza. Se sintió como una eternidad antes de que me respondiera.

—Claro. Será agradable.

—De acuerdo. Te llamaré más tarde.

Peyton sonrió y se fue con paso decidido a realizar cualquier tarea que fuera la siguiente en su lista de pendientes.

* * *

—Te ves hermosa.

—Gracias. Pensé en ponerme un vestido.

—Te ves bien con vestido —sonreí—. Casi tan bien como te ves desnuda.

—Tranquilo, Doc —se sonrojó.

—Lo siento, pero no pude resistirme. ¿Qué te gustaría beber? ¿Vino? ¿Tequila?

—Oh, qué diablos. Hace tiempo que no salgo, así que creo que el tequila es una buena opción. Siempre y cuando prometas no aprovecharte de mí.

—¿Yo haría algo tan diabólico a mi residente favorita?

Peyton se rio. Era aún más hermosa cuando estaba relajada. Quería levantarme de mi silla y besarla, pero resistí el impulso.

—Buenas noches. Bienvenidos a Shana's Streak Ranch. ¿Qué les puedo ofrecer de beber?

—Hola, Alice —saludé a la camarera—. ¿Qué tequilas tienen?

—Tenemos varios, señor.

Alice divagó sobre el agave azul y cosas así, así que dirigí mi mirada a Peyton, quien claramente sabía más sobre el travieso cactus que yo.

—Patrón Añejo estará bien, gracias —respondió Peyton.

—Que sean dos dobles —dije.

—Creo que vas a disfrutar esto —sonrió Peyton cuando el dorado líquido color miel llegó a la mesa.

—¿Lo bebo de un trago y lamo sal de tu cuello? —sonreí.

—Ni se te ocurra. Este travieso líquido es para saborearlo. No habrá tragos rápidos de Patrón Añejo esta noche —me guiñó un ojo—. Pero es interesante ver cómo funciona tu mente, Dr. Forbes.

—No tienes ni idea, Dra. Taylor.

Me moría por saber más sobre su pasado, pero lo más inteligente era actuar con cautela. No podía simplemente preguntarle qué demonios había pasado para que fuera tan precavida, así que decidí intentar otro enfoque. Le contaría a Peyton sobre mí y esperaría que se sintiera lo suficientemente cómoda como para compartir su historia conmigo.

—Mi hermano, por otro lado, bueno, él es el bebé del tequila de la familia.

—¿Oh? Cuéntame más.

—Owen es el rebelde de la familia. Yo siempre he sido el sensato. Supongo que eso es lo que pasa cuando eres el primogénito. Aunque, debo decir que desde que conoció al amor de su vida, ha sido bastante, ¿me atrevo a decir, normal?

—¿Está casado?

—No. Él y su novia, Suzanna, llevan juntos unos dos años.

—¿Se llevan bien ustedes? Me refiero a ti y ella.

—Sí, Suzy es una persona encantadora. Su madre, por otro lado... ¡Vaya! Se la desearía a mi peor enemigo.

—Es cierto lo que dicen. No puedes elegir a tu familia.

—Hablas como alguien que tiene experiencia —insinué con suavidad—. ¿Tienes hermanos?

—Una hermana mayor.

—¿Son cercanas?

—Nos llevamos bien. Ella es mayor.

—¿También está en el campo médico?

Peyton se rio.

—¿Madison? No. Ella es una madre comprometida y ejecutiva del hogar.

—Ya veo.

La conversación se sentía un poco como sacarle una muela. Pero ahora sabía que Peyton tenía una hermana, y eso era un buen comienzo.

—¿Siempre has querido ser médico? —preguntó ella.

—Oh, sí. Siempre supe que quería hacer dos cosas. Una es medicina y la otra artes marciales.

—¿Cómo terminaste en el ejército?

—Un buen amigo de la escuela me llamó un día y me dijo que su unidad estaba buscando un médico. Acababa de terminar mi residencia y una carrera en las fuerzas armadas apelaba a mi sentido del patriotismo. Supongo que cuando estás en tus veintes, es una perspectiva emocionante.

—¿Lo extrañas?

—Extraño a la gente.

—¿Dónde estuviste destinado?

—Por todos lados. Afganistán fue mi última misión. Después de eso, supe que necesitaba estar en casa con mi familia.

Vamos, Peyton. Muerde el anzuelo. Cuéntame más.

—Entonces, ¿cómo eras de niña? —pregunté cuando mi cita de la cena dejó de hablar.

—Callada.

—¡Para! No puedo creerlo.

—Gracias por eso. ¿Realmente hablo tanto ahora?

—No —me reí—. No es eso lo que quise decir. Es solo que no me pareces una chica tímida.

—Oh, no lo era. Para nada. Pero era una niña cuidadosa. Eso cambió tan pronto como llegó la pubertad. Fue entonces cuando encontré mi voz y me convertí en quien soy.

—¿Qué te parece la Gran Manzana? —pregunté, ya que no quería que fuera obvio para Peyton que estaba en una pequeña expedición de pesca.

—Es ajetreada.

—Sí. Eso es cierto.

—Me gusta. Amo mi trabajo. Gracias, Ben.

—Debo agradecerte yo. Hasta ahora, el hospital es el ganador. Eres una buena doctora.

—¿Le dices eso a todas las jóvenes residentes que pasan por tu tatami del dojo?

—Auch.

—Lo siento. Eso fue cruel. No quise que sonara como sonó.

—Bueno, si quieres saberlo, mi pequeña víbora bonita, eres la primera residente que ha visto el interior de mi dojo... y mi Katsumi.

—Está bien. Me has reprendido con éxito. Mi culpa.

—No tengo la costumbre de seducir a mis estudiantes, Peyton. Es importante para mí que lo sepas.

—¿Qué estás diciendo, Ben?

—Lo que estoy diciendo, hermosa criatura, es que estoy realmente interesado en ti. No estoy jugando un juego.

—Aprecio tu sinceridad, Ben.

—¿Pero?

Peyton se retorcía en su asiento. Lo último que quería era que se sintiera incómoda.

—No estoy lista. Honestamente, no sé cuándo lo estaré.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Peyton. No me voy a ninguna parte.

* * *

—Veo que vas en serio hoy —dijo Owen cuando saqué la caña de pescar de diez libras.

Era domingo por la mañana, y estaba reflexionando sobre mi situación con Peyton. Pensé que la cena había ido tan bien como podía haber esperado. La hermosa joven doctora se había abierto lo suficiente como para que yo pudiera meter un pie. Planeaba mover ese pie hasta que la grieta se ensanchara.

—¿Qué te pasa hoy? —me preguntó Owen.

—¿Por qué?

—Estás sonriendo como un zorro, y te he hecho la misma pregunta tres veces sin éxito. ¡Hola! ¿Estás ahí, Ben? ¿Qué me estoy perdiendo, hermano?

—Querrás decir, ¿qué me he estado perdiendo yo?

—Aaah. Ya veo. Parece que mi hermano ha encontrado una mujer. Te lo dije, ser ginecólogo es como pescar en un barril, Dr. Forbes. ¿Quién es ella?

—Su nombre es Dra. Peyton Taylor.

—Inteligente. Mantenerlo en el mismo rango de ingresos —se rió Owen—. Cuéntame sobre ella. ¿Cómo se conocieron? ¿O es una pregunta estúpida?

—Fue mi paciente.

—¿Fue? ¿Te denunció por comportamiento espeluznante? ¿Dónde exactamente metiste esa luz tuya, Doc?

—¿No te gustaría saberlo? —me reí—. Le realicé un legrado después de que perdiera a su bebé.

—No quiero parecer alarmista, Ben, pero suena como si esta pudiera ser una situación complicada. ¿Estás seguro de que estás siendo sabio? ¿Dónde está el padre del bebé?

—Dondequiera que esté, sería sabio que se quedara allí. Deberías haberla visto, Owen. Estaba bastante destrozada internamente. No sé qué pasó, pero sospecho que no se cayó por las escaleras porque sea torpe.

—Obviamente, no la he conocido, así que no tengo todos los datos, pero ¿es una buena idea, Ben? No quiero verte lastimado.

—Eso es dulce de tu parte, hermanito, pero estaré bien. Confía en mí. Peyton vale el esfuerzo.

—¿Qué sabes sobre Peyton?

—Es muy inteligente, claramente resiliente, y estoy loco por ella.

—¿Ya has inspeccionado su trabajo postoperatorio?

—Qué gracioso.

—Eso pensé. No eres el único pez en la familia.

—De hecho, no es asunto tuyo, entrometido sinvergüenza.

—Hmmm. Vaya, vaya. Debes gustar realmente de esta chica.

—Solo desearía que se abriera un poco más conmigo. Peyton es muy reservada.

—Si lo que sospechas sobre el padre de su hijo muerto es correcto, tiene motivos para serlo. Y, puedo añadir, tú también deberías serlo. No sabes el alcance del lío que ha dejado atrás.

—Aprecio el sentimiento, pero puedo cuidarme solo.

—Por supuesto que puedes. Pero no hablo físicamente. Me refiero emocionalmente. ¿Y si vuelve con él? Las mujeres maltratadas tienen el hábito de hacer eso. Dios sabe por qué.

—Peyton no me parece ese tipo de mujer. Es dura.

—Eso espero. Por el bien de ambos.

—¿Vamos a quedarnos parados todo el día o vamos a pescar una lubina enorme?

—De acuerdo, pero te lo advierto. El perdedor paga la cena y las bebidas.

—Trato hecho.

Sabía que Owen tenía razón. Estaba siendo poco inteligente al involucrarme con una mujer sin conocer los hechos.

Es demasiado tarde para contemplar los hechos, Ben. Ya estás metido en esto, ya sea una idea tonta o no.

Sin importar de quién o de qué hubiera huido Peyton, yo había tomado la decisión de estar ahí para ella. Mantendría mi curiosidad a raya hasta que estuviera lista para compartir su pasado conmigo. No iba a decepcionarla como ya la habían decepcionado. Peyton valía mucho más que eso.

Owen atrapó uno de los róbalos boca grande más grandes que jamás había visto. El muy cabrón no dejó de alardear en todo el camino al restaurante y durante toda la cena. Cuanta más cerveza bebía, más crecía la historia del pez.

Lo dejé en su casa justo antes de las 11 de la noche. Estaba agotado. Había sido una semana larga y estaba listo para irme a la cama. Después de una ducha caliente, me acosté y pensé en lo que había dicho mi hermano.

¿Estaba siendo un tonto? ¿Me enamoraría de Peyton solo para verla marcharse y volver con su ex?

Busqué mi teléfono en la oscuridad y escribí un mensaje a la mujer que me había cautivado.

Hola, Doc. Nos vemos por la mañana. Que descanses.

PEYTON

—Te extraño, Pey. ¿No puedo ir a verte? —suplicó Alyssa.

—No, Lyss, no es seguro. ¿Y si Mateo te sigue? Podría tener a alguien vigilándote. No puedo arriesgarme. Lo siento.

—Maldito imbécil. ¡Esto es una locura! No puedo pasar el resto de mi vida sabiendo que nunca volveré a verte. Debe haber algo que podamos hacer. Vamos. Somos mujeres inteligentes.

Lo pensé por un minuto. Alyssa tenía razón. Mateo ya me había quitado suficiente. ¿Por qué demonios le estaba permitiendo quitarme más?

—Vale. Dame unos días para pensarlo y te llamaré.

—De acuerdo. Pero será mejor que pienses rápido. Si no puedo verte, te juro que volaré a Ciudad de México y le meteré una bala entre los ojos a ese cabrón. Lo digo en serio, Peyton.

—¿Te sientes mejor ahora, Rambo? —me reí.

—Un poco —se rió ella.

—Sé que esto es frustrante. Imagínate cómo me siento yo. Los extraño tanto a todos y no he tenido la oportunidad de estar con Madison durante este embarazo.

—Lo siento, Peyton. Estoy despotricando. Estoy siendo egoísta.

—No. No lo eres. Tienes razón. Mateo ya ha quitado suficiente. No le dejaremos quitar más. Te llamaré en unos días. Lo prometo.

—Hablamos pronto. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Colgué y me dirigí a la ducha. Había sido un turno largo y todo lo que quería hacer era poner los pies en alto y vegetar frente al televisor con vino y una pizza.

Acababa de lavarme el pelo y estaba goteando agua por todo el suelo del baño porque olvidé que las toallas limpias estaban en el cesto de la ropa en la cocina. Molesta conmigo misma, fui de puntillas, desnuda, a la cocina y agarré una toalla de baño.

Casi me desmayo cuando escuché un golpe en la ventana de la cocina. Ben estaba allí parado con

una sonrisa gigantesca en su rostro. Me envolví en la toalla antes de abrir la puerta.

—Vaya. El mejor recibimiento de la historia —sonrió con picardía—. Tienes suerte de que fuera yo y no tu casero.

—Qué puedo decir, no esperaba visitas —me reí, sintiéndome tonta.

—Ya lo creo.

Ben tenía la misma mirada en sus ojos que cuando se dejó caer sobre mí en el dojo. Era la mirada de un hombre que me deseaba. Ninguna mujer confunde jamás esa mirada con algo intrascendente. De repente, fui muy consciente de mi desnudez bajo la toalla... y estaba muy excitada.

Ben cerró la puerta tras de sí y se movió decididamente hacia mí. Sabía lo que estaba pensando. No hacían falta palabras, ya que sus ojos lo decían todo. Caminé lentamente hacia atrás hasta que me quedé sin espacio. Mi espalda estaba contra la pared y mi excitado amante no tenía intención de detener su avance.

Mis muslos internos hormigueaban y un calor hinchado y palpitante se asentó en mi entrepierna. Ben tomó un mechón de mi cabello mojado y lo frotó suavemente entre sus dedos. Me quedé perfectamente quieta. Con su mano libre, alcanzó el nudo de la toalla y lo desató lentamente. Mi cobertura cayó al suelo con un golpe mullido. Estaba completamente desnuda, aún mojada en los lugares donde el material no había absorbido la humedad de mi ducha.

Los ojos de mi amante recorrieron hambrientos mi cuerpo. Sin decir palabra, tomó mi pezón izquierdo en su cálida boca. Gemí suavemente ante el delicado toque de su lengua. Ben se alejó y me miró a los ojos. ¿Estaba pidiendo permiso?

Extendí la mano y desabotoné su camisa. Pasé mis manos por su torso tenso, moviéndome constantemente hacia abajo hasta el premio. Dejó escapar un profundo suspiro cuando metí la mano en sus pantalones y encontré su erección. La punta de su pene estaba húmeda, y deslicé mi dedo alrededor en un círculo, provocadoramente.

Ben se quitó apresuradamente los pantalones. Ambos estábamos desnudos. Me arrodillé frente a él y lo tomé en mi boca. Ben entrelazó sus dedos en mi cabello, arqueando su espalda mientras yo movía mi boca rítmicamente de un lado a otro.

Mi amante estaba tan hambriento de mí como yo de él. La forma en que me levantó repentinamente y hundió su verga en mí fue una clara señal. El calor de su pene me llenó de placer. Hicimos el amor frenéticamente hasta que quedamos agotados.

Esa noche, después de que Ben se hubiera ido, tuve que admitirme a mí misma, de una vez por todas, que estaba enamorada del apuesto hombre que una vez más me había llevado al orgasmo. Bueno. Dos veces.

* * *

—Vale. Ya lo tengo.

—Bueno, gracias a Dios —respondió Alyssa.

—La gente siempre nos pregunta si somos hermanas. ¿Verdad?

—Cierto —dijo lentamente.

—¿Y si viajo con tu número de seguridad social? Nadie sospechará. De esa manera, puedo reservar un vuelo y nadie se dará cuenta. Dudo que Mateo esté vigilando todos los vuelos por Estados Unidos. Eso es casi imposible.

—¡Brillante!

—Te dije que haría un plan.

—¿Cuándo vienes?

—Tengo dos semanas de vacaciones dentro de unos días. Iré a verte entonces. No se lo digas a mi familia. Quiero sorprenderlos. Además, si no lo saben, no pueden hacer nada involuntariamente que alerte a Mateo.

—Mis labios están sellados.

* * *

Alyssa se aferraba a mí como un bebé mono araña a su madre.

—No puedo creer que seas realmente tú, Pey. Te he extrañado tanto.

Las lágrimas que corrían por mis mejillas de alguna manera me habían dejado sin palabras. Nos quedamos así en su sala de estar durante mucho tiempo. Me había disfrazado tan pronto como el avión aterrizó. Llevaba una sudadera con capucha ridículamente grande, jeans holgados, zapatillas llamativas y un bolso de lona sobre el hombro. Estaba segura de que ni siquiera mi madre me habría reconocido.

—Pareces un rechazado de una boy band —se rio Alyssa una vez que me soltó—. ¿Te pidieron autógrafos las chicas gritando?

—No, pero nunca es tarde para cambiar de profesión.

—Es tan bueno verte. Te ves genial. Debajo de toda esa sudadera, quiero decir.

—No puedo esperar para quitarme este atuendo. Me veo ridícula.

Me cambié a algo menos andrógino mientras Alyssa nos servía una bebida.

—Aquí tienes —dijo y me entregó una copa de vino.

—Bendita seas. Esto va a caer como anillo al dedo.

—¡Salud! ¡Por las boy bands!

—Brindo por eso.

—¿Tienes hambre, Pey?

—No, gracias. Comí huevos de cartón y jugo de caja en el avión.

—Oh, manjares de primera clase, ¿eh?

—Es todo lo que pude permitirme con mi presupuesto de casi doctora —sonreí—. Lyss, estaba pensando. Es mejor que mis padres vengan aquí, en lugar de que yo vaya a su casa. ¿Qué opinas?

—Estoy de acuerdo. ¿Quieres que los llame y lo organice?

—Eso sería genial.

—Claro. ¿Mañana, te parece?

—Por supuesto. Tú y yo tenemos que ponernos al día primero.

—Lo sé. Hablando de ponernos al día, creo que es hora de que me cuentes sobre Ben, ¿no crees?

No estaba segura de cómo abordar el tema tan delicado con la única persona que me conocía demasiado bien.

—¡Ay, Dios mío! Estás durmiendo con él. Vamos, te reto a que me digas que me equivoco.

—¡Ugh! Esto es lo que obtengo por volar hasta aquí para que puedas interrogarme cara a cara. Es mi culpa.

—Sabes que siempre puedo detectar una mentira en tus ojos. Es fácil mentir por teléfono.

—Supongo que sí. Y, en respuesta a tu pregunta, sí.

—¡Bien por ti!

—Todavía no lo estoy gritando a los cuatro vientos, Lyss. Me siento terriblemente culpable, para ser honesta.

—¿Por qué diablos? No le debes nada a Mateo.

—No es por Mateo. Me importa un bledo él. Me siento terrible porque le estoy ocultando la verdad a Ben. Es un tipo increíble, Lyss. No quiero verlo herido.

—¿Le has contado algo?

—No. La verdad es que me resulta muy difícil confiar en cualquier hombre. Incluso en Ben. Me siento tan vulnerable. Sé que Ben es diferente. Pero también pensé que Mateo era especial.

—No puedes perder la confianza en la humanidad por culpa de un psicópata, Pey. Si haces eso, nunca encontrarás el amor.

—Ya no estoy segura de creer en el amor.

—¡Oh, tonterías! Eso es una estupidez y lo sabes. Esta no eres tú, Peyton.

—Mierda —suspiré y apoyé la cabeza en mis manos—. Estoy tan confundida.

—¿Qué pasa, Peyton? Tengo la sensación de que no me estás contando toda la historia.

La pregunta de Alyssa me llevó a una encrucijada aterradora. ¿Me atrevía a contarle toda la

historia sobre Mateo? Me asustaba. No habría vuelta atrás una vez que la verdad estuviera ahí fuera.

—Por favor, Pey. Habla conmigo.

—Está bien. Tienes razón. No te he contado todo. Si lo hago, tienes que jurarme, Alyssa, y digo jurarme, que no harás nada estúpido. Tienes que guardarte esto para ti. Me derrumbaré si te pasa algo.

—Demonios, Peyton. ¿Qué es?

—Prométemelo.

—Bien, lo prometo.

—No dejé a Mateo solo porque fuera abusivo. Es mucho más aterrador que eso. Lo dejé porque es un asesino.

—¡¿Qué?!

El rostro de Alyssa palideció.

—¿De qué estás hablando?

—Resulta que tampoco soy la primera señora García.

Alyssa se levantó y se dirigió a la cocina.

—Espera. Tengo la sensación de que vamos a necesitar algo más fuerte que el vino para esto —dijo y regresó con una botella de tequila y dos vasos de chupito.

—Bien —dijo una vez que nos sirvió un trago a cada una—, adelante.

—Soy la tercera esposa de Mateo.

—¡¿Tercera?! ¿Qué pasó con las otras dos? No puedo creer que no te lo haya dicho.

—Hay una buena razón para eso. No me lo dijo porque ambas están muertas.

—Joder —susurró Alyssa.

—Técnicamente, están desaparecidas. Pero sé que están muertas.

—¿Cómo? ¿Te lo dijo él?

—No exactamente. Descubrí sus cuerpos desmembrados en congeladores en el sótano de nuestra casa cuando Mateo me arrojó por las escaleras.

Alyssa no dijo una palabra. Estaba tan pálida que pensé que se desmayaría en cualquier momento. Luego, sus ojos se llenaron de lágrimas antes de venir hacia donde yo estaba sentada y abrazarme. Me sostuvo mientras lloraba.

—Lo siento tanto, Pey. No puedo imaginar cuánto miedo debes haber tenido. No puedo creer que estuve tan cerca de perderte —lloró mientras se aferraba a mí.

—Nunca había tenido tanto miedo en mi vida, Lyss —dije con voz temblorosa—. Estaba segura de que iba a morir. Mateo tenía toda la intención de asesinarme. Deberías haber visto la mirada en sus ojos justo antes de empujarme por esas escaleras.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué mató a sus esposas? ¿Por qué haría eso un hombre?

—Porque todas nos atrevimos a quedar embarazadas.

—¿Estás bromeando?

—Ojalá lo estuviera. Hablo en serio. Mateo odia a los niños.

—¡¿Qué mierda?! Entonces, ¿por qué no se hace una vasectomía? Eso sería lo lógico. Seguramente.

—¿Quién demonios sabe lo que pasa por la mente de un psicópata narcisista? Lo único que sé es que tengo que mantenerme lo más lejos posible de ese hombre.

—¿Le has contado a tu familia?

—No. Tenía miedo de hacerlo. Pero creo que es hora de que lo sepan. Se lo diré mañana. Voy a necesitar tu ayuda para mantener a mi padre tranquilo, Lyss. Si papá va tras Mateo, morirá. De eso estoy mil por ciento segura.

—¿Por qué no fuiste a la policía? Seguramente, los cuerpos son la prueba irrefutable.

—Sí. A menos que el jefe de policía sea tu mejor amigo.

—Qué maldito lío.

—Ni que lo digas.

BEN

Peyton había regresado de sus vacaciones. No me había contado mucho sobre adónde iba antes de irse. Para ser justos, supongo que realmente no era asunto mío. Pero estaba de vuelta, y me sentía mucho más relajado. Tenía un nudo inexplicable en el estómago mientras ella estaba fuera. Estaba convencido de que la inquietud tenía mucho que ver con el hecho de que sabía muy poco sobre su pasado.

Mi temor era que la mujer por la que me había vuelto tan protector se encontrara con el hombre que la había maltratado. No es que temiera que hiciera algo loco como volver con él. No, tenía la sensación de que Peyton había aprendido la lección en lo que a él se refería. Me preocupaba porque sabía que los abusadores no suelen soltar a su presa sin pelear.

—¿Quieres ir a pescar? —la llamé y le pregunté temprano una mañana cuando sabía que no estaba trabajando.

—¿Pescar? ¿En serio?

—Ajá. Suena a cosa de nerds, lo sé. Pero una vez que te pica el gusanillo de la pesca, es difícil resistirse.

—Uhm... está bien. Lo intentaré.

—Genial. Te recojo en una hora.

—¿Qué me pongo?

—Algo cómodo. Yo te equiparé.

—Oh, tunea a tu compañera de pesca —se rió.

—Vas a ser una profesional cuando termine contigo.

—Hablando de "profesional", estoy lista para una clase de karate en condiciones cuando quieras.

—Oh, sí. Te debo una, ¿no?

—Una clase. Sí.

—No es mi culpa, ¿sabes? Tú empezaste.

—¿Qué? —se rió—. ¿Cómo que yo empecé?

—Estabas toda sexy y totalmente irresistible en esa colchoneta del dojo —me reí.

—Bueno, llamémoslo empate. Nos vemos en una hora.

El mero pensamiento de Peyton, desnuda y gimiendo en mis brazos, me excitó. Rápidamente aparté la imagen de mi mente y metí el equipo de pesca en mi coche. Hice algunas llamadas a pacientes antes de ir a recoger a mi nueva compañera de pesca.

—Espero que esto esté bien —dijo Peyton y señaló su atuendo.

—Sí, eso servirá.

—No voy a apestar a tripas de pescado cuando termine el día, ¿verdad?

Me reí de la expresión de su cara.

—Eres médica. Seguramente, el olor a tripas de pescado no es lo peor que has encontrado, ¿no?

—Oh, bien. Así que has traído batas y guantes, ¿no? —sonrió con sorna.

—Tengo algo mejor —dije y saqué el vadeador de pecho y las botas de vadeo que había empacado para ella.

—¿Tenías eso tirado por ahí en el garaje?

—Un buen pescador siempre está preparado.

—¿Exactamente qué tan adentro del río planeas atraerme vestida con ese traje de mono?

—Sube, preocupona. Te devolveré a casa de una pieza.

—Oh, no estoy preocupada.

—Bien.

Me incliné y presioné play en el CD. Una canción cobró vida. Observé a Peyton por el rabillo del ojo mientras escuchaba la letra de la canción.

—¿Qué estamos escuchando? —gritó entre risas.

—Pensé que "Fish" de Craig Campbell nos pondría en el estado de ánimo —me reí—. ¿Qué te parece?

—Oh, es oficial. Estás loco —dijo entre risas.

—Puedes apostarlo.

Para cuando llegamos al lugar de pesca, Peyton y yo nos habíamos aprendido la letra de la canción y cantábamos el coro a todo pulmón. Era maravilloso verla tan relajada. Su risa era genuina y parecía más tranquila de lo que nunca la había visto.

—Muy bien, novata. Es hora de equiparse —dije una vez que estacionamos y salimos del coche.

Ayudé a Peyton con el vadeador de pecho antes de que deslizara sus pies en las botas de vadeo.

—Te ves adorable —dije y la besé en la mejilla.

—Indícame dónde están los peces grandes —se rió.

—Tranquila, doctora. ¿Has probado la pesca con mosca antes?

—No, pero lo he visto en la tele.

—Vamos a empezar en la orilla del río primero. Si entramos de golpe en el agua, podríamos asustar a las lubinas.

—Pero, ¿no están los peces en medio del agua?

—Te sorprendería cuántos grandes he pescado desde la orilla. No te preocupes, entraremos un poco más tarde.

—De acuerdo.

—Aquí. Déjame mostrarte cómo poner la mosca en el anzuelo.

—Estamos hablando de mosca artificial, ¿verdad? —preguntó Peyton arrugando la nariz.

—Sí.

—Bien. Bichos. Puaj.

—Ten cuidado. Vigila tus dedos. El anzuelo es muy afilado.

—Sí, Dr. Forbes —se burló.

—Cuidado. Las alumnas descaradas se mojan.

La ayudé a preparar su línea y le mostré cómo lanzar.

—¿Lista? —pregunté.

—Lista.

—Dale un poco de holgura a la línea, luego lanza. Déjame mostrarte cómo. Mírame.

Se lo mostré un par de veces y pronto tenía su mosca en el agua.

—¿Así?

—Eso es. Mírate. Eres una natural.

—Adulador —sonrió.

—No, hablo en serio. No me sorprendería nada que pescaras un pez antes que yo.

—¿El perdedor paga la cena? —sonrió.

—Vale, me apunto.

—Ja, ja.

Menos de una hora después, Peyton sacó su primera lubina del río.

—Siento como si me hubieran engañado —me reí cuando me dio una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué puedo decir? Me has enganchado a la pesca.

—Supongo que me lo busqué.

—Vadeador de pecho y todo, doctor.

—Sabes que tienes que limpiar y comer lo que pescas, ¿verdad?

—Oh, no. Yo cenaré un filete, gracias.

* * *

Mi relación con la hermosa Peyton progresaba de maravilla. Adoraba su sentido del humor y teníamos tanto en común. Aun así, había una parte de ella que mantenía inaccesible. Me preguntaba si alguna vez me dejaría entrar. Incluso cuando hacíamos el amor, podía sentir que se contenía. Era una amante muy sensual, sin duda, pero Peyton nunca se entregaba completamente a mí.

Decidí pasar por su apartamento sin avisar una noche después del trabajo. Mi coche estaba en el taller para mantenimiento y reparaciones, así que iba en el coche del taller. Cuando llegué, vi a Peyton subiendo a su coche. Parecía alterada. Me pregunté qué le pasaba, así que decidí, por impulso, seguirla.

Me mantuve a una buena distancia para que no me viera. Me sentía un poco culpable por espiar a mi novia, pero ¿quién podía culparme? ¿De qué otra manera podría aprender más sobre la mujer de la que estaba locamente enamorado? ¿Era una jugada de imbécil? Probablemente.

¿Adónde iba? No reconocía la zona hacia la que se dirigía. Todo tipo de escenarios daban vueltas en mi mente. Deseaba saber por qué me ocultaba cosas. ¿Tenía miedo de que yo resultara ser el mismo tipo de hombre que su ex? ¿Acaso Peyton no podía darse cuenta de lo que sentía por ella por la forma en que le hacía el amor?

Su coche cruzó una intersección. Yo iba dos coches detrás de ella, y el semáforo estaba a punto de ponerse en rojo, así que aceleré y adelanté al coche que tenía delante. Fue un poco arriesgado, tenía que admitirlo.

Bien hecho, Ben. ¿Cómo se verá si causas un accidente? Eres médico, no Magnum P.I. Ten cuidado, idiota.

De repente, Peyton aceleró. Me costaba seguirle el ritmo. ¿Qué demonios estaba haciendo? Conducía de manera tan temeraria que decidí intentar ponerme a su lado para decirle que redujera la velocidad.

Pero cuanto más me acercaba a ella, más rápido conducía. ¿Estaba intentando perderme? ¿Qué demonios estaba haciendo Peyton?

Por el rabillo del ojo, vi a una mujer con un carrito de la compra intentando cruzar la calle. Peyton no tenía intención de detenerse. Claramente no había visto a la mujer. Toqué con fuerza la bocina de mi coche con la esperanza de que mirara hacia mí.

Fue entonces cuando todo salió terriblemente mal. Peyton vio a la mujer con el carrito en el

último segundo, frenó de golpe y se desvió de la carretera, directo contra un árbol.

—¡Peyton! —grité al ver cómo su coche se detenía bruscamente.

—¡Mierda! —exclamé y me salí de la carretera.

Corrí hacia su coche lo más rápido que pude, mientras marcaba el 911 en mi teléfono móvil.

Abrí la puerta del coche de golpe y comprobé sus signos vitales. Peyton estaba inconsciente. Tenía un corte en la frente y me pareció que se había roto el brazo. Recé para que no hubiera sufrido lesiones internas.

La ambulancia llegó a los diez minutos de mi llamada. Expliqué a los paramédicos lo que había sucedido y que yo era médico, así que me permitieron ir con ella en la parte trasera de la ambulancia hasta el hospital.

Me sentía enfermo. ¿Qué coño había hecho? ¿Por qué no pude dejar las cosas como estaban?

* * *

—Dr. Forbes, soy el Dr. Evans.

El Dr. Evans estaba de guardia cuando llegamos a urgencias. Era cirujano ortopédico.

—Hola, Dr. Evans. ¿Le importa si me uno a la operación?

—En absoluto. La Dra. Taylor tiene una fractura de radio y una fisura en el cúbito.

—¿No hay lesiones internas?

—Nada apareció en el escáner.

Lo seguí hasta el lavabo donde nos lavamos antes de entrar al quirófano. Me sentía enfermo. Estaba seguro de que estaba blanco como el papel.

El Dr. Evans había decidido operar el brazo de Peyton, ya que necesitaría que estuviera en perfectas condiciones para su trabajo como futura cirujana. Aprecié su cuidado y atención al detalle. Una vez terminada la operación, me quedé con ella mientras estaba en recuperación.

No tenía ni idea de qué le iba a decir cuando despertara. Nada de lo que pudiera inventar serviría de excusa para mi comportamiento infantil. Todo lo que podía hacer era esperar no haberlo echado todo a perder. Ahí estaba ella, haciendo todo lo posible por superar una relación abusiva, ¿y qué hace su nuevo novio? La asusta hasta provocarle un accidente.

—Menudo desastre he armado —murmuré entre dientes mientras acariciaba el lustroso cabello de Peyton. El corte en su frente estaba pulcramente suturado y cubierto con una tirita. El Dr. Evans había insertado un clavo en su antebrazo para sostener el hueso. Estaba seguro de que la lesión sanaría perfectamente. Al menos estaba agradecido por eso.

Observé cómo Peyton empezaba a despertar. Estaba aturdida cuando abrió los ojos. Parecía confundida por un momento, como si no estuviera segura de dónde estaba o qué había pasado. Intentó incorporarse.

—Shh... despacio. No te levantes —le pedí con suavidad.

—¿Qué...? ¿Ben? ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Has tenido un accidente. Estás en la sala de recuperación.

—¿Qué?

—Está bien. Estoy aquí. Te has roto el brazo, pero aparte de eso, te pondrás bien. No tienes idea de lo afortunada que eres, Peyton.

Me miró fijamente durante unos momentos antes de que la luz volviera a sus ojos.

—Espera. Ya recuerdo. Alguien me estaba siguiendo. Choqué mi coche. ¿Cómo lo sabes? ¿Alguien te llamó?

Más te vale ir con cuidado, Ben. No la cagues.

PEYTON

Odiaba los efectos posteriores de la anestesia. Intentaba mantener los ojos abiertos, pero lo único que realmente quería era cerrarlos y dormir por una eternidad. Mi cabeza daba vueltas, pero me alegré de ver el rostro de Ben. Me preguntaba cómo había logrado encontrarme.

Su voz tranquilizadora me mantenía calmada. Esperaría hasta que dejara de flotar antes de pensar en la posibilidad de que Mateo me hubiera encontrado. ¿Se habría marchado al ver el accidente?

La repentina comprensión de que podría estar en algún lugar del hospital me asustó y me devolvió a mis sentidos. Me senté demasiado rápido. En retrospectiva, fue una tontería porque me provocó náuseas instantáneas.

—Despacio, Peyton —dijo Ben de nuevo y me frotó suavemente la espalda—. Tienes una conmoción cerebral.

—Voy a vomitar —dije y arqueé.

Apareció un cubo antes de que pudiera cumplir mi amenaza, y Ben me frotó la espalda mientras vomitaba en el recipiente. Genial. Anestesia *y* vómitos, un día estupendo.

—Ay, mi brazo —gemí una vez que dejé de arcadas.

—Te fracturaste el radio y te agrietaste el cúbito. El Dr. Evans hizo un excelente trabajo colocando el hueso roto. No te preocupes, sanarás rápidamente.

—Qué desastre. Ben, tengo que salir de aquí.

Me miró con perplejidad.

—¿Qué? No entiendo. Acabas de salir de cirugía. Tienes que quedarte quieta un rato.

—No. No puedo. No lo entiendes. ¡Tengo que irme ahora mismo!

—Shhh. ¿Qué pasa, Peyton?

¡Mierda! No estaba lista para contarle a Ben sobre Mateo. ¿Por qué tenía que pasar esto? ¿Qué diría si supiera la verdad?

—Creo que estoy en peligro —dije suavemente, rezando para que Ben no hiciera demasiadas preguntas.

—No, estás perfectamente a salvo, Peyton.

—¡No! No lo entiendes, Ben. No choqué mi coche solo porque conducía imprudentemente. Estaba tratando de escapar de una situación peligrosa. Alguien me seguía, y yo...

Ben bajó la mirada. ¿Estaba tratando de evitar mis ojos? ¿Era demasiado tarde? ¿Estaba listo para dejarme? Genial. Vamos a dejar a la mujer loca.

—Peyton, tengo que decirte algo.

Oh, no. No el discurso de "no eres tú, soy yo". ¡Ahora no! No cuando Mateo estaba ahí fuera listo para atacar.

Oh, por favor, Dios. No puedo perder a Ben.

—Fui yo, Peyton. —¿De qué estaba hablando?

—No entiendo. ¿Qué quieres decir? ¿Qué fuiste tú?

—Yo era el que te seguía. Lo siento muchísimo.

—¿Qué?

—Lo siento mucho. No quería que esto pasara. Solo quería ver a dónde ibas.

Me quedé mirando a Ben sin hablar, tratando de decidir si estaba feliz de que no fuera Mateo persiguiéndome, o absolutamente furiosa porque Ben me había estado espiando sin ninguna buena razón.

—Por favor, Peyton, tienes que creerme. Nunca te habría seguido si hubiera sabido que te asustaría tanto como para que salieras corriendo así.

—¿Tú? Pero, ¿por qué, Ben?

—Me importas mucho. Seguramente ya lo sabes a estas alturas. Pero tengo la sensación de que estás a la defensiva cuando estás conmigo. Quiero saberlo todo sobre ti, pero no quería presionarte. Me doy cuenta de que has pasado por un infierno, perdiendo a tu bebé y dejando al hombre que te maltrataba, pero quiero más, Peyton.

—¿Así que me asustaste de muerte en lugar de ser paciente?

—Lo siento mucho.

Aparté la mirada y me quedé mirando la pared. Los ojos de Ben eran tan tiernos y su voz tan arrepentida. ¿Realmente estaba tan inseguro sobre mí? No lo había apartado porque no me importara. Lo hice porque quería protegerlo.

Y a ti misma, Peyton. Tienes miedo de que te deje si sabe el desastre que has hecho de tu vida. ¡Sé honesta contigo misma por una vez!

—Lo siento, Ben.

Me miró con confusión en su rostro. Como si no me hubiera oído correctamente.

—¿Lo sientes? No, Peyton. Yo lo siento. Fue una estupidez.

—Sí, lo fue, pero si soy honesta conmigo misma, tengo que asumir parte de la culpa. Tienes razón, Ben. Me he estado conteniendo. Sabía que eventualmente querrías más, y no creía estar lista para dártelo, para confiar en ti, pero estaba equivocada.

—Puedes, ¿sabes? Confiar en mí. Nunca te haré daño. No intencionalmente, al menos.

—Ben, hay algo que tengo que decirte. Solo espero que una vez que sepas la verdad, te quedes.

—Vamos. Eso es una locura. Nada de lo que me digas puede ser tan terrible como para que no quiera estar contigo.

—Espero que lo digas en serio.

—Por supuesto que sí.

—Está bien. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Tómate tu tiempo, Peyton. No voy a ir a ninguna parte.

Respiré profundamente y empecé por el principio.

—Conocí a alguien, que creí que era especial, en México después de que mi mejor amiga y yo obtuviéramos nuestros títulos. Parecía el chico perfecto: encantador, dulce, atento. Seguro que puedes ver a dónde voy con esto. En fin, me pidió que me casara con él, y dije que sí.

Me tomé un breve descanso para poder beber un sorbo de agua. Mi boca se sentía como si una rata hubiera muerto en ella. Maldito vómito. Ben se quedó perfectamente quieto y esperó a que continuara mi historia de desgracia.

—Al principio, era mágico. Él hacía todo bien.

—Como yo —dijo Ben suavemente.

Sabía lo que estaba pensando. Esperaba que empezara a entender por qué había estado un poco distante y reservada. Pero continué hablando.

—Luego, una vez que comenzamos a asentarnos en nuestro felices para siempre, fue cuando empezó a mostrar su verdadera cara. Estaba jodida. Había ignorado la señal de advertencia inicial, por débil que fuera, y me casé con un extraño. Fue mi culpa por ser tan ingenua. Me avergüenza admitir que mi orgullo me impidió mandarlo a la mierda ahí mismo.

Miré a Ben, quien me escuchaba atentamente. Sus ojos estaban llenos de compasión hacia mí. ¿Ya habría sumado dos más dos y se habría dado cuenta de que se estaba acostando con una mujer casada?

—Así que intenté que funcionara. Fue una pesadilla. Mateo era hosco, cruel y parecía disfrutar torturándome. ¿Y qué hace una buena esposa cuando eso sucede? Te diré qué. Se esfuerza más. ¿No es jodidamente patético?

—No, no lo es. Es parte de la hermosa naturaleza de una mujer. Hiciste lo que creías que debías hacer. No te castigues, Peyton.

Me reí en voz alta al escuchar la palabra "castigues", lo que no fue la decisión más inteligente, ya que sentía como si mi cabeza fuera a partirse en dos y mis costillas dolían como locas. Ben debió

pensar que estaba perdiendo la cabeza.

—No necesito castigarme. Mateo lo hacía regularmente.

—Oh, Peyton. Lo siento tanto —dijo y acunó mi rostro con su mano—. Hijo de puta. Perdóname por hacer una pregunta estúpida, pero ¿por qué no intentaste irte antes?

—No podía. Amenazó con matarme o lastimar a mis padres si alguna vez lo intentaba. Así que me quedé.

El rostro de Ben se puso rosado. Podía ver que estaba tratando de mantener su rabia bajo control.

—Continúa.

—Aquí es donde la historia toma un giro feo. Hasta este punto, yo era el saco de boxeo ocasional de Mateo, pero las cosas se salieron rápidamente de control. Quedé embarazada.

Tragué saliva al recordar la pérdida de mi bebé, pero me negué a darle más de mis lágrimas a Mateo.

—Mateo estaba furioso. Me dijo que me deshiciera de nuestro hijo, pero me negué. Me mantuve firme y fui a ver al ginecólogo. Si pensaba que mi vida era mala antes, pronto aprendí que mi pesadilla apenas comenzaba.

—No entiendo. No había nada malo con tu bebé —dijo Ben.

—No, pero había algo muy malo con su padre. El ginecólogo me dijo algo que mi marido había olvidado mencionar. Verás, Mateo había estado casado antes. No una, sino dos veces. Aparentemente, yo era la esposa número tres.

—¿Estás bromeando? ¿Por qué no diría nada?

—Oh, no te preocupes, todo tendrá sentido muy pronto. Mateo me lo ocultó porque sus dos esposas anteriores estaban desaparecidas.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que habían desaparecido de la faz de la tierra.

—¿Qué dijo él sobre eso?

—No fue lo que dijo, sino lo que hizo cuando lo confronté con la verdad.

—Te arrojó por las escaleras —dijo Ben con voz monótona.

—Bingo. Llegó a casa borracho, y fui lo suficientemente estúpida como para enfrentarlo. Podría haberlo manejado mejor, en retrospectiva, pero estaba tan enojada que no pude contenerme. Así que Mateo me arrojó por las escaleras del sótano y mató a mi hijo.

—¡Maldito monstruo! Lo siento mucho, Peyton. Qué pesadilla.

—No había terminado.

Dejé de hablar y miré hacia otro lado. Estaba a punto de contarle a Ben toda la verdad y no estaba segura de estar tomando la decisión correcta.

—Por favor, continúa, Peyton. Puedes confiar en mí.

Ben tomó mis manos y las sostuvo entre las suyas. Su piel estaba cálida, y el gesto tocó mi corazón. ¿Podía confiar en este hombre con toda la verdad? Me importaba y la idea de no poder ser yo misma con él era demasiado.

—Encontré algo en el sótano que me asustó lo suficiente para actuar. Sabía que tendría que alejarme de Mateo o moriría.

—¿Qué era?

—Encontré a las mujeres desaparecidas.

Parecía que alguien hubiera abofeteado a Ben en la cara porque se estremeció ante esa revelación.

—Mateo asesinó a sus esposas, Ben. Encontré sus cuerpos desmembrados en congeladores en el sótano.

—¡Oh, Dios!

—Fue entonces cuando escapé. No fue fácil, pero lo hice. Esta noche, cuando me perseguías, estaba segura de que iba a morir. Estaba convencida de que Mateo me había encontrado. Pensé que todo había terminado, Ben.

—Joder —susurró—. No puedo creerlo. Lo siento mucho, Peyton. Ojalá me lo hubieras dicho antes.

—¿Cómo podría? Ya es bastante malo que no me quede fe en los hombres, pero ¿cómo podía saber que no saldrías corriendo cuando descubrieras que aún estoy casada? Estaba demasiado avergonzada para decírtelo, Ben. Y estoy aterrorizada de que Mateo te haga daño.

—Escúchame, Peyton —dijo Ben y limpió las lágrimas de mi rostro—. Mateo nunca volverá a lastimarte. ¡Nunca! No lo permitiré. Estás a salvo conmigo. Ahora que sé la verdad, te protegeré con mi vida. Y no me importa que aún estés casada con él. Lo arreglaremos.

—Mateo nunca me dará el divorcio.

—Iremos a la policía y haremos que encierren a ese monstruo en prisión.

—Mateo tiene a las autoridades mexicanas en su bolsillo. No sirve de nada. Prométeme que te mantendrás alejado de él, Ben. ¡Júralo!

—Está bien, Peyton. Me mantendré alejado de él. Pero ya no tendrás que preocuparte por él. Múdate conmigo. Estoy enamorado de ti y quiero que vivas conmigo.

—¿Estás seguro? Soy un desastre, Ben, y no mereces invitar tal caos a tu vida. Eres demasiado bueno para eso.

—¡Tonterías! Te amo, Peyton. Dame una oportunidad. Te juro que no te defraudaré.

¿Cómo podía rechazarlo? Sus ojos eran cálidos y su voz estaba cargada de sinceridad.

—Por favor, Peyton.

—De acuerdo. Me mudaré contigo. Gracias, Ben.

—Estás a salvo conmigo, Peyton. No permitiré que nada ni nadie vuelva a lastimarte. ¿Me crees?

—Sí. Yo también te amo, Ben.

PEYTON

Mudarse a la casa de Ben fue todo un desafío con un brazo roto. No es que tuviera una montaña de bienes terrenales que mover. Ben se rio cuando llegué a su casa con dos cajas.

—No tenía idea de que fueras minimalista, Dra. Taylor —bromeó.

—Hay muchas cosas sobre mí que no sabes, Dr. Forbes.

—Sé que tienes el lunar en forma de corazón más lindo en la nalga izquierda. ¿Qué más podría necesitar saber?

—Hablas como un hombre que está buscando acción —sonreí.

—Oh, sí.

Ben me levantó y me llevó al dormitorio.

—Creo que empezaremos aquí —dijo con voz ronca—, y luego recorreremos toda la casa.

—¿En un día?

—Oye, yo estoy listo si tú lo estás.

—Ahora solo estás presumiendo, ¿verdad? —me reí.

—¿Estás impresionada? —ronroneó.

—En serio.

Ben me besó lenta y apasionadamente.

—Te amo, Peyton —susurró en mi oído y trazó con su lengua el lóbulo de mi oreja.

Tenía la piel de gallina por todo el cuerpo, y mis pezones estaban duros como el granito en anticipación a su toque.

—Te quiero desnuda —gimió y comenzó a desvestirme.

Estaba mareada de deseo mientras me quitaba la ropa. Cada toque de sus manos enviaba una sensación electrizante a mi centro. Ben fue gentil, cuidadoso de no lastimar mi brazo o mis costillas, que aún estaban magulladas por el impacto.

Mi amante se quitó la ropa mientras yo yacía de espaldas en la cama, observando cada movimiento que hacía.

—Eres tan sexy, Ben —sonreí.

—Aún no has visto nada, querida —dijo con una sonrisa y me atrajo suavemente al pie de la cama, de modo que mi trasero quedara cerca del borde.

Mi deseo se disparó unos cuantos niveles al pensar en lo que estaba a punto de hacerme. El vello de mi nuca se erizó cuando Ben se arrodilló al pie de la cama.

Cerré los ojos en anticipación. Mi amante guió mis tobillos sobre la cama, posicionándome perfectamente para que tuviera fácil acceso a mi núcleo húmedo e hinchado. Por primera vez desde que habíamos hecho el amor, entregué no solo mi cuerpo sino también mi alma al hombre que tan pacientemente había abierto mi corazón nuevamente al amor.

Con su lengua, Ben me saboreó y me provocó, y cuando pensé que no podía estar más excitada, me llevó más alto. Mi cuerpo temblaba mientras él chupaba, lamía y jugueteaba.

—Dime que me deseas —susurró cuando pensé que no podía soportar más.

—Te deseo, Ben —ofrecí sin una pizca de duda.

Fue entonces cuando se recostó sobre mí y se hundió excitadamente en mi interior. La sensación me llevó inmediatamente a un orgasmo explosivo. Gemí y jadeé emocionada mientras cabalgaba las olas del éxtasis. Mi clímax continuaba y continuaba. Interminable, cargado de placer.

Ben se movía dentro de mí, más rápido, más fuerte, hasta que su orgasmo explotó en mi ser.

—Te amo, Peyton —dijo de nuevo, su respiración aún acelerada por la excitación.

—Te amo, Ben.

Esta vez, realmente entendí lo que significaban esas palabras. Estaba verdaderamente enamorada.

* * *

—Mi familia está emocionada por conocerte —dijo Ben una tarde—. Pensé que podríamos invitarlos a almorzar el domingo. ¿Estarías de acuerdo con eso?

—Mmm, conocer a los padres. ¿Y si no les caigo bien? —pregunté, genuinamente nerviosa.

—Bueno, en ese caso, los extrañaré terriblemente —se rio.

—Vamos, Ben. Hablo en serio.

—Mi amor, ¿cómo puede alguien tan increíble ser tan insegura? Mi familia te amará, como yo lo hago.

—No es inseguridad, Ben. No sé si querrán que esté cerca de ti cuando se enteren de mi pasado. Y tampoco los culparía.

—Entonces, no se lo digamos. ¿De acuerdo?

—¿Y mentir?

—No es mentir. No tiene sentido contárselo a mi familia y preocuparlos innecesariamente.

—Gracias, mi amor —dije y atraje a Ben para un largo abrazo.

Vivir con él era increíble. Me traía café todas las mañanas y compartía las tareas de cocina conmigo. Ben nunca bebía demasiado, y *nunca* tenía una palabra desagradable para mí. Honestamente, era la más feliz que había sido jamás.

—Bien, entonces les diré este domingo. Haremos una barbacoa.

—Genial. Haré un pastel de queso.

—Y, así sin más, eres la mujer perfecta.

* * *

Me sentí un poco tonta después de haber estado tan nerviosa por conocer a la familia de Ben. Él tenía razón. Su familia era tan amable y tranquila como él.

—Mamá, papá, esta es Peyton. Cariño, te presento a Alan y Frances Forbes.

—Hola, Peyton —dijo Alan y me besó en la mejilla—. Encantado de conocerte.

—Oh, Dios mío —añadió Frances—, eres aún más hermosa de lo que Ben dijo. Es un placer conocerte, Peyton.

—¿Viene Owen, cariño? —le preguntó Frances a Ben.

—Sí, él y Suzy llegarán pronto.

Estaba ansiosa por conocer al hermano de Ben. Ben hablaba tan cariñosamente de él que sabía que me caería bien.

—Entonces, Peyton. Ben nos cuenta que tú también eres médica. ¿Ya has decidido qué especialidad vas a seguir? —me preguntó Alan.

—Todavía estoy sopesando mis opciones —dije, ya que honestamente aún no lo había decidido.

—Ben dice que eres muy inteligente —añadió Frances.

—Oh, es muy dulce —sonreí y me sonrojé.

—Es cierto. Eres una interna brillante. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas —arrulló Ben, haciendo que lo amara un poco más en ese momento.

—Gracias.

La puerta principal se abrió y entró un hombre muy apuesto acompañado de una mujer de pelo negro y una hermosa sonrisa. Owen se parecía mucho a Ben. Excepto que sus ojos eran diferentes.

—Hola, hermanito. Pasa. Hola, Suzy. Me alegro de verte —dijo Ben y abrazó a los recién llegados.

—Hola, soy Suzy —me saludó la encantadora mujer con una sonrisa—. Encantada de conocerte, Peyton.

—Hola, Suzy. Es un placer.

—Ah, la encantadora Peyton —dijo Owen, y me besó en la mejilla, antes de volverse hacia Ben y decir—: No sé de qué hablabas, Ben. No es tan fea.

Todos empezaron a reír. El hielo se había roto. Ben le dio una palmada en el hombro a su hermano y puso los ojos en blanco.

—Lo siento, Peyton. Te dije que mi hermano aún no estaba del todo domesticado.

La tarde pasó volando. La familia de Ben era encantadora, y fue realmente conmovedor ver a los dos chicos bromeando entre ellos. Suzy se ofreció a ayudarme a traer el pastel de queso y los platos de la cocina.

—Vaya. Ben está loco por ti —dijo una vez que estuvimos fuera del alcance del oído.

—Eso es bueno porque yo siento lo mismo por él.

—Es un chico encantador. Te has llevado uno bueno, Peyton —sonrió.

—Owen parece muy divertido.

—Y mucho más. Honestamente, me mantiene cuerda. Mi madre es un verdadero dolor de cabeza. Si no fuera por Owen, creo que habría aparecido en el Canal del Crimen hace mucho tiempo.

No pude evitar reírme.

—Lo siento, fue insensible de mi parte —me disculpé.

—No pasa nada. Yo también me reiría si no fuera una pesadilla —dijo y me guiñó un ojo.

—Sí, la familia puede ser una maldición —dije, tratando de no entrar en demasiados detalles.

—Así que lo sabes —Suzy sonrió.

—Oh, sí. Lo sé.

—Ben nos cuenta que eres nueva en Nueva York. ¿Te estás adaptando al ritmo?

—Me llevó un tiempo, pero creo que ya le he tomado la medida al lugar. ¿Hace mucho que vives aquí?

—Nacida y criada. ¿Ya has ido a un partido de béisbol?

—No, realmente no he tenido tiempo todavía. Ha sido una locura en el hospital. Ser residente no es para los débiles de corazón.

—Supongo que no.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en publicidad. Tengo el placer de tratar con aspirantes a estrellas pedantes. Aunque, pensándolo bien, supongo que he tenido una excelente práctica toda mi vida. Ya sabes, por mamá y todo eso —sonrió.

—Suena emocionante.

—Puede serlo.

—Entonces, ¿supongo que eres fan del béisbol?

—¡Oh, enormemente! Deberíamos ir alguna vez. Te encantará. Incluso te invitaré a un perrito caliente con todos los complementos.

—Me has convencido con lo del perrito caliente —sonreí.

Los padres de Ben se fueron alrededor de las 8 de la noche.

—Uf, comí demasiado —dije frotándome el estómago.

—Tu pastel de queso fue un éxito. Casi tanto como tú.

—Ah, gracias, Ben. Tu familia es encantadora. No sé por qué estaba nerviosa.

—Te lo dije. ¿Qué te pareció Suzy?

—Es muy agradable. Me invitó a ver un partido de béisbol con ella.

—Sí, Suzy sabe lo suyo cuando se trata de béisbol.

—Estoy deseando que llegue. Gracias, cariño.

—¿Por qué?

—Por creer en mí. En nosotros.

—¿Bromeas? Simplemente no quería que me demandaras por los gastos del hospital después de tu accidente —sonrió con sorna.

—Qué gracioso —dije y le di un puñetazo de broma en el brazo.

Ben me agarró el brazo y lo sujetó detrás de mi espalda.

—Cuidado, señorita —ronroneó—, solo tienes uno en este momento. Imagina lo que puedo hacerte si lo retengo —bromeó y me mordisqueó el pezón a través de la camisa.

—Eso me recuerda —me reí—, tienes que enseñarme más movimientos de karate, bribón.

—Por supuesto. Pero primero voy a mostrarte algunos de mis movimientos de ginecólogo —dijo, me levantó, me llevó al dormitorio y me hizo ver las estrellas.

* * *

—Hola, mamá, soy yo.

—Peyton, mi amor. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Mis pobres padres estaban en vilo desde que les había contado la verdad sobre Mateo. Me sentía tan mal por eso.

—Estoy bien, mamá. No pasa nada. Solo llamo para saludar.

—Oh, Dios mío. Se me paró el corazón por un momento. Qué amable de tu parte llamar, mi amor. ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, mamá. Me he mudado con Ben.

No les conté sobre el accidente. Ya había hecho pasar a mis padres por bastante.

—Ya veo.

—No te preocupes, mamá —dije cuando escuché su tono vacilante—. No es nada parecido a Mateo. Ben es encantador y muy protector conmigo.

—En ese caso, me alegro por ti, Peyton.

—Gracias, mamá. ¿Cómo están ustedes? Madi debe estar a punto de reventar la ropa.

—Sí, la pobre está teniendo más dificultades esta vez. También está muy ocupada con los niños. Ojalá me dejara ayudarla más. Pero ya conoces a Madison. Es una chica que lo hace todo por sí misma cuando se trata de su familia.

—Así es ella.

—¿Cómo estás realmente, Pey? Lo siento. Aquí estoy yo hablando sin parar sobre el embarazo de Madison.

—No seas tonta, mamá. Me alegro mucho por ella. Por favor, no te preocupes por mí. Estoy bien. De verdad. Estar con Ben ha marcado toda la diferencia. No sé qué habría hecho si no fuera por él.

—¿Cuándo podremos conocerlo?

—Tendré que pensarlo bien. Pero encontraré la manera de reunirlos a todos de forma segura.

—Odio que tengas que esconderte así, mi amor. No está bien.

—Yo también lo odio, pero conozco a Mateo. Los estará vigilando. Estoy tan agradecida de haber podido entrar y salir de la ciudad a escondidas para verlos la última vez. Me doy cuenta de que todavía contengo la respiración sin darme cuenta cada vez que salgo de casa o del hospital. Es una carga muy pesada.

—Él no te encontrará, cariño. Estás siendo muy cuidadosa. Y no te preocupes por nosotros. Entendemos tu situación. Es solo que te echo mucho de menos.

—Yo también te echo de menos, mamá.

Había aprendido a atesorar mis conversaciones telefónicas con mi familia. Madison y yo

hablábamos a menudo, y llamaba a casa para hablar con mamá y papá al menos una vez por semana. Estaba segura de que no podían rastrearme, ya que siempre usaba un teléfono desechable.

Por si acaso.

BEN

—Tengo una sorpresa para ti, preciosa —le dije a Peyton una mañana temprano cuando le llevé su taza de café habitual.

—Mmm, café —dijo con voz adormilada.

—De acuerdo. Tengo dos sorpresas para ti.

Peyton abrió los ojos y se giró sobre su espalda.

—Buenos días, guapo —sonrió y se estiró perezosamente.

—Hola, hermosa. ¿Dormiste bien?

—Como un tronco, gracias. ¿Qué es eso de una sorpresa?

—Te voy a llevar de viaje este fin de semana.

—¿Y el trabajo?

—Todo arreglado.

—Oh, suena divertido. ¿Adónde vamos?

—Esa es la parte de la sorpresa.

—No me vas a hacer pescar otra vez, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que no te has convertido en una fanática de la pesca? Y eso después de todo el tiempo que pasé limpiando tu captura. Qué grosera —bromeé y me incliné para besar sus hermosos labios.

—Oye, me alegro de que tengas tus pasiones. Pero yo soy feliz enviándote con una cesta de picnic y algunas cervezas.

—Bueno, qué se le va a hacer. No se puede culpar a un hombre por intentarlo. De todos modos, no, no es un viaje de pesca.

—En ese caso... ¡yupi! —dijo, bostezó y sonrió.

—Menos mal que eres tan linda. De lo contrario, dejaría tu trasero anti-pesca ahora mismo —dije y me metí en la cama con ella.

—Tengo otras cualidades que podrías encontrar agradables —ronroneó y metió la mano en mis pantalones cortos.

—Oh, ¿a quién le importan los peces, de todos modos? —sonreí y procedí a devorar a mi hermosa amante.

Hacer el amor con Peyton era una experiencia que siempre atesoraría. Desde que compartió su pasado conmigo, nuestra intimidad había adquirido una dimensión completamente nueva. Se había entregado a mí por completo, y eso marcaba toda la diferencia. No es que el sexo fuera malo antes, al contrario. Pero ahora había una ternura y una vulnerabilidad que era hechizante. Estaba profunda y completamente enamorado de ella.

El brazo de Peyton estaba curado y ya no se estremecía cuando se reía, así que supuse que los moretones alrededor de sus costillas también habían disminuido. Desafortunadamente, su psique todavía estaba un poco asustada.

Noté pequeñas cosas que hacía cuando creía que no la estaba mirando. Por ejemplo, revisaba el espejo retrovisor con demasiada frecuencia cuando íbamos a algún lado en coche. Claro, Nueva York era un lugar loco para conducir, pero aun así, sabía que estaba buscando a Mateo.

Además, se mordía el labio cada vez que salíamos de casa o del hospital. No podía imaginar por lo que estaba pasando, pero pensé en darle un respiro por unos días y llevarla a un retiro en la montaña donde solo estaríamos nosotros dos.

—¿Sabes esquiar? —le pregunté después de hacer el amor.

—¿Acuático, sobre hielo o sobre nieve?

—Sobre nieve.

—Un poco. No soy exactamente James Bond, pero me defiendo. ¿Por qué?

—Porque, mi deliciosa diosa del sexo, he reservado un alojamiento en la montaña donde lo único que haremos será esquiar, beber vino tinto y follar como conejos sobre una alfombra de piel frente a una chimenea durante tres días y noches enteros. ¿Qué te parece?

—Creo que eres el hombre perfecto —dijo Peyton emocionada—. ¿Cuándo nos vamos?

—¿Cuán rápido puedes hacer las maletas?

—¿Maletas? ¿Para qué? Parece que vamos a estar desnudos la mayor parte del tiempo. ¿Quién necesita ropa?

—¿Y ahora quién es perfecta? —me reí y le acaricié el cuello con la nariz.

* * *

—¡Oh, Ben! ¡Es perfecto! —exclamó Peyton cuando entramos en la cabaña privada que había reservado para el largo fin de semana.

La cabaña era más moderna de lo que esperaba, pero conservaba la sensación de estar escondida en el bosque. Estaba bastante satisfecho conmigo mismo, especialmente cuando vi la alegría y la

emoción en los ojos de Peyton.

—Hay una tienda cerca que alquila equipo de esquí. ¿Desempacamos y te conseguimos el equipo? —pregunté.

—Suena bien.

El dependiente de la tienda fue muy servicial y pronto Peyton y yo estábamos listos para esquiar un poco.

—Bueno —dijo, viéndose toda una profesional con su nuevo equipo—, allá vamos.

Peyton clavó los bastones en el suelo y se fue.

—¡Mentirosa! Me parece que has estado esquiando toda tu vida —me reí mientras pasaba zumbando junto a mí colina abajo.

—¡El que pierda tiene que limpiar después de la cena! —gritó ella.

Me até los esquís y salí corriendo tras la pequeña tramposa. Hizo falta un poco de habilidad para alcanzarla. Peyton había resultado ser cada vez más interesante a medida que la iba conociendo mejor.

Se estaba riendo histéricamente cuando la alcancé. ¡Misión cumplida! Peyton estaba libre.

—Eso fue increíble —dijo, recuperando el aliento.

—Estoy tan feliz de que lo hayas disfrutado, mi amor.

Las mejillas de mi querubín estaban sonrojadas y sus ojos brillaban mientras me sonreía. ¡Trabajo hecho!

—Vamos, regresemos a la cabaña —dije después de una hora y media.

—Excelente idea. Me vendría bien una copa de vino tinto y algo de comer. Había olvidado lo hambrienta que me pongo mientras presumo en la nieve.

—Ciertamente no olvidaré esto. Ya son dos veces que me has sorprendido. Primero la pesca y ahora esto. ¿En qué más eres experta?

—Enciende esa chimenea y te lo mostraré —dijo con una sonrisa traviesa.

—¿Dónde está ese telesilla? —dije y me quité los esquís.

Peyton se rio e hizo lo mismo. El teleférico nos llevó de vuelta a la montaña hasta la base del centro de esquí, y desde allí hicimos el viaje de diez minutos de regreso a la cabaña.

—Es tan tranquilo y pacífico aquí, Ben. Puedo escuchar mis propios pensamientos. Nueva York es muy emocionante, pero qué maravilloso debe ser vivir aquí en las montañas. Imagina, yo cultivaría hierbas en macetas en el alféizar y tú cazarías ciervos. ¿No puedes imaginarlo?

—Lo haces sonar tan factible, Pey.

—¿Por qué no podría serlo?

—Bueno, para empezar, tendría que abandonar un negocio muy lucrativo.

—No hay razón por la que no pudieras establecer tu consulta aquí. Serías un excelente ginecólogo de familia. Todas las amas de casa ricas y aburridas de la zona acudirían en masa al guapo doctor nuevo.

—¿Me estás prostituyendo?

—Absolutamente.

—¿Y qué hay de tu residencia, Dra. Taylor?

—Encontraría un hospital local y la terminaría aquí. Siempre he querido vivir en un pueblo pequeño donde sea la médica rural. Sería la Dra. Quinn, la mujer médico local —sonrió—. Excepto que, en lugar de ganar dinero a montones, intercambiaría mis servicios por patos, pollos y ciervos.

—¿Y nuestros hijos? ¿Los dejaremos correr salvajes por las montañas y recoger bayas para hacer tartas? —pregunté.

La expresión de Peyton cambió. De repente, estaba menos jovial.

¡Ben, eres un idiota!

—Lo siento, mi amor. No estaba pensando —dije y tomé su mano.

Me sonrió, pero pude ver que mi comentario sobre los niños la había perturbado.

—Está bien. Ya no duele tanto.

Estaba mintiendo para que me sintiera menos culpable, para proteger mis sentimientos, como si estuviera tratando de cuidarme. Me sentí como un elefante pisoteando torpemente un jardín de rosas.

Compartimos un baño caliente cuando regresamos a la cabaña. Abrí una botella de vino tinto y puse unos filetes a la parrilla mientras Peyton se secaba el cabello.

—Te ves acogedora —dije cuando salió del dormitorio.

—Hmm, huele bien aquí.

—Abrí la botella. ¿Te importaría servirnos una copa?

—Claro.

—¿Quieres algo de kale con tu filete? —pregunté cuando me entregó una copa de Merlot.

—Diablos, no. Odio el kale —dijo haciendo una mueca.

—Ooh, una verdadera carnívora.

—Sí, córtale los cuernos, límpiale el trasero y asustarla directo a la sartén. Así es como me gusta.

—Lo recuerdo. Habrías sido una mujer de las cavernas muy codiciada —me reí.

El estado de ánimo de Peyton había vuelto a ser juguetón. Como era antes de que lo arruinara. Estaba agradecido.

Nos sentamos a disfrutar de una agradable comida y luego nos retiramos junto al fuego. El resplandor de las llamas iluminaba su hermoso rostro.

—Estaba pensando en lo que dijiste —comenté mientras estábamos sentados juntos, mirando las lenguas ámbar.

—¿Qué parte? —preguntó.

—La parte sobre dejar atrás el caos de la ciudad y mudarnos a un lugar como este.

—¿Oh?

—Ajá. Puede que no sea una idea tan loca.

—¿En serio?

—Sí. Podríamos hacerlo funcionar. ¿Por qué no?

—Imagínate —dijo, mirando el fuego.

—Es un sueño que vale la pena perseguir.

—Oh, supongo que solo estoy siendo tonta —dijo después de una larga pausa—. Es demasiado perfecto.

—Sé lo que estás pensando, Peyton. Puedes hablar conmigo, ¿sabes?

—La verdad es, Ben, que no sé si alguna vez estaré verdaderamente contenta en algún lugar. Mereces saberlo. No sé si puedo vivir con la culpa de privarte de una vida feliz y relajada.

—Estás hablando de Mateo, ¿verdad?

—Sí. Nunca va a renunciar a mí. Sé demasiado.

—¿Y si él ya no fuera un problema? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si Mateo desapareciera para siempre?

—No me gusta el rumbo que está tomando esta conversación, Ben. Me prometiste que no harías nada imprudente.

—No estoy diciendo que lo haré. Simplemente sugiero que es una posibilidad.

Peyton empezó a morderse el labio inferior. No dijo nada, pero sabía que estaba preocupada por mí.

Me volví hacia ella y la tomé suavemente por los hombros para que me mirara.

—Mateo no es el único con conexiones, nena. Tengo acceso a militares que harán lo que les pida, dada la situación.

—No podría seguir adelante si te pasara algo, Ben. La pérdida sería demasiado grande.

—No me va a pasar nada. Lo prometo. Por favor, permíteme hacer algunas llamadas. Solo llamadas. Nada de heroísmos.

Los ojos de Peyton se llenaron de lágrimas. Limpié el rastro húmedo que una lágrima rebelde había dejado al deslizarse por su mejilla.

—De acuerdo —susurró.

—De acuerdo —repetí y la abracé contra mi pecho—. Quiero darte tu sueño, Peyton. Quiero que realices todos los sueños que hayas tenido. Son sueños hermosos.

Peyton me rodeó el cuello con sus brazos y sollozó. Reconocí la necesidad de desahogo, así que simplemente la sostuve hasta que se detuvo.

Después, hice el amor a mi preciosa Peyton frente a la chimenea. Fue hermoso porque estaba cargado de emoción. Me juré entonces que haría cualquier cosa y todo lo que estuviera en mi poder para asegurarme de que nunca más tuviera que derramar otra lágrima de arrepentimiento.

El fin de semana pasó volando, como todas las cosas que parecen demasiado buenas para ser verdad. Peyton y yo volvimos a la ciudad el lunes y para el martes ya estábamos de vuelta en la rutina. Mi lista de pacientes estaba llena, así que no vi mucho a mi amor durante varios días. Atender partos y cuidar la salud reproductiva de las mujeres me mantenía ocupado.

Pero, todo el tiempo, mantuve a una persona en mis pensamientos. Mateo García. Iba a atrapar a ese maldito psicópata asesino aunque fuera lo último que hiciera. Incluso si tenía que volar a México y hacerlo yo mismo.

Afortunadamente, no llegaría a eso. Tenía muchos contactos que estarían más que felices de desenmascarar a una basura como Mateo. El hombre era una mancha en los calzoncillos de la sociedad. No podía pensar en nada más deplorable que un hombre como él, y no descansaría hasta que fuera la perra de alguien en prisión, donde pertenecía, o estuviera dos metros bajo tierra.

Disfruta tu libertad, Mateo. No durará mucho. Voy por ti y voy a desatar la furia del infierno sobre tu cabeza asesina.

PEYTON

—Tengo una semana libre y me encantaría verte, Pey —dijo Alyssa una mañana mientras charlábamos por teléfono—. Me molesta no saber nada sobre dónde vives o cómo es Ben. ¿No puedo ir a visitarte?

—Lyssa. Ya sabes cómo me siento al respecto. ¿Y si Mateo está vigilando?

—Vamos, Pey. Han pasado meses y no hemos visto ni rastro de él. Tendré cuidado, lo prometo. Incluso me vestiré como una loca para que él, o quien sea que creas que me está vigilando, no me reconozca. Por faaavor.

No pude evitar reírme de su voz tonta. Supuse que tenía razón. Habían pasado casi seis meses desde que escapé de sus garras, y nadie lo había visto ni oído hablar de él. Además, realmente extrañaba a mi amiga.

—De acuerdo.

—¡Genial!

—Pero, por favor, sé que sueno como un disco rayado, Lyss, ten cuidado.

—Por supuesto.

—Le pediré a Ben que te recoja en el aeropuerto. Así no tengo que enviarte mi dirección. Es mejor para ambas si no tienes nada de eso en tu teléfono o computadora.

—O podríamos hacerlo al estilo Misión Imposible con una nota autodestructiva —dijo con un acento fingido.

—Ajá. ¿Y a qué cordillera envío la comunicación?

Alyssa se rio.

—Vale, olvídalo. No me gustan las alturas.

—¿Cuándo vendrás?

—A finales de la próxima semana, si no es demasiado pronto.

—No, eso funcionará. Hablando de eso, tendré que trabajar algunos turnos mientras estés aquí.

—No hay problema. Me mantendré ocupada.

—Genial.

Así que era oficial. Alyssa iba a conocer a Ben. En realidad, era emocionante. Sería la primera persona de mi círculo cercano en hacerlo. No me preocupaba que no le fuera a gustar Ben. ¿A quién no le gustaría? El hombre era casi perfecto.

Lo discutí con él a la mañana siguiente.

—Cariño, Alyssa quiere venir de visita. Le dije que está bien.

—Oh, qué bien. Será encantador conocer a tu mejor amiga. ¿Cuándo viene?

—A finales de la próxima semana.

—Estoy deseando que llegue.

—¿Me harías un favor y la recogerías en el aeropuerto, por favor, Ben?

—Por supuesto.

—Gracias —dije y lo abracé.

—Cuidado, tengo que ir a trabajar ahora. Si sigues presionando ese cuerpo irresistible contra mí, alguien más tendrá que atrapar a los bebés hoy —dijo con voz ronca.

—Vaya, Dr. Forbes —reí—, ¿qué diría la junta?

—Ni una maldita cosa si pudieran verte desnuda —se rio y me besó apasionadamente.

—Será mejor que me dejes ir entonces, mi amor.

—¡Uf! Está bien, pero terminaremos esto más tarde.

—Sí, señor.

—Oh, me gusta eso —dijo y me dio una palmada en el trasero.

Estaba emocionada por la visita de Alyssa. Había algo especial en estar con alguien que te ha conocido casi toda la vida. Alyssa y yo habíamos pasado por todos los hitos juntas, y ella me conocía mejor que nadie. Incluso guardaba las pequeñas notas y cartas que le escribí cuando éramos adolescentes.

Una vez sacó una caja y sacó un montón de cartas. Nos reímos mucho mientras las leíamos. No podía creer que fuera tan loca en aquel entonces. Cómo el tiempo y las circunstancias cambiaban la perspectiva de uno sobre la vida. Lo que no hubiera dado por volver el reloj atrás a una época en la que mi mayor preocupación era qué ponerme para la fiesta de cumpleaños de Macy.

Las semanas pasaron volando en una nebulosa y antes de darme cuenta, era viernes y Ben se iba a recoger a Alyssa al aeropuerto. Me preguntaba de qué hablarían los dos en el camino a casa. Imaginé que mi mejor amiga interrogaría a Ben de manera muy sutil, y me pregunté si él se daría cuenta.

Bajé cuando oí el coche de Ben llegar.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —la voz de Alyssa resonó desde el vestíbulo.

—¡Hola! —grité y la abracé con fuerza.

—Oh —dijo y se aferró con fuerza—, ¡es taaaan bueno verte!

Nos quedamos así por un buen minuto.

—Es increíble —me susurró al oído.

—Lo sé —susurré de vuelta.

—Muy bien, chicas —dijo Ben después de dejar la maleta de Alyssa en el suelo—. Tengo que volver al trabajo. Nada de fiestas y no quemen la casa mientras vuelvo al trabajo para traer el pan a la mesa —sonrió.

—Gracias, cariño —dije y lo besé antes de que se fuera.

—De nada, preciosa. Te veo luego.

—Nos vemos.

Me había arreglado para tener el día libre, así Alyssa y yo podríamos pasarlo juntas. Había tanto de qué ponernos al día.

—Te he traído un pequeño detalle —anunció mientras desempacaba—. Toma.

Me entregó un sobre.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Dentro había trozos de papel doblados. Desplegué uno y vi que era una carta. La leí en silencio mientras Alyssa seguía desempacando.

Querida Peyton:

Estoy tan celosa de que Lyssa pueda pasar la semana contigo. Ojalá fuera yo. Te extraño, hermanita.

La bebé está creciendo como mala hierba. Parece que cada día gano otra nalga. Los niños están impacientes. No paran de preguntar si estoy segura de que el bebé es una niña. Les mostré la imagen de la ecografía y ahora están convencidos de que su nueva hermana es un alien. El pobre Jamie quedó completamente asqueado cuando le expliqué de dónde "saldrá" su hermana. Te digo, tener tres niños pequeños va a ser complicado. Ojalá estuvieras aquí para compartir mi locura.

Pienso en ti a menudo, Pey. No puedo creer que hayas pasado por tanto tú sola. Eres muy valiente, hermanita. Espero que podamos pasar más tiempo juntas pronto. Una vez que nazca la bebé, todas las manos estarán ocupadas por aquí. Intento escabullirme para una siesta rápida por la tarde cuando los niños tienen la suya, pero ¿cuáles son las probabilidades de que los tres niños duerman al mismo tiempo una vez que nazca Gabbi? Ah, sí, hemos decidido llamarla Gabriella.

En fin, me alegra que Alyssa esté contigo un tiempo. Espero que nos visites pronto. Te quiero,

Peyton. Estoy aquí si necesitas hablar.

Abrazos y besos

Madison

—¡No! Para de llorar, tú —dijo Alyssa cuando vio mis lágrimas—. Se suponía que esto te haría feliz, no triste.

—¡Uf! No puedo evitarlo. Esto es tan considerado, Lyssa.

—Me temo que no puedo llevarme el crédito. Cuando le conté a tu familia sobre mi visita, insistieron en enviarte una nota cada uno. Tu familia te quiere mucho, Pey.

—¿Sabes, Lyssa? Es una locura cómo damos por sentado a la familia y los amigos hasta que están a miles de kilómetros de distancia. Me alegro tanto de que me hayas insistido en visitarlos. He tenido tanto miedo de que alguien saliera herido, pero ahora veo que en realidad me estaba haciendo más daño a mí misma.

—Ajá. Esa es la verdad. ¿Por qué deberías alejar a las personas que te quieren por miedo a un hombre?

—No es exactamente tu amenaza promedio, Lyssa.

—Entiendo eso, y no disminuyo ni por un momento la amenaza que representa para todos nosotros, pero ya no estás sola. Todos estamos aquí para ti y te protegeremos.

—Te quiero, Lyssa.

—Bueno, ya basta de eso —dijo y sacó una bolsa de papel marrón—. ¡Vamos a llevar esta reunión al siguiente nivel!

Alyssa sacó una botella de tequila y tres limones.

—¡Indícame dónde está la sal y los vasos de chupito, por favor, doctora!

—Ven conmigo, loca. Sígueme.

Las dos pasamos la tarde riendo como adolescentes mientras recordábamos nuestros años de juventud. Ya estábamos bien encaminadas a emborracharnos cuando Ben se unió a nosotras después del trabajo.

—Veo que ustedes, señoritas, tuvieron un buen día —sonrió cuando lo abracé y besé.

—¡Sip!

—¿Tienen hambre, chicas?

—Mucha —respondió Alyssa.

—Pondré unos filetes en la parrilla —guiñó el ojo.

—No tendrás otros guapos como tú esperando entre bastidores, ¿verdad, Ben? —sonrió Alyssa.

—No —arrullé—. Rompieron el molde después de mi Adonis.

—Será mejor que ase esa carne, STAT —se rio Ben.

* * *

—Entonces... ¿de qué hablaron tú y Alyssa ayer en el camino de regreso del aeropuerto? —le pregunté a Ben cuando nos despertamos a la mañana siguiente.

—No puedo revelar mi información confidencial —se rio y mordisqueó mi pezón.

—No intentes distraerme, tramposo —solté una risita y le di una palmada en el trasero desnudo.

Ben cubrió mi boca con la suya y me besó, lenta y profundamente. ¿Qué demonios? Era inútil activar mi cerebro cuando hacía eso. Todo en lo que podía concentrarme era en tenerlo dentro de mí para poder cabalgar la mágica ola del orgasmo hasta su conclusión estremecedora.

Los dedos mágicos de Ben exploraron mi cuerpo y pronto nos movíamos juntos en un frenesí de deliciosa fricción. Eché la cabeza hacia atrás cuando exploté en un clímax estremecedor. Ben me siguió casi al instante.

Apoyé la cabeza en su pecho húmedo mientras tratábamos de recuperar el aliento.

—Ciertamente sabes cómo manejar el clítoris, Doc —jadeé.

—Bueno, soy un ginecólogo hábil, ¿sabes? Tengo años de intenso escrutinio y ciencia respaldándome —se rio entre dientes.

—¿Has tenido muchas amantes?

—¿Por qué? ¿Estás celosa?

—Extremadamente —dije y le mordí suavemente el pezón.

Ben se estremeció.

—¡Uf! No vi venir esa, niña traviesa.

—¿Qué piensas de Alyssa? —pregunté de nuevo.

—Es encantadora. Puedo ver por qué tú y ella son tan cercanas. Es un ser humano genuino. Estoy seguro de que no tengo que decirte cuánto te quiere. Dejó muy claro que me arrancaría la columna vertebral si hacía algo para lastimarte. Y le creí.

Me reí ante la idea de Alyssa señalando con el dedo a Ben, amenazándolo. Obviamente, habría sido más sutil, pero me imaginé que su mensaje llegó alto y claro.

—Creo que su naturaleza protectora se ha intensificado un poco desde el desastre de Mateo. Me temo que toda mi familia ha estado en alerta máxima. Ella tiene buenas intenciones.

—No me malinterpretes. No me molestó en absoluto su franqueza. De hecho, me hace que me agrade más. Al menos sé de qué lado está.

Era sábado, así que Ben no tenía que ir a trabajar. Yo, por otro lado, tenía que dar la cara en el hospital o me darían una patada.

—Ojalá no tuviera que trabajar hoy —me quejé cuando me arrastré a regañadientes fuera de la cama.

—Lo sé. Te voy a extrañar. No te preocupes por Alyssa. La llevaré a hacer un recorrido por la ciudad, ya sabes, cosas de turistas.

—¿No te importa, cariño?

—Oye, creo que es una buena manera de mantenerme en su lado bueno —sonrió con picardía—. Necesito todos los puntos que pueda conseguir.

—Tienes más puntos de los que jamás necesitarás, pero es un gesto muy amable. Gracias, mi amor.

—De nada.

Me di una ducha rápida, me vestí y me fui a trabajar, dejando a Alyssa durmiendo y a Ben poniéndose al día con algunos informes. Fue un buen día. Nadie murió.

La visita de Alyssa pasó en un abrir y cerrar de ojos. Lloré a mares cuando Ben la llevó de vuelta al aeropuerto. Él fue especialmente dulce conmigo una vez que ella se fue: me enseñó algunos movimientos extra de karate 101 para distraerme.

No es que mi entrenamiento me llevara a un nivel experto. No con todo el sexo que parecía iniciarse cada vez que me ponía de espaldas en el dojo. Pero, oye, no me estaba quejando.

Mi vida era perfecta. Bueno, casi.

BEN

Peyton estaba en un momento de euforia. La semana que había pasado con Alyssa le había sentado de maravilla. Intenté distraerla lo mejor que pude una vez que su mejor amiga se fue, pero, sinceramente, sabía que solo había una manera de que el amor de mi vida fuera realmente feliz. Tenía que hacer algo con respecto a Mateo. Necesitaba desaparecer del panorama. Por completo.

Pero, ¿cómo? ¿Cómo lograría la tarea hercúlea de llevar a Mateo ante la justicia en un lugar donde parecía estar protegido por todos lados?

Peyton y yo habíamos hablado sobre ello durante nuestro fin de semana de esquí, pero no había hecho nada al respecto. Me di cuenta después de que Alyssa hubiera venido y se hubiera ido que era el momento de cumplir mis promesas, así que llamé a un amigo mío que había servido conmigo en las fuerzas armadas.

—¡Doc! ¿Cómo estás? —me saludó Sam cuando contestó mi llamada.

—Hola, Sam. Todo bien. ¿Cómo van las pelotas?

Era una pequeña broma que compartíamos. Sam casi pierde el testículo izquierdo una noche durante un ataque enemigo cuando una bala le rozó sus partes nobles. Afortunadamente, yo estaba de guardia y pude evitar que sufriera una castración involuntaria.

—Colgando alegremente, gracias, Doc. ¿A qué debo el placer, Ben?

—¿Estás libre para tomar algo esta semana? Tengo un pequeño proyecto encubierto para ti.

—Suena intrigante. Cuenta conmigo. ¿Qué tal mañana por la noche?

—Genial. Te enviaré la ubicación.

—Me alegro de saber de ti, Ben. Nos vemos mañana.

—Gracias, Sam.

Peyton estaba en el turno de noche toda esa semana, así que no tenía que preocuparme por dejarla sola en casa. Nunca se lo dije, pero me ponía nervioso cuando ella estaba allí sola. Incluso contemplé la idea de comprar un perro grande para protegerla, pero ambos estábamos demasiado ocupados con nuestras carreras para cuidar de un cachorro. Así que, en su lugar, instalé un sistema de seguridad de primera.

Me reuní con Sam la noche siguiente a las 6 pm para tomar una copa y charlar.

—Te ves bien, Ben. ¿Sigues acariciando tetas y clítoris? —se rio.

—Sí. ¿Sigues dando palizas a los transgresores y vigilando a los cónyuges infieles?

—¡Ay! Buena esa. Sí, sigo siendo la respuesta a todos los asuntos clandestinos y de otro tipo. Debo decir que pareces un hombre que no tiene una bala en la recámara. ¿Quién es ella?

—¿Tan obvio es?

—Sí.

—Supongo entonces que esta no es una visita social.

—Me temo que no. Sam, tengo un problema muy grande y necesito tu ayuda.

—Suena serio, Ben. ¿Estás en peligro? —preguntó Sam con una mirada de genuina preocupación.

—Yo específicamente no, pero mi novia podría necesitar ayuda.

—De acuerdo. Te escucho.

Le conté a Sam toda la sórdida historia, después de lo cual me dijo que investigaría el asunto en mi nombre.

—Este tipo suena como un verdadero canalla. No va a ser fácil tomar la medida de él estando en México. Pero tengo algunos contactos de confianza con los que puedo hablar.

—Genial. Como te dije, por favor, ten cuidado con quién hablas allá. Este tipo tiene a las autoridades locales en el bolsillo, así que pedirle ayuda al hombre equivocado podría terminar en un lío desagradable.

—Te entiendo, Ben. No te preocupes por eso. Como dije, conozco a algunas personas de calidad en la Ciudad de México. Necesitaré unos días para poner la bola en movimiento, pero no debería llevar mucho tiempo.

—Gracias, Sam. Lo aprecio.

—No hay de qué, Doc. Te debo al menos eso, considerando que lograste salvarme el huevo izquierdo.

Me reí de su mueca.

—Eres muy amable, Sam —dije y le di una palmada en la espalda.

—Cuéntame sobre tu nueva chica.

—Peyton también es médica, una residente, inteligentísima e incluso más sexy de lo que es inteligente.

—Debo decir, Ben, que nunca te había visto tan lírico sobre una mujer. Debe ser algo especial.

—Estoy loco por ella.

—Parece que ha pasado por mucho con ese tal Mateo.

—Sí. Irías allí y lo matarías con tus propias manos si te contara todas las cosas despreciables que le ha hecho. La arrojó por unas escaleras mientras estaba embarazada de su hijo. ¿Qué clase de monstruo le hace eso a una mujer?

—Uno que necesita ser eliminado de la civilización, diría yo.

—Sí.

—Veamos qué puedo desenterrar sobre él primero. Ya le daremos su merecido después —sonrió Sam.

—Trato hecho.

—Mientras tanto, no se te ocurran ideas de Karate Kid. ¿Me entiendes, amigo?

—Ajá.

—Lo digo en serio, Ben. Déjamelo a mí. No puedo permitir que te metas en una situación de la que no puedas escapar.

—Esperaré por ti.

—Hazlo. Ahora, cómprame un whisky y dejemos de hablar de trabajo.

* * *

Sam me devolvió la llamada tres días después. Había estado esperando saber de él con inquietud, revisando mi teléfono en busca de llamadas perdidas cada vez que me alejaba del maldito aparato.

—Sam. Dime qué pasa.

—Hola, Ben. Diablos, no bromeabas sobre este tipo. Es mala noticia a una escala épica.

—Te dije que no era bueno.

—He tenido a alguien vigilándolo durante unos días. Tiene algunos hábitos interesantes.

—Me lo imagino.

—Le gusta golpear al sexo débil. Mi contacto lo siguió a una casa de mala reputación, si entiendes lo que quiero decir, y digamos que le gusta dejar a sus prostitutas maltratadas y magulladas.

—No puedo creer que este hombre estuviera casado con Peyton. La idea simplemente me deja atónito, Sam.

—Los sociópatas son muy encantadores cuando quieren serlo. Eso es lo que los hace tan difíciles de detectar. Es un hombre benevolente, exitoso, encantador y aparentemente bastante atractivo, según la mayoría. Pero rasca un poco la superficie y sale un monstruo de la naturaleza.

—Necesito detenerlo, Sam.

—No. Tú no "necesitas" hacer nada con Mateo García. Necesitas cuidar de Peyton. Yo vigilaré al tipo hasta que hayamos pensado en un castigo apropiado.

—¿Qué tenías en mente?

—Eso depende de ti, supongo.

—¿Qué quieres decir?

—Si lo quieres muerto, lo haremos. Pero alguien como Mateo estará mejor en prisión donde pueda recibir un poco de su propia medicina por su comportamiento abominable. Si entiendes lo que quiero decir. La muerte es demasiado fácil para este payaso.

—Estoy de acuerdo. Debe pudrirse en prisión donde los reclusos puedan mostrarle algo de cariño. Además, ¿de qué sirvo como persona si me convierto en un asesino? No podría mirar a Peyton a los ojos.

—Exactamente lo que pensaba.

—Solo hay un problema. No hay manera de que sus conexiones se queden de brazos cruzados si lo arrestan en México. Es un activo demasiado valioso para la policía. El hombre es bastante generoso con sus pesos cuando se trata de sobornar a los policías. Es la gallina de los huevos de oro para ellos.

—¿Cómo vamos a superar eso? —pregunté, irritado por este obstáculo crítico en mis planes.

—Bueno, la única forma de que esto funcione es hacer que lo arresten en suelo estadounidense.

—¿Pero qué hay del tratado de extradición? El gobierno simplemente lo enviará de vuelta a México.

—Cierto. Pero al menos entonces México tendrá que hacer algo. Estará en todas las noticias. ¡Qué jugosa historia para la prensa! ¿Has visto alguna vez a los medios descender como moscas sobre un excremento cuando se mencionan las palabras asesino en serie? Mateo García será un titular internacional.

—Sí, supongo que matar a dos esposas e intentar hacer lo mismo con otra hará que las lenguas se muevan.

—Y mucho más —repitió Sam—. No creo que tengas que preocuparte mucho por Mateo García después de eso. Además, las familias de sus esposas anteriores también pedirán sangre.

—De acuerdo. Ahora, ¿cómo lo traemos aquí? No es probable que acepte una invitación para cruzar la frontera de visita. ¿Cómo lo traemos aquí? —pregunté.

Sam tenía razón. Tendría que haber una zanahoria bastante grande colgando en algún lugar de los Estados Unidos para que Mateo dejara México, donde su nido estaba cómodamente emplumado.

—Hay una forma que se me ocurre —comenzó Sam.

Sabía exactamente lo que iba a decir.

—¡Absolutamente no! No usaré a Peyton como cebo. Ya ha pasado por suficiente. Además, está tan traumatizada por ese bastardo que dudo que pudiera hacerlo incluso si se lo pidiera. Así que no. Lo siento, Sam. Tendremos que pensar en otra manera.

—Eso hace que mi plan sea más difícil, Ben, pero no imposible. Déjame ver si puedo hacer que mis contactos sugieran una forma. De todos modos lo están vigilando, así que tal vez puedan averiguar más sobre sus hábitos. Quizás esté planeando viajar a algún lugar pronto. Lo atraparemos entonces.

—Gracias, Sam. Realmente aprecio esto. Te debo una grande, amigo mío.

—Tonterías. No me debes nada. Lo que sea por un compañero soldado. Ya lo sabes.

—De acuerdo. Mantenme informado, por favor, Sam. Necesito saber en el momento en que Mateo siquiera piense en salir de México.

—No te preocupes con tus delicadas manos de cirujano, Ben. Tengo a mi hombre sobre él las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

—Ya me siento mejor. Hablamos pronto. Gracias, Sam.

—Claro que sí.

Me sentí mucho mejor después de haber hablado de la situación con Sam. Todavía estaba furioso porque no podía llegar al monstruo que había lastimado tanto a mi Peyton, pero al menos estábamos un paso más cerca de obtener justicia.

Peyton estaba bien. Aunque sabía que extrañaba a su familia. Casi esperaba que saltara al bolso de Alyssa y volara a casa con ella. Me preguntaba cuándo sería el próximo viaje. Estaba intranquilo la primera vez que viajó para ver a sus padres y hermana. Eso fue antes de que supiera sobre Mateo.

No podía imaginar lo enfermo de preocupación que estaría la próxima vez que decidiera ir. Al menos el tipo de Sam estaba vigilando a Mateo, así que aunque siempre estaría en el fondo de mi mente, al menos estaría donde pudiéramos mantenerlo vigilado.

Llamé a Peyton.

—Hola, preciosa mujer.

—Vaya, hola Doctor Dedos de Oro. Esta es una agradable sorpresa.

—¿Te gustaría salir a cenar más tarde?

—Eso suena encantador. ¿Dónde estabas pensando?

—¿Qué te apetece?

—Hay un nuevo restaurante chino en el centro. Olivia dice que es la bomba.

—Chino será, mi hermosa.

—Estás de buen humor.

—En efecto.

—¿Cuál es la ocasión?

—Vamos. No me obligues a ponerme cursi contigo.

—Inténtalo. Estoy segura de que puedo soportarlo.

—Está bien, pero tú lo pediste —dije y escuché a Peyton riéndose en la línea—. No hay ocasión, Pey. Solo te amo tanto. Lo suficiente como para alimentarte con lo que tu precioso corazón desee.

—Está bien, espera. Necesito encontrar un cubo —bromeó.

—¿Ves? Te lo dije —me reí.

—Sí. Ciertamente me advertiste.

Se rió a carcajadas.

—Yo también te amo, Ben. Y más tarde esta noche, cuando esté toda excitada por el cerdo mu shu, te mostraré cuánto.

—¡Yupi! ¡Sexo!

—No cualquier sexo, cariño. Sexo dulce y pegajoso inspirado en la comida china.

—Creo que será mejor que cuelgue ahora —gemí—. Mi próximo paciente está esperando, y tengo una erección muy molesta con la que lidiar.

—¿En serio? ¿Quieres saber de qué color es mi tanga?

—Para ya, pequeña pícara.

—Rojo.

—Voy a colgar ahora.

—Cobarde —soltó una risita.

—Adiós, cariño.

—Hasta luego, sexy.

Hmm, ¿qué hacer con una erección desenfrenada? Tenía algunas ideas, pero mi paciente estaba esperando, así que pensé en lo menos sexy que pudiera imaginar. No tuve que pensar mucho.

El pensamiento de Mateo García se encargó de mi creciente problema.

PEYTON

Madison estaba a punto de dar a luz en cualquier momento, y mi corazón dolía. Quería estar con ella. ¿Sería porque estaba emocionalmente afectada por el hecho de que mi bebé también habría nacido pronto? Tal vez. ¿Quién podría realmente entender el corazón de una mujer que ha perdido un hijo?

—¿Qué te pasa, mi amor? —preguntó Ben.

—Nada. ¿Por qué?

—Vamos. Conozco esa mirada. Además, te estás mordiendo el labio otra vez.

—Uf. Odio que hayas aprendido a conocerme tan bien —dije y puse los ojos en blanco.

—Ajá. Así que será mejor que me lo digas.

—Quiero estar con Madison cuando tenga a su bebé. Es una tontería, ¿verdad?

—No creo que sea una tontería en absoluto. Es tu hermana.

—Lo sé, pero tengo trabajo y no es seguro y...

—Shhh... está bien, mi amor. Si esto es lo que necesitas, hazlo.

—No puedo simplemente irme, Ben.

—Por supuesto que puedes. Me encargaré de que tengas unos días libres en el hospital. ¿Eso ayudará?

—No puedo pedirte que hagas eso. Imagina cómo murmurarán las lenguas. Los otros residentes se pondrán furiosos. Ya es bastante malo que esté durmiendo con el guapísimo "jefe". Esto realmente les molestará.

—Eres tan buena para mi ego —se rio Ben—. Son adultos, cariño. Simplemente tendrán que superarlo y lidiar con ello. Además, ¿realmente te importa lo que piensen?

—No, supongo que no.

Me mordí el labio de nuevo.

—Estás preocupada por Mateo, ¿verdad?

—¿Cómo puedo permitirme no estarlo? No confío en el silencio, Ben. Estaba convencida de que estaría esperando entre bastidores, escondido en algún lugar en las sombras, solo esperando a que yo cometa un error.

La expresión de Ben cambió. Fue sutil, pero lo noté inmediatamente. Había perfeccionado mis habilidades para leer el lenguaje corporal mientras estaba con Mateo. Es vital poder leer a alguien cuando tu caja torácica depende de ello.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo, Benjamin Forbes?

—Está bien, no te enojes.

—Oh, Ben. ¿Qué hiciste?

—Nada loco. ¿Recuerdas cuando estábamos en la cabaña y te dije que tenía un contacto?

—Sí, lo recuerdo.

—Lo llamé hace unas semanas.

—¿Qué le dijiste?

—Le expliqué nuestra situación.

Mis niveles de ansiedad estaban por las nubes mientras esperaba que Ben me dijera lo que había discutido con su contacto.

—Su nombre es Sam. Él y yo servimos juntos en el ejército. Tiene una empresa de seguridad e investigaciones aquí en Nueva York. Le conté que estábamos preocupados por Mateo, y llamó a uno de sus contactos en México que ahora está vigilando a Mateo.

Me levanté y fui a la cocina de concepto abierto por un vaso de agua. Tenía la boca tan seca que sentía como si hubiera estado chupando bolas de algodón.

—Al menos ahora sabemos dónde está, Peyton.

Bebí un poco de agua y volví a mi asiento en la sala de estar.

—¿Estás diciendo que alguien lo está vigilando?

—Sí. Las veinticuatro horas, los siete días de la semana, mi amor. Y Sam prometió mantenerme informado en todo momento.

Me sentí extrañamente en paz por primera vez desde que dejé México. ¿Era cierto? ¿Era hora de relajarme un poco y no preocuparme tanto desde el amanecer hasta el anochecer, mirando por el espejo retrovisor en busca de ese rostro que atormentaba mis sueños?

—Gracias, Ben —dije suavemente, más para mí que en voz alta.

—Te dije que no te lastimaría más. Estoy aquí, Peyton. Estoy cuidando de ti y seguiré haciéndolo por el resto de mi vida.

Rodeé el cuello de mi amante con mis brazos y lo abracé fuertemente.

—Así que, ya ves, si quieres ir y estar con Madison cuando dé a luz a tu sobrina, deberías

hacerlo. Yo me encargaré de todo aquí en casa. ¿Cuánto tiempo quieres estar allí?

—Una semana debería ser suficiente. Madison puede dar a luz en cualquier momento.

—Hecho.

—Te amo, Ben. ¿Qué haría sin ti?

—Esperemos que nunca tengas que averiguarlo —sonrió.

* * *

No le dije a mi familia que iba. Quería que fuera una sorpresa. Ben me dejó en el aeropuerto y observó hasta que estuve segura en el avión. Estaba mucho más tranquila que la última vez que me aventuré fuera de la ciudad de Nueva York.

Al principio, estaba enojada con Ben por contarle a Sam sobre Mateo. Pero, a medida que tuve tiempo para pensarlo, me di cuenta de lo angelical que había sido al hacerlo. La idea de que alguien supiera dónde estaba mi marido en todo momento fue el catalizador que necesitaba para empezar a vivir como alguien que había sido liberada de su jaula.

El avión aterrizó a las 7 de la tarde. Decidí llamar a un taxi para que me llevara a la casa de Madison, pero cuando encendí mi teléfono, tenía un mensaje de mamá diciéndome que mi hermana había entrado en trabajo de parto esa tarde y que ella y su esposo, Craig, estaban en el hospital. No podía creer lo perfecto que era el momento de mi visita.

Llamé a un taxi y le dije al conductor que me llevara directamente al hospital.

Fui directamente a recepción y pregunté en qué habitación estaba. Un animado camillero me mostró el piso en el que se encontraba y pronto pude escuchar los gemidos de una mujer en pleno trabajo de parto provenientes de una de las salas de parto. Asomé la cabeza por la puerta.

—¡Peyton! —gritó Madi a todo pulmón entre sus respiraciones de Lamaze.

—Hola, tú —sonreí—. ¿Qué es todo este ruido? Cualquiera pensaría que alguien está teniendo un bebé.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó su marido con una sonrisa y me abrazó.

—Alguien tiene que echarle una mano a Madi cuando la tuya esté aplastada.

—No me lo puedo creer —dijo Madi, con lágrimas en los ojos.

Me acerqué a su cama y le cogí la mano.

—Sorpresa —me reí.

—¡Uf! Hee... hee... hee... hoo... hoo... hoo... Ay, esa fue grande —gimió entre lágrimas.

—¿Mamá sabe que estás aquí?

—Todavía no. ¿Dónde está?

—Está cuidando a los niños —respondió su marido y limpió la frente de Madi con un paño húmedo.

—¿Quieres que te traiga unos trocitos de hielo, hermanita? —pregunté.

Madison respiraba con dificultad. Asintió.

Salí de la habitación un momento y fui a la máquina de hielo. Tenía sentimientos encontrados por estar allí con Madi. Tristeza por el bebé que había perdido y alegría por la nueva vida que mi hermana estaba a punto de traer al mundo.

Me quedé junto a la máquina de hielo un rato para recomponerme. El día era de Madison y su marido. No iba a empañar su alegría y emoción llorando por mi propia desgracia.

Craig parecía bastante estresado cuando volví a la habitación.

—¿Quieres ir a tomar un café rápido, Craig? Yo me quedo aquí con Madi —ofrecí.

—¿Te importa, cariño? —le preguntó a Madison.

—No, está bien.

—Vale, genial. Necesito hacer unas llamadas rápidas. Vuelvo enseguida, ángel. Lo estás haciendo de maravilla. Te quiero. Gracias, Peyton.

—No hay problema.

—¿Cómo estás, hermanita? —me preguntó Madi una vez que Craig estaba fuera del alcance del oído.

—Todo bien, Madi.

—No puedo creer que estés aquí —dijo de nuevo—. Muchas gracias por venir.

—Por supuesto. Me alegro de haber llegado a tiempo. Recibí el mensaje de mamá cuando encendí el teléfono después de que aterrizara el avión. Fue por los pelos.

—Creo que Gabi debía saber que venías —se rio Madi.

—O algo así.

Sumergí el paño en agua fría y limpié la frente sudorosa de mi hermana. ¿Cada cuánto son las contracciones?

—Cada tres minutos más o menos. Tiene prisa, eso seguro.

—Diría que tu niña es una superdotada como su madre. Viene adelantada, ¿no?

—Sí. Unos días. Esto es nuevo para mí. Los niños se retrasaron.

—Suena lógico —me reí—. Gabi está ansiosa por entrar en ese fuerte. Espero que sus hermanos estén preparados para ella. Si es una verdadera Taylor, los va a mantener en vilo desde el principio.

—Aquí viene otra —gimió Madi antes de lanzarse a otra sesión de respiración psicoprofiláctica.

—¡Dios mío! Esa ha sido la peor hasta ahora. Vamos, Gabi, es hora, mi amor. Vamos a sacarte de ahí y traerte al mundo —le dijo a su vientre contraído.

Una enfermera entró en la habitación, revisó la lectura del monitor y nos sonrió.

—Voy a hacer un examen interno rápido para ver cuánto has dilatado, señora Theron.

—Hola —dije—. Soy su hermana, Peyton.

—Hola, Peyton. Soy la enfermera Rogers. Encantada de conocerte.

—Peyton es médica —anunció Madi con orgullo.

—¿Ah, sí? Bueno, eso es algo bueno. Nunca están de más unos ojos extra en el asunto —sonrió la enfermera. Me cayó bien. Era dulce.

—Bien. Ya estás lista. Diez centímetros —dijo—. Voy a avisar rápidamente al equipo —dijo y salió de la habitación.

No quería estar en el extremo más comprometido del parto. Estaba allí para apoyar a Madi.

—Voy a salir un segundo a buscar a Craig —dije y besé a Madi en la mejilla.

—Gracias, hermanita.

Me dirigí a la cafetería por la que había pasado al entrar. Craig caminaba de un lado a otro, hablando con alguien por teléfono. Asentí cuando me vio, momento en el que terminó la llamada y caminó hacia mí.

—Es la hora, papá —sonreí—. Será mejor que entres.

—Gracias, Peyton. Estoy tan feliz de que estés aquí.

—Yo también, Craig —dije y lo vi correr de vuelta a la sala de parto de Madi.

En ese momento me pregunté cómo habría sido mi vida si hubiera dado a luz a mi hija. ¿Habría sido difícil criarla yo sola? Dicen que las cosas pasan por una razón. Me lo repetía una y otra vez para aliviar el dolor de una pérdida tan grande.

Mis pensamientos me llevaron de vuelta a Mateo. Todos mis caminos mentales parecían terminar en su puerta. Decidí darles privacidad a Madi y Craig. El milagro del nacimiento era una celebración para los futuros padres, y yo no iba a ser el mal tercio.

Mi estómago hizo un ruido hueco, y me di cuenta de que no había comido desde el desayuno. Había estado demasiado nerviosa por el viaje como para comer en el avión. Entré en la cafetería y eché un vistazo al menú en la pared.

Pedí una hamburguesa con queso y me senté en una mesa. Sonó mi teléfono. Era mi madre. Probablemente estaba preocupada por mí, ya que no la había llamado. Había estado tan absorta en el parto de Madi que me olvidé.

—Hola, mamá.

—Peyton. Me preocupé cuando no tuve noticias tuyas. ¿Estás bien?

—Perdón por no devolverte la llamada. Estoy genial, gracias, mamá.

—Madi está de parto, cariño. Papá y yo estamos cuidando a los niños mientras ella y Craig están en el hospital.

—Sí, lo sé. Adivina dónde estoy.

—¿Dónde?

—Estoy en la cafetería del hospital mientras Madi está ocupada pujando.

—¡¿Qué?!

—Sorpresa —me reí.

—Oh, Dios mío. Qué día tan maravilloso.

—Estaba en el avión cuando dejaste el mensaje. Vine directamente al hospital cuando recibí tu mensaje. Con toda la emoción, me olvidé por completo de llamarte.

—Ah, Pey, mi amor, estoy tan feliz. Dices que Madi está dando a luz.

—Sí. Dejé a ella y a Craig en la sala de parto. No quería ser el mal tercio.

—Maravilloso. ¿Vendrás aquí esta noche?

—Creo que me quedaré aquí y pasaré por allí por la mañana. ¿Está bien?

—Por supuesto. Te veré por la mañana. Oh, Peyton. Estoy tan feliz. Te quiero, cariño. Nos vemos pronto.

—Te quiero, mamá. Nos vemos por la mañana. Saludos a papá y a los niños.

BEN

¿Era eso el teléfono sonando? Estaba en ese punto entre el sueño y la vigilia, así que me tomó unos segundos abrir los ojos y encontrar el maldito aparato. Podía ver la luz brillando a través de las sábanas. Lo encontré.

Eran las 2 de la madrugada. ¿Qué demonios?

—¿Hola? —contesté con voz adormilada.

—Ben, soy Sam.

El sonido de su voz fue como caer por una grieta en el hielo y golpear el agua helada debajo. Me desperté al instante.

—¿Qué pasó? ¿Qué ocurre?

—Mi contacto acaba de llamarme. Perdió de vista a Mateo y nadie sabe dónde está.

—¿Qué carajo? ¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

—¿Hace cuánto desapareció?

—Hace unas horas. ¿Está Peyton contigo?

¡Mierda! ¡Peyton!

—No. Está con su familia. Su hermana va a tener un bebé. ¡El momento no podría ser peor, Sam!

—Mira, no digo que sea una catástrofe, pero te sugiero que llames a Peyton y le adviertas que tenga cuidado. Si está en camino a Estados Unidos, podría estar buscando problemas.

—Vale, gracias por llamar, Sam. Avísame si tu hombre lo encuentra.

—Lo haré. Lo siento, Ben. No sé cómo, pero debe haber detectado a nuestro hombre.

—Hablamos luego.

Terminé la llamada e inmediatamente marqué el número de Peyton. La llamada fue directamente al buzón de voz. Probablemente estaba dormida. ¡Maldita sea! Me levanté y fui directo a mi computadora. Si Mateo iba camino a casa de los padres de Peyton, tendría que llegar allí lo antes

posible.

Busqué la lista de vuelos disponibles hacia la ciudad natal de Peyton para poder llegar allí lo más rápido posible. Solo podía rezar para llegar a tiempo.

Encontré un vuelo programado para salir en una hora y media y reservé un asiento. Metí algunas prendas de ropa en una bolsa y me dirigí al aeropuerto.

Conduje como si el diablo me persiguiera. Todo en lo que podía pensar era en Peyton y cómo la advertiría. Intenté llamarla varias veces pero sin éxito.

—¡Contesta, Peyton! —le grité al teléfono y lo arrojé sobre el asiento del copiloto.

Cálmate, Ben. No tiene sentido que te alteres tanto. Está con su familia. Probablemente esté durmiendo. Sube al avión y luego podrás perder la cabeza tranquilamente.

Dejé mi coche en un estacionamiento cubierto, lo cerré y corrí para abordar el avión. Podría haber escalado la pared y partido en dos el tablero de anuncios cuando las palabras "vuelo retrasado" aparecieron en la pantalla.

Me abrí paso entre la multitud de pasajeros hasta el mostrador y hablé con la asistente de embarque.

—Disculpe, ¿sabe cuál es el motivo del retraso? —le pregunté.

—Hay una tormenta bastante fuerte sobre nosotros, señor —sonrió, entrenada para mantener la compostura en todo momento—. El vuelo debería llegar en la próxima media hora. Nos disculpamos por las molestias. Tal vez podría disfrutar de un café mientras espera.

Estuve tentado de decirle dónde podía meterse su café, pero entendía que no era su culpa que Mateo hubiera desaparecido o que Peyton no contestara su teléfono. Tampoco podía la pobre chica controlar el clima. No tenía otra opción más que encontrar un asiento en algún lugar e intentar llamar a Peyton de nuevo.

Peyton me había dado el número de teléfono de sus padres una vez, por si alguna vez lo necesitaba. Miré mi reloj. Era la mitad de la noche. ¿Sería prudente llamar allí y poner a toda la familia en un frenesí? Probablemente no.

Mateo no había estado desaparecido por mucho tiempo. Calculé el tiempo que le tomaría viajar desde la Ciudad de México hasta la frontera. Según mis cálculos, le tomaría aproximadamente seis horas y media llegar allí, y luego alrededor de una hora para llegar a Peyton.

Yo llegaría a ella aproximadamente una hora antes que él si el maldito avión se ponía en marcha. Aunque, de nuevo, no sabía cuándo había salido de la Ciudad de México, así que básicamente, podría haber hecho todos los cálculos del mundo y seguir sin tener idea. ¡Mierda! ¿Dónde estaba el avión?

El vuelo aterrizó una hora más tarde de lo que la asistente de reservas había calculado. Era un desastre furioso para cuando abordamos. Para colmo, me senté junto a una mujer con un bebé que gritó durante todo el vuelo. Estaba listo para matar cuando pisé tierra firme.

Era de mañana y el sol golpeaba sobre mi cabeza. Reservé un Uber tan pronto como entré al

edificio del aeropuerto y escribí la dirección de los padres de Peyton. El coche y el conductor llegaron unos minutos después.

—Hola —me saludó el joven con una sonrisa agradable.

—Tengo prisa —dije y arrojé mi bolsa en el maletero del coche—. Pise a fondo. Yo pagaré las multas.

El conductor asintió y se puso al volante.

Aguanta, Peyton. Voy en camino.

* * *

La enfermera que atendió a Madi fue lo suficientemente amable como para proporcionarme una cama para pasar la noche. Supuse que quería extenderle una cortesía a una colega profesional. Se lo agradecí.

Me desperté justo antes del amanecer y fui a ver a mi hermana y a su hermosa recién nacida. Gabi era una bebé preciosa con dedos perfectos en manos y pies, y una carita apacible. Se parecía a Madi. Sentí a la vez envidia y alegría.

—Hola, Madi —susurré al entrar en su habitación y verla amamantando a la pequeña hambrienta.

—Hola, Pey. ¿No es adorable? —preguntó con una expresión de completa felicidad en su rostro.

—Es la bebé más linda que he visto jamás, hermana. Y créeme, he visto unas cuantas.

—No puedo creer que por fin esté aquí. ¿Quieres cargarla?

—¿E interrumpir su sabroso desayuno? Ni hablar.

—Me refería a después de que termine de comer, tonta.

—Me encantaría. ¿Dónde está Craig?

—Se fue a casa por una hora más o menos. Volverá con los niños. Seguro que están ansiosos por ver a su hermanita.

—Supongo que mamá y papá vendrán también entonces.

—Sí.

—Estoy toda pegajosa. Creo que iré a casa de mamá y papá a darme una ducha y luego volveré con ellos.

—Es una buena idea. Quizás puedas cargar a Gabi entonces.

—Eso creo. No quisiera que nuestro primer encuentro fuera conmigo toda pegajosa y maloliente —sonreí.

—Oye, no podrías estar peor que sus hermanos —se rio Madi.

—Buen punto. Te veo en un rato, hermana. Felicidades de nuevo. Es exquisita —dije y besé a mi hermana en la frente.

—Gracias, Pey. Tú eres la siguiente —susurró.

—Ya lo creo.

Dejé a madre e hija acurrucadas y pedí un Uber. Estaba deseando darme un largo baño caliente y disfrutar del famoso desayuno de mamá con huevos y tocino que tapaba las arterias. Afuera, el amanecer comenzaba a teñir el cielo de impresionantes tonos anaranjados. Respiré hondo y volví mi rostro hacia el sol naciente.

Había sido maravilloso compartir tan auspiciosa ocasión con Madison y Craig. Me sentía feliz.

El conductor de Uber se detuvo frente al hospital.

—Buenos días, doctora Taylor —me saludó.

—Hola, Derek.

—¿Puedo llevarle su bolso? —preguntó extendiendo la mano.

—Eh, no, está bien. Gracias.

Me subí al coche y pronto nos dirigimos a casa de mamá y papá. Encendí mi teléfono y le envié un mensaje a mamá.

Hola, mamá. Voy camino a casa en Uber. Me muero por un buen desayuno. ¿Te importaría prepararme un especial Taylor?

Mamá respondió.

Buenos días, cariño. ¿Te importaría pasar por la tienda de camino y comprar unos huevos? Papá y yo estamos casi en casa después de estar con Madi y no estoy segura de tener suficientes.

Le respondí de nuevo.

Claro que sí. Nos vemos en un rato.

Te quiero.

—Eh, Derek. ¿Te importaría mucho parar en la tienda? Te daré un extra por las molestias. Tardaré dos minutos.

—Claro, doctora. No hay problema.

—Muchas gracias.

De repente, mi teléfono se apagó. La maldita batería estaba agotada. Con toda la emoción, había olvidado cargar el condenado aparato. Me hice una nota mental para hacerlo en cuanto llegara a casa y así poder llamar a Ben y darle las buenas noticias. Probablemente seguía durmiendo de todos modos, así que no pasaba nada.

El conductor de Uber se detuvo en un mercado cerca de la casa de mis padres. Salté del coche con mi billetera en mano y caminé hacia la verdulería. Mi nariz me llevó directamente a un

puesto de café donde pedí un capuchino doble.

—Lo recogeré al salir de la tienda —le dije al barista, quien asintió y tomó el dinero.

Compré unos huevos y añadí unos croissants frescos también. Se me hacía la boca agua cuando salí de la tienda, así que saqué un trozo de croissant de la bolsa y me lo metí en la boca. Sabía tan bien que fui a por otro pedazo.

Mi capuchino me esperaba cuando volví con el barista.

—Oh, gracias —ronroneé y tomé la taza de sus manos.

—Que tenga un buen día —sonrió.

Café recién hecho y croissants calientes. Qué manera de empezar el día. ¿Podía ser más feliz?

—Hola, querida —escuché una voz inesperada detrás de mí.

El vello de mi nuca se erizó y mi boca se secó al instante, tanto que no pude tragar la comida que tenía en la boca. Sentí algo duro presionando contra la parte baja de mi espalda.

Dejé caer la bolsa y oí cómo los huevos se rompían al golpear el concreto. Mis piernas estaban paralizadas. Por mucho que quisiera correr, no podía moverme.

—Qué gusto verte —continuó la voz.

—Mateo —susurré con voz temblorosa.

Intenté darme la vuelta, pero no me lo permitió.

—Camina —ladró.

¿Debía correr? ¿Debía gritar?

—Sé lo que estás pensando, zorra —gruñó Mateo de nuevo—. No intentes nada. Te estoy apuntando con una pistola en la espalda. Tiene un silenciador, así que nadie oirá nada si aprieto el gatillo. ¡Camina!

—Mateo, por favor...

Mateo presionó con fuerza el silenciador contra mi columna. Gemí cuando el cañón se clavó en mi piel.

—De acuerdo —dije, esperando apaciguarlo.

¿Cómo demonios me había encontrado?

Miré alrededor para ver si podía llamar la atención de alguien, pero era temprano y no había mucha gente por ahí. Me pregunté si el conductor de Uber podría verme. ¿Saldría del coche para ayudarme si le hiciera una señal? ¿Mateo lo mataría a él y luego a mí si lo intentaba?

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—A ese SUV negro en el último estacionamiento —indicó Mateo.

Su voz era fría, más fría de lo que recordaba. ¿Había estado siguiendo al Uber? Estaba tan ocupada charlando con mamá y pensando en mi estómago que no prestaba atención a los coches detrás de nosotros.

—Entra —dijo Mateo y me empujó dentro del coche una vez que hubo abierto la puerta trasera.

Me golpeé la rodilla al caer dentro del vehículo. Me froté el lugar del dolor palpitante. Por el rabillo del ojo, vi a Mateo meter la mano en su bolsillo. Sacó una jeringa y me la clavó en la pierna.

—¡Ay! ¿Qué demo... —grité, pero el mundo a mi alrededor se oscureció antes de que pudiera terminar la frase.

BEN

Estaba en alerta máxima cuando el Uber se detuvo frente a la casa de los padres de Peyton. Le pedí al conductor que me esperara, por si acaso Peyton estuviera en otro lugar.

Caminé por la hilera de rosales perfectamente podados hasta la puerta principal de la casa y toqué el timbre. La puerta se abrió unos momentos después. La mujer que estaba frente a mí tenía una expresión de entusiasmo en su rostro que pronto cambió a una de confusión. Era evidente que esperaba a alguien más. ¿Peyton, quizás?

—Hola —me saludó—. ¿Puedo ayudarlo?

Por supuesto. No me conocía. A todos los efectos, yo era un extraño en su puerta.

—Hola —dije sonriendo—. Me llamo Ben. ¿Está Peyton aquí?

—Ah, Ben. Hola. Esto sí que es una sorpresa. Soy Millie, la madre de Peyton. Por favor, pase.

—Gracias —dije, pero me quedé donde estaba—. ¿Está ella aquí?

—No, aún no. Pero viene de camino del hospital. Su hermana dio a luz a su hija anoche. Peyton se quedó con ella.

—Eso es maravilloso, Millie. Felicidades. Intenté llamar a Peyton a su teléfono, pero está apagado.

Asentí e hice un gesto al conductor del Uber para que se marchara.

—Probablemente se le haya agotado la batería. Estoy segura de que llegará pronto. ¿Puedo ofrecerle una taza de café? Peyton traerá los huevos para un festín de desayuno. ¿Tiene hambre?

—Eh, no, gracias, no tengo hambre. Pero una taza de café estaría genial, gracias.

—¡Frank! —llamó Millie—. Ven a conocer a Ben.

Oí pasos que se acercaban hacia nosotros.

—Vaya, qué agradable sorpresa. Hola, Ben. Encantado de conocerte. Frank Taylor —dijo el padre de Peyton extendiendo su mano.

—Es un placer conocerlo, Frank —dije estrechando su mano.

—¿Peyton sabe que estás aquí?

—No, pensé en darle una sorpresa —mentí.

No tenía sentido alarmar innecesariamente a los padres de Peyton. Habían pasado un infierno con Mateo. Me sorprendió que incluso me dejaran entrar. Peyton debió haberles dicho que yo no era un desalmado.

—Pasa —indicó Frank.

Lo seguí hasta la sala de estar y me acomodé en un sofá.

—¿Cómo tomas el café, Ben? —preguntó Millie.

—Solo, gracias. Sin leche ni azúcar.

—¿Quieres una taza, cariño? —le preguntó a Frank.

—Me encantaría, gracias, mi amor.

—Creo que están de enhorabuena —le dije a Frank.

—Ah, el bebé. Sí, otro nieto para mantener al abuelo en vilo. Gracias. Anoche cuidamos a los niños mientras Madison iba al hospital. Debo confesar que estoy exhausto —susurró y sonrió—. Es increíble lo rápido que uno olvida lo ocupados que son los niños pequeños cuando tus propios hijos ya han crecido.

—Deben adorar a sus abuelos.

—¿Tienes hijos? —me preguntó.

—No, pero espero tener algunos algún día.

—Son todo un desafío, pero valen la pena. Mis niñas son la luz de mi vida.

Vi cómo los ojos de Frank se nublaron por un breve momento, como si estuviera pensando en algo doloroso que preferiría olvidar.

—En fin —dijo—, ¿Pey sabe que estás aquí? No nos mencionó nada a su madre ni a mí.

—No, le estaba diciendo a Millie que decidí darle una sorpresa.

—Ya veo.

—Aquí tienen —interrumpió Millie y me entregó una taza de café, luego le dio otra a su marido.

—Gracias.

Di unos sorbos de café y luego miré mi reloj. Llevaba casi quince minutos en la casa. Ni rastro de Peyton.

Millie debió verme comprobar la hora.

—Me pregunto qué estará reteniendo a Peyton —dijo.

—¿Por qué no la llamas, cariño?

—Ben dice que su teléfono está apagado.

—Quizás Peyton le dijo a Madi adónde iba antes de venir aquí. Ya conoces a nuestras chicas, amor. Compras, compras y más compras —sonrió Frank—. Llama a Madi. Seguro que Peyton le habría dicho algo a su hermana.

—Es una buena idea. Llamaré a Madi. Quién sabe, tal vez se detuvo a comprar un regalo para el bebé y los niños antes de verlos.

—No me sorprendería.

Recé para que los padres de Peyton tuvieran razón en sus suposiciones. Era mejor que la alternativa que se estrellaba como una bola de demolición en mi mente.

Millie estuvo fuera de la habitación durante unos minutos. Mi café estaba casi terminado cuando regresó, y tenía una horrible sensación de vacío en el estómago que no se calmaba, a pesar del líquido oscuro que se arremolinaba en su interior. Algo no estaba bien.

—¿Y? ¿Qué dijo Madi? —le preguntó Frank a su esposa.

—Dijo que Peyton no le mencionó nada sobre detenerse en algún lugar. Le pedí que comprara unos huevos. Debe haberse distraído. Conoce a mucha gente en la ciudad. Podría haberse detenido para ponerse al día rápidamente con alguna de sus amigas.

No podía ignorar la sensación persistente de que algo terrible le había sucedido a Peyton. Tenía que decirles algo a sus padres, pero mi forma de dar las malas noticias era crucial. No quería asustarlos.

—Hay algo que debo decirles —comencé—. No quería decir nada, pero estoy muy preocupado.

Frank y Millie me miraron en silencio. Pude ver cómo el color desaparecía de sus rostros. Frank fue el primero en responder.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, Ben?

—Peyton me contó todo sobre lo que Mateo le hizo pasar a ella y a su familia. Ella y yo nos hemos vuelto muy cercanos en los últimos meses, como seguramente les ha contado.

—Sí —dijo Millie—, y estamos muy agradecidos contigo, Ben.

—Amo mucho a su hija, Millie, así que le pedí a un amigo mío ex militar, Sam, que es dueño de una empresa de seguridad, que vigilara a Mateo.

—Ya veo —dijo Frank.

—Lo ha estado observando durante algunas semanas —continué—. Sin embargo, Sam me llamó anoche y me dijo que Mateo ha desaparecido. Nadie lo ha visto. Por eso estoy aquí.

—¡Oh, no! —exclamó Millie.

—¿Crees que viene hacia acá? —preguntó Frank, luciendo terriblemente preocupado.

—No lo sé. Pero prefiero prevenir que lamentar, así que volé aquí tan pronto como pude.

Millie miró su reloj de nuevo y luego a su esposo.

—Ya debería estar aquí, Frank —dijo con voz temblorosa.

—Ben —dijo Frank y se levantó—, vamos a dar una vuelta.

—Encuéntrala, Frank —dijo Millie con lágrimas asomando en sus hermosos ojos azules.

—La encontraremos, cariño —dijo y la besó en la frente.

Seguí a Frank al garaje donde subimos a su coche.

—¡Oh, Frank! —nos llamó Millie—. Peyton dijo que estaba en un Uber cuando me envió el mensaje.

—Excelente. Gracias, cariño. Llamaré al servicio para ver si puedo averiguar qué conductor la recogió —dije.

—De acuerdo. Llámenme tan pronto como la encuentren, por favor.

—Lo haremos, Millie —dijo Frank y presionó el botón que abría la puerta automática del garaje.

Busqué en Google el Uber más cercano mientras Frank salía del garaje en reversa. Tan pronto como tuve el número, llamé a la línea de ayuda y le expliqué nuestra situación al operador. Por supuesto, no fueron de ninguna ayuda, afirmando que no podían darnos ninguna información debido a preocupaciones de privacidad, bla, bla, bla. Estaba furioso, pero no hizo ninguna diferencia en el resultado final.

—Conduciré hasta la verdulería más cercana donde solemos comprar nuestros huevos —dijo Frank—. Preguntemos por ahí si alguien la ha visto.

—Es una buena idea, Frank.

Llamé a Sam mientras Frank conducía.

—Ben. ¿Alguna novedad?

—No. Estoy con el padre de Peyton. No se ve bien, Sam. Nadie la ha visto y su teléfono está apagado.

—¡Mierda! ¿Puedo ayudar?

—Sí, llamé a Uber para averiguar dónde se detuvo el conductor con Peyton, pero no me darán ninguna información.

—Sí, son bastante estrictos con dar su información. Déjamelo a mí. ¿Dónde fue la recogida?

Frank me dio la dirección del hospital y se la transmití a Sam.

—Te llamaré de vuelta —dijo Sam y colgó.

Maldita sea, Peyton. ¿Dónde estás?

El centro comercial al que Frank nos llevó estaba ocupado cuando llegamos. Estacionó y luego salimos del auto y caminamos alrededor.

Primero, fuimos a la verdulería. Frank charló con el asistente de ventas, quien luego preguntó a

la cajera si había visto a una mujer que coincidiera con la descripción de Peyton. La joven recordaba a Peyton porque habían charlado un poco sobre la granja de pollos de corral de donde venían los huevos.

—Sí —dijo con una disposición alegre—, estuvo aquí hace como una hora.

—¿Por casualidad sabe si estaba sola? —pregunté.

—Lo siento, no estaba prestando atención. Aunque creo que sí.

—De acuerdo, gracias.

—Esperen —dijo la chica mientras me alejaba—. Sí mencionó que lamentaba pagarme con cambio. Dijo que el barista le había dado monedas cuando compró un café.

—¿Barista?

—Sí. Tiene un pequeño carrito de café a la vuelta de la esquina.

—Muchas gracias —dijo Frank.

—De nada. Espero que la encuentren. Es una señora agradable.

Frank y yo nos dirigimos en la dirección que la cajera nos había señalado y pronto encontramos el carrito de café.

—Disculpe —le dije al joven.

—Sí, ¿cuál es tu veneno, amigo? —sonrió—. No, déjame adivinar. ¿Doble espresso? —sonrió.

—No, gracias. Estoy buscando a alguien.

—Oye, ¿no lo estamos todos, amigo? —se rio.

Saqué mi teléfono celular y le mostré una foto de Peyton.

—Oh, sí. Madrugadora. Señora agradable. Doble capuchino.

—De acuerdo. ¿Vio hacia dónde se fue?

—Uhm... déjeme pensar. Oh, sí, se fue por allá —dijo y señaló—. Aunque es un poco torpe. Dejó caer sus huevos al suelo. Su hombre parecía un poco molesto con ella, pobrecita.

—¿Su hombre? ¿Qué hombre? —pregunté, sintiendo cómo la energía se drenaba de mi cuerpo mientras el impacto de sus palabras comenzaba a hundirse.

—El tipo que se unió a ella después de que le di el café.

—¿Cómo era? —preguntó Frank.

—Tipo alto, cabello oscuro, guapo.

¡Mierda, no! ¡Mateo!

—Se fueron en una camioneta.

Frank y yo nos miramos y nos movimos lo más rápido que pudimos para volver al auto.

—¿Mateo? —pregunté.

—Mateo —asintió Frank—. Tenemos que llamar a la policía.

—No creo que eso nos vaya a servir de mucho, Frank. Mateo es el esposo de Peyton. Nos dirán que esperemos cuarenta y ocho horas. Llamaré a Sam. Él sabrá qué hacer.

Mi teléfono sonó tan pronto como lo saqué de mi bolsillo. Era Sam.

—Bien, Ben, hablé con el conductor. Dijo que...

—Es demasiado tarde, Sam. La tiene.

—Mierda. Bien, el conductor me dijo que ella nunca regresó de la verdulería.

—Lo sé. Acabamos de hablar con alguien que la vio subirse a una camioneta con alguien que coincide con la descripción de Mateo. ¡Maldita sea, Sam! Voy a dejar al padre de Peyton en casa y conducir a México.

—¡No! Ben, escúchame. No puedes ir solo. No tienes idea de en qué te vas a meter. Puede ser una trampa. Vuelve a casa y reuniremos un equipo.

—¡No hay tiempo para eso, Sam! La tiene. Dios sabe qué está planeando hacerle. ¡Es un psicópata!

—¡Capitán Forbes!

El sonido de Sam gritando me sacó de mi pánico.

—Escúchame —continuó—. Quédate donde estás. Voy para allá. Llevaré un equipo de hombres conmigo. Mientras tanto, quédate con la familia de Peyton. Pueden estar en peligro. ¿Me copias?

—De acuerdo —dije, a regañadientes—. Te enviaré una dirección.

—Aguanta, soldado. Nos vemos en un rato.

—Sam —dije antes de que colgara.

—¿Sí, amigo?

—Tráeme un arma.

PEYTON

Uf... me duele la cabeza. ¿Dónde estoy? ¿Qué es ese olor horrible? ¿Cómo...?

Abrí los ojos de golpe. Intenté incorporarme unos segundos después. Oh, no. No, no, no... Sabía exactamente dónde estaba sin necesidad de mirar alrededor. ¡El maldito sótano! ¡Estaba de vuelta en la Ciudad de México, corrección, de vuelta en el infierno!

Decir que estaba aterrorizada era quedarse corto. Mi cuerpo estaba helado y por más que lo intentaba, no podía moverme. Mateo me había atado a una cama. El hijo de puta había aparecido cuando menos lo esperaba, y ahora iba a pagar caro por mi error. La única pregunta era, ¿cuánto?

—¡Mateo! —grité, sabiendo perfectamente que no podía oírme—. ¡Mateo! ¿Dónde estás, maldito cobarde? —volví a gritar, más para mi propio beneficio que otra cosa. La acción me hacía sentir más fuerte de lo que era, lo cual, cabe decir, no era mucho en absoluto.

Me dolía la pierna en el lugar donde mi marido psicópata me había clavado una aguja. Ni que decir tiene que Mateo no había empleado ninguna delicadeza, como era de esperar. Ni siquiera podía frotar la zona, ya que tenía las manos atadas.

Bien hecho, Peyton. Esta vez sí que la has fastidiado a lo grande.

Me preguntaba cuánto tiempo planeaba Mateo dejarme allí, retorciéndome, temiendo sus intenciones. Estar atada a una cama como un perro era probablemente una pequeña parte del elaborado castigo que me esperaba.

¡Maldita sea! ¿Por qué pensé que era seguro dejar a Ben atrás y aventurarme por mi cuenta? Mi familia probablemente estaría enferma de preocupación, preguntándose adónde me había ido. ¿Estarían frenéticos a estas alturas? Y Ben. ¿Sabría siquiera que estaba en peligro? Qué desastre.

Estuve allí tumbada durante lo que parecieron horas antes de oír el sonido de una llave girando en la cerradura. Todo mi ser se puso rígido de miedo. ¿Era este el final? Oí pasos deliberados mientras Mateo bajaba la escalera. El plan ahora era mantener mi rostro libre de cualquier rastro de pánico. No iba a ser fácil.

—Ah, mi amor —se burló.

—Que te jodan —dije con calma, sin levantar la voz.

—Veo que tu tiempo fuera no ha hecho nada para mejorar tus modales —sonrió con sorna.

—Un poco hipócrita de tu parte, ¿no crees, psicópata asesino?

—Ay —respondió, sarcásticamente, y se llevó la mano a su negro corazón. Como si alguien pudiera herirlo realmente.

—Felicidades, Mateo. Así que me encontraste. ¿Y ahora qué?

—Tranquila, cariño —sonrió y me acarició el pelo—. No hay necesidad de apresurarse. Primero tengo algunas preguntas.

—¡Ja! ¡Tú tienes preguntas! —gruñí e intenté apartarme de su contacto lo mejor que pude.

—Ya tendrás tu turno. Como he dicho, esto no es una carrera.

No podía imaginar qué pensaba lograr Mateo haciéndome preguntas, pero quería retrasar mi muerte inminente, así que no tenía más opción que seguirle el juego por el momento.

—¿Qué quieres saber? —cedí.

—¿Dónde está mi hijo?

Mi temperamento se disparó en una fracción de segundo ante esa pregunta inaudita. ¡Su hijo! Cómo se atrevía a reclamar a alguien que no quería. Pero tenía que mantener la calma, así que tomé unas cuantas respiraciones profundas antes de responder.

—*Mi* hija está muerta, gracias a ti. La mataste cuando me tiraste por las escaleras. ¿Te acuerdas de eso? ¿O estabas demasiado borracho?

—No, me acuerdo —ladró.

Reconocí las señales de advertencia ocultas en el tono de su voz, pero ya no me importaba en ese momento. Mi corazón estaba lleno de rabia por mi hija asesinada.

—¿Qué? ¿Estás esperando una disculpa? —soltó—. Te dije que no quería un puto crío.

—¿Y no podías haber hablado eso conmigo antes? ¿Antes de que nos casáramos?

—Si hubieras tomado la píldora como se suponía que debías, no estaríamos en esta situación ahora, ¿verdad?

—¿Te estás escuchando? ¡Sí que tomaba la píldora! No es cien por cien eficaz, ¿sabes? No es como si yo quisiera traer un hijo a esta farsa de matrimonio. Lo único que tenías que hacer era divorciarte de mí, Mateo. No tenías que intentar matarme a mí y a nuestra hija.

—Nadie me deja, Peyton, ¿o es que tu inteligente cerebrito aún no lo ha entendido?

—Así que es eso. Si no puedes tenerme, nadie más puede. ¿Es ese el viejo y cansado estereotipo?

—¿Dónde te has estado escondiendo todo este tiempo? —preguntó Mateo, cambiando de tema.

¡Bien! No sabía dónde vivía. ¡No sabía nada de Ben!

¡Gracias, Dios mío!

—¿Cómo me encontraste? —pregunté en su lugar, evitando su pregunta.

—Ya te lo dije. Tendrás tu turno para hacer preguntas. ¡Respóndeme! —gruñó.

—Boston —mentí.

—¿Y a quién te estás follando en Boston?

—A nadie. Ya he tenido suficiente de hombres, gracias.

—Por favor. Las perras como tú necesitan un hombre en sus vidas.

—¿Qué quieres decir con perras como yo?

—Las que buscan anidar. Quieren la casa con la valla blanca y los dos coma cinco mocosos correteando por la casa.

—Vaya. ¿Por qué odias tanto a los niños, Mateo?

—Porque lo joden todo, por eso —gruñó.

—¿Qué pasa? ¿Mami no te quiso lo suficiente? ¿O te quiso demasiado? ¿Te dijo que le arruinaste la vida? Porque puedo ver cómo tendría razón en eso.

Estaba corriendo un riesgo peligroso. Emplear psiquiatría amateur debió tocar una fibra sensible porque lo siguiente que supe fue que Mateo me abofeteó tan fuerte que mi visión se nubló.

—¡Esa zorra no era digna de llevar el título de madre! —gritó.

La cara de Mateo realmente me aterrorizó en ese momento. ¿Lo había presionado demasiado? Tenía que calmarlo si quería sobrevivir la noche. Pero, ¿cómo?

—¿Qué te hizo "mami la monstruo", mi amor? —pregunté, esperando lo mejor.

—No intentes endulzarme, Peyton —gruñó, pero al menos la mirada de loco asesino había desaparecido por el momento.

—Lo siento. ¿Qué hizo ella para lastimarte?

—Ya no importa. La zorra recibió lo que se merecía.

Dios mío. ¿Qué le hizo a su madre? ¿Estará ella también por aquí en alguna botella?

Si iba a escapar de esta trampa, tendría que cambiar de táctica.

—¿Cómo sabías que estaría con Madison?

El rostro de Mateo cambió una vez más. Claramente este era un tema del que disfrutaría alardear. Volvió a lucir su sonrisa arrogante.

—El investigador privado que contraté para encontrarte me dijo que tu hermana iba a tener un bebé. Sabía que no podrías resistir estar con ella cuando diera a luz. Siendo tú tan hogareña y todo eso.

—Muy astuto.

Mi vejiga estaba a punto de explotar. Me preguntaba si Mateo sería lo suficientemente humano

como para permitirme orinar con dignidad. Valía la pena intentarlo.

—Necesito ir al baño, Mateo.

—¿Quién te lo impide?

—Desátame, por favor.

—Sí, no lo creo, cariño.

—Vamos, Mateo. Seguramente no esperas que me orine encima.

—Querida, no me importa si te cagas encima. No irás a ninguna parte.

Su teléfono sonó mientras yo formulaba mi ataque verbal. Pero no tendría la oportunidad de pronunciar mi bien pensada pulla porque él contestó la llamada y procedió a marcharse.

—¡Espera! ¡Mateo! —grité tras él, pero fue inútil. Colocó la mano sobre el auricular, me fulminó con la mirada y luego subió las escaleras.

—¡Mierda! ¡Vuelve! ¡Mateo!

Ah, al diablo. Moví mi cuerpo para que mi trasero quedara en el borde de la cama y dejé ir mi vejiga. ¿Qué más podía hacer? Todo lo que podía hacer era rezar para que alguien me encontrara y me liberara de este infierno.

Así que esto era tener la ropa empapada de orina. Con razón los bebés arman tanto alboroto entre cambios de pañal.

Felicidades, Mateo. Si asustarme casi hasta la muerte y humillarme hasta el límite era parte de tu plan, entonces has cumplido tu misión. ¡Maldito bastardo!

* * *

¡La zorra había vuelto! ¡Qué golpe maestro! Podría haber bailado de alegría al ver la expresión de absoluta conmoción en el rostro de Peyton cuando la empujé dentro de mi coche y le clavé la aguja en el muslo.

Mi esposa se veía bien. Después de todo, era la mujer más hermosa con la que había estado. Aunque su belleza no le otorgaba ningún punto a mi favor ahora. Veía más allá de su trasero firme y sus voluptuosos pechos, directo a su corazón engañoso.

No le creí ni por un segundo cuando dijo que no había estado con otro hombre. Peyton era demasiado impresionante para estar soltera. Después de matarla lentamente, planeaba encontrar al bastardo y acabar con él también.

¡Nadie deja a Mateo García, maldita sea!

Mi perra madre pensó que estaba bien cuando me dejó en las escaleras del orfanato cuando se había cansado de jugar a ser mamá. Supongo que había sido lo mejor, ya que estaba demasiado ocupada entreteniendo a una sucesión de hombres como para cuidarme o preocuparse por mí.

Pero la arreglé. Mami querida pensó que sus falsas lágrimas de remordimiento la salvarían de mi ira. Zorra estúpida. No sentí nada cuando hundí el cuchillo en su frío corazón y la vi jadear y orinarse mientras la vida se le escapaba, roja y pegajosa. La imagen de su rostro sin vida quedó grabada para siempre en los caminos de mi cerebro.

Peyton tenía tantas posibilidades de cambiar su destino como las que tuvo mi madre. Me humilló y ese fue su error. Debería haberse quedado y quizás hubiéramos arreglado algo.

La dejé en el sótano para reunirme con un cliente y hacer algunos recados. Eran alrededor de las 5 de la tarde cuando regresé a la casa. Imaginé que Peyton se habría orinado para entonces, así que fui a su armario y saqué un par de jeans limpios y una manta.

Iba a ser mi "invitada" por un tiempo más, así que no tenía sentido asaltar mis sentidos en el proceso. Quería que Peyton apreciara el error de sus acciones antes de matarla. Probablemente tenía hambre, así que me detuve en la cocina y le hice un sándwich antes de bajar al sótano.

El leve olor a orina me recibió mientras me acercaba a donde mi esposa estaba atada a la cama. Se sobresaltó cuando dejé caer un cubo en el suelo.

—Ahí tienes. No hay necesidad de que te orines encima de nuevo.

—Qué considerado —espetó.

Me acerqué a ella, corté la brida de plástico de sus muñecas y coloqué una de sus muñecas en las esposas. Cerré la otra esposa alrededor de la base metálica de la cama para que Peyton no pudiera escapar.

—¿Qué quieres, Mateo? —preguntó—. Si estás tratando de asustarme y humillarme, has logrado tu objetivo. Felicidades. ¿Cuánto más quieres de mí? Ya mataste a mi hijo y posiblemente arruinaste mis posibilidades de ser madre alguna vez. ¿Qué más puedes quitarme?

—No lo entiendes, ¿verdad?

—Claramente no. ¿Por qué no me lo explicas?

—Oh, pienso hacerlo. Pero creo que las acciones hablan más fuerte que las palabras, querida. Y cuando termine, vas a apreciar el verdadero significado detrás de mi sentimiento.

—¿Alguna vez me amaste, Mateo? ¿Siquiera entiendes lo que significa amar?

—¡Ja! ¡Por favor! Amor. ¡Bah! No existe tal cosa. Es una fantasía que la sociedad inventó para que los hombres adultos entreguen todo por lo que han trabajado tan duro para que las mujeres puedan dominarlos. El amor es una estupidez, Peyton.

—Yo te amé —dijo suavemente.

—No, me traicionaste. ¿Cómo es eso amor?

Quise abofetearla cuando vi las lágrimas acumularse en sus ojos mentirosos.

—Toma —dije y le empujé el sándwich en la mano—. Come esto. Vas a necesitar tus fuerzas.

BEN

Frank, Millie, Craig, Alyssa y yo estábamos en la casa, esperando a que llegaran Sam y sus hombres. Nos encontrábamos sentados en la sala de estar. La pobre Millie estaba hecha un manojo de nervios, y Frank caminaba de un lado a otro.

—No soporto esta espera —dijo y se sirvió un whisky—. Tengo que hacer algo, Ben.

—Por favor, mi amor —suplicó Millie—, piensa en tu corazón.

—Deja de preocuparte. Estoy bien.

—Todo va a estar bien, Frank. Sam llegará pronto, entonces nos iremos.

—¿Cómo sabemos que Mateo...

El padre de Peyton no pudo terminar la frase, pero todos sabíamos lo que intentaba decir. Ninguno de nosotros sabía con certeza si Peyton seguía con vida. Tenía que creer que Mateo querría mantenerla viva para poder "darle una lección", por así decirlo. Todo en ese hombre gritaba narcisista.

—Pondré la tetera —dijo Alyssa y salió de la habitación.

La seguí. Necesitaba un poco de aire fresco. Todos estábamos estresados hasta el límite y la espera nos tenía al borde del colapso.

Oculté mi terror recurriendo a mi entrenamiento militar. Nunca había estado tan agradecido por ese entrenamiento mental como en ese momento. Ninguna situación de combate que hubiera experimentado podía compararse con el miedo de perder a Peyton.

—Todavía no puedo creer que esto esté pasando —dijo Alyssa mientras estábamos afuera en el porche, bebiendo otra taza de café—. Debería haber estado con ella. ¿En qué estaba pensando al dejarla sola? Me alegro tanto de que estés aquí, Ben.

—Voy a matar a ese bastardo —fue todo lo que pude decir.

—Prométeme que harás sufrir a ese canalla de Mateo. Le ha quitado tanto a Peyton, a todos nosotros... tiene que pagar por su maldad —dijo con voz temblorosa. Miró al cielo y luego susurró—: ¡Oh, Dios, por favor, que esté viva!

—No dejes que tu mente vaya por ese camino, Alyssa. Peyton es una luchadora, y es inteligente.

Hará lo que tenga que hacer para mantenerse con vida. Yo lo creo y tú también deberías.

—Tienes razón. Lo siento —dijo y se limpió un reguero de lágrimas.

—¿Cómo están Madison y el bebé? —pregunté, esperando que el cambio de tema distrajera temporalmente a la pobre mujer que estaba aterrorizada ante la perspectiva de perder a su mejor amiga.

—Madi está destrozada. Imagínate. Este debería haber sido uno de los momentos más emocionantes y felices en la vida de ella y Craig. Acaba de dar a luz a una niña, y ahora su hermana está desaparecida, secuestrada por un psicópata, nada menos.

—Voy a traerla de vuelta, Alyssa, o moriré en el intento. Te lo prometo.

—Gracias, Ben. Lo siento mucho. Ni siquiera te he preguntado cómo estás llevando todo esto.

—Honestamente, estoy tan aterrorizado como todos aquí, pero tengo la intención de poner a buen uso mi entrenamiento como soldado. Me estoy enfocando en traer a Peyton de vuelta a casa. Punto. Es lo único que me impide desmoronarme.

—Peyton estaría tan orgullosa de ti, Ben. Está loca por ti, ¿sabes? Puedo ver por qué.

—La amo mucho.

—Lo sé.

Nos quedamos allí por un momento, sin hablar, mirando el cielo nocturno.

—Este es un lugar hermoso —dije.

—Sí, es tranquilo, ¿verdad? A Peyton le encanta el aire libre. Siempre ha querido vivir en un rancho o en algún lugar en las montañas.

Recordé la conversación que ella y yo tuvimos cuando estábamos en la cabaña.

—Sí, me lo dijo.

—Una doctora de pueblo pequeño —dijo ella—. Eso es lo que sueña con ser.

—Peyton será una excelente cirujana algún día. Tal vez pueda cumplirle su sueño. Ciertamente voy a intentarlo.

Mi teléfono sonó. Era Sam.

—Acabamos de aterrizar, Ben. Nos vemos pronto.

Sam tenía acceso a un jet privado, así que no hubo problemas con retrasos en los vuelos. Nunca había estado más agradecido por sus contactos que en ese momento.

—Está bien. Voy en camino.

—¿Ya están aquí? —me preguntó Alyssa una vez que terminé la llamada.

—Sí. Acaban de aterrizar.

—Bien. Te llevaré con ellos.

—Mateo nos lleva unas horas de ventaja en el viaje, así que nos iremos lo antes posible. Siento que avanzamos a paso de tortuga hacia el rescate de Peyton. Es tan jodidamente frustrante.

Alyssa trajo el coche al frente mientras me despedía de la familia.

—Tráeme a mi bebé de vuelta, por favor, Ben —suplicó Millie.

—Por supuesto —dije y la abracé.

—Gracias, Ben —dijo Frank y me dio una palmada en el hombro.

Frank me había suplicado que lo dejara venir, pero insistí en que se quedara para proteger a su familia. Quién sabía qué tenía planeado Mateo. Después de mucho alboroto, había aceptado quedarse.

—Por favor, dile a Madison que no se preocupe, Craig.

—Gracias, Ben. Lo haré.

—La traeré de vuelta —prometí y me subí al coche.

* * *

Era poco después de medianoche cuando llegamos a la Ciudad de México.

—Tenemos que parar en casa de un amigo —anunció Sam—. Ha preparado una pequeña bolsa de golosinas para cada uno de nosotros.

—Espero que sea una bolsa bien cargada —dije.

—Oh, sí. Santiago no se anda con tonterías cuando se trata de armas. No es el dueño de la tienda de armas número uno de la capital por nada.

—¿Cómo conoces a este tipo? —pregunté.

—Nos conocimos en una convención de armas. Es un loco hijo de puta, pero no apostaría contra él en un tiroteo.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en él, Sam?

—Ben, pondría mi vida en juego por él. Es tan leal como largo es el día. Además, me debe un favor. Es una larga historia. Te la contaré algún día tomando una cerveza.

—Trato hecho.

Sam aparcó en una calle lateral de una zona de aspecto industrial.

—Ahí está la entrada trasera de la tienda. Vamos, Ben. Es hora de ir de compras.

—Debería haber traído mi puta espada —murmuré.

Una bala parecía demasiado impersonal considerando el calibre de la alimaña que estábamos

cazando. Quería mirar a Mateo directamente a los ojos cuando lo enviara a su perdición. Pero una pistola tenía más sentido dadas las circunstancias.

Sam golpeó la puerta con los nudillos. Un hombre fornido con dientes de oro abrió y nos hizo pasar. Nos condujo a la parte trasera de la tienda y a una oficina.

—Sam, mi compadre —llamó alegremente un hombre sentado en un escritorio.

—¡Santiago, mexicano loco! ¿Cómo estás, amigo?

Los dos hombres se abrazaron, se palmearon la espalda y rieron como lo hacen los mejores amigos.

—Me alegro de verte, Santiago, pero tendremos que ponernos al día más tarde. Ben tiene aquí a una dama que necesita rescatar.

—Sí. Siento oír lo de tus problemas, Ben —dijo Santiago con un fuerte acento—. No te preocupes, tengo algo aquí que te ayudará a arreglar las cuentas con ese cabrón —dijo y señaló una bolsa en la esquina de la habitación.

—¡Ah! Excelente —dijo Sam y abrió la bolsa.

—No vamos a robar un banco, ¿verdad? —pregunté cuando vi las armas.

—Tal vez más tarde —se rio Santiago.

—Eres un amigo —dijo Sam y cerró la bolsa—. Te devolveré las que no usemos, compadre. Las armas que den los tiros de gracia las eliminaré.

—Tranquilo, hombre. Todas están limpias. Nadie las rastreará hasta mí.

—Gracias, Santiago —dije y le estreché la mano.

—Cualquier amigo de Sam es amigo mío —sonrió.

* * *

Eran cerca de las 2 de la madrugada y la calle donde vivía Mateo estaba tranquila.

—¿Crees que este tipo sabe que venimos? —comentó Sam sarcásticamente mientras observábamos a dos guardias armados charlando en la puerta de entrada de la propiedad.

—No me sorprendería.

—Pete —susurró Sam a uno de sus hombres—, lanza el dron.

Teníamos que asegurarnos de que no hubiera sorpresas esperándonos al otro lado del muro.

Pete hizo lo que se le pidió y, unos diez minutos después, estábamos seguros de que no había más guardias más allá de la puerta.

—Muy bien, chicos. Es hora del espectáculo —susurró—. Recordad, este canalla tiene a los federales metidos bien adentro de su culo, así que nada de errores.

Todos asintieron. Sam y Pete se movieron sigilosamente hacia los guardias armados. Los hombres no se dieron cuenta de que estaban siendo acechados hasta que fue demasiado tarde. Dos disparos limpios, realizados a través de silenciadores, se encargaron del problema inmediato. El camino estaba despejado.

A continuación, teníamos que trabajar en el obstáculo del sistema de seguridad. No tenía duda de que Mateo habría instalado lo mejor que el dinero pudiera comprar. No le faltaba dinero precisamente. Qué lástima que un hombre que tenía tanto a su favor resultara ser un bastardo tan malvado. Mateo podría haber sido lo que quisiera ser. Pero, en cambio, eligió matar y destruir.

—Andrew, te toca —indicó Sam.

Andrew escaló el muro como un gato, de alguna manera evitó la valla electrificada y se dirigió a una caja cerca de la puerta. Le llevó aproximadamente cuatro minutos sortear el sistema de seguridad una vez que había desatornillado la placa de la cubierta. Estábamos listos para seguir.

Las puertas se abrieron lentamente.

—Vamos.

Sabíamos que no había guardias en el exterior de la casa, pero no teníamos forma de saber si había guardaespaldas dentro, así que teníamos que movernos con cautela.

La casa de Mateo era un homenaje a los fabricantes de ventanas de cristal de todo el mundo. Imaginé que debía ser como vivir en una vitrina. Supuse que podría vigilar a su mujer sin importar en qué parte de la casa se encontrara. No había forma de esconderse de los ojos penetrantes del amo.

Sin embargo, su vanidad resultaría ser su perdición, ya que nos daba la oportunidad de ver si él y Peyton estaban solos allí dentro. Esperamos en el césped durante unos minutos para ver si podíamos detectar algún movimiento. Todo estaba en silencio.

Sam y yo nos dirigimos a una puerta corredera y la comprobamos. Cerrada. Eso no iba a retrasarme. Manipulé la cerradura.

Sam me entregó un artilugio que habíamos aprendido a usar en el ejército para sortear cerraduras. Trabajé rápida y silenciosamente hasta que el picaporte se movió libremente bajo mi mano. Abrí la puerta y entré en la casa. Sam me siguió.

Nos separamos y nos movimos silenciosamente en direcciones opuestas. ¿Dónde estaba Peyton? Podía oír ronquidos provenientes del pasillo, así que me agaché y seguí el sonido.

—¡Hola!

Me di la vuelta tan rápido que casi me tropiezo.

—¡Hola, guapo!

¡¿Qué coño?! ¡Un loro! Peyton nunca había dicho nada sobre un loro.

—Cállate —susurré y me moví hacia el maldito pájaro para echar una sábana sobre la jaula.

—¡Danos un beso! —gritó el infernal ave.

Extendí la mano, agarré una sábana y la lancé sobre la jaula, ante lo cual el pájaro chilló descontento. Quería retorcerle su sangriento cuello. ¿Habría oído Mateo el alboroto? No tuve que esperar mucho para averiguarlo. Un ruido detrás de mí me alertó de que alguien se estaba moviendo, torpemente, pero rápido.

Me giré para ver a un hombre, supuse que era Mateo, corriendo hacia la cocina. Lo seguí tan rápido como pude a través del oscuro pasillo. Abrió una puerta de golpe y bajó corriendo por unas escaleras. Lo seguí.

El sótano estaba oscuro y el olor que había allí era el de la muerte. Conocía ese olor demasiado bien. Mateo estaba inclinado sobre algo. Una cama. ¡Peyton! Estaba esposada al armazón de la cama, pero estaba viva.

—¡Ben! —gritó ella cuando me vio.

—¡Aléjate o le cortaré la garganta! —amenazó Mateo.

¡Mierda!

PEYTON

—¡Ben! —grité de nuevo.

No podía creer lo que veían mis ojos. ¿Estaba soñando? ¿Era una pesadilla? Mateo me había levantado bruscamente de la cama y tenía un cuchillo en mi garganta. Podía sentir el filo de la hoja presionando contra mi piel, que ardía de repente donde el metal afilado amenazaba con rasgar la carne. Sentí un hilo de sangre corriendo hacia mi clavícula.

—¡Suéltala, Mateo! —gruñó Ben al maniático detrás de mí.

Mateo apestaba a alcohol, lo que hacía mi situación aún más precaria. Un desliz de borracho y me convertiría en la tercera difunta señora García.

—Mateo, por favor —supliqué con voz calmada, para no sobresaltar a un loco ya de por sí alterado.

—¡Cállate, zorra! —gritó y me golpeó en la cabeza con la empuñadura del cuchillo.

Dolió como el infierno y me dejó viendo estrellas.

—Vamos, cobarde —escupió Ben a Mateo—. Suéltala y ven aquí para que peleemos como hombres.

Mateo empezó a maldecir a Ben en español. Estaba claro que no tenía intención de hacer lo honorable. Eso no me sorprendió en absoluto. No, si iba a salir viva de esta, tendría que emplear las habilidades que Ben me había enseñado. Todo lo que tenía que hacer era esperar el momento adecuado.

Mateo estaba cerca de la histeria. Se balanceaba y maldecía, y yo estaba aterrorizada de que perdiera el control de la hoja presionada contra mi garganta. No podía perder más tiempo. Era ahora o nunca.

Tomé una respiración profunda y moví mi codo derecho hacia atrás y hacia arriba. El golpe conectó directo en la mandíbula de Mateo. Él se tambaleó hacia atrás y cayó sobre la cama, momento en el que me agaché y me puse fuera de su alcance.

Ben aprovechó la oportunidad y se lanzó hacia la cama donde Mateo yacía, momentáneamente aturdido por mi ataque bien ejecutado. Desafortunadamente, su confusión no duró mucho y para cuando Ben llegó a él, estaba blandiendo el cuchillo salvajemente. Todo lo que pude hacer fue mirar cómo la hoja cortaba el antebrazo de Ben.

Me mantuve fuera del alcance del maniático que una vez había jurado amarme y cuidarme, y observé cómo los dos hombres luchaban por el arma. Ben se movió rápido como un rayo y golpeó a Mateo en la garganta, momento en el que este último dejó caer el cuchillo y se llevó las manos a la nuez de Adán.

Con un movimiento fluido, Ben clavó la hoja en el pecho de Mateo. Y de repente la pelea terminó. Mateo se desplomó en el frío suelo del sótano y Ben corrió hacia donde yo me acurrucaba.

—Peyton, ¿estás herida?

—Ben —fue todo lo que pude decir antes de desmayarme.

* * *

Era vagamente consciente de que estaba en un vehículo en movimiento. ¿Estaba en un coche? Abrí los ojos muy lentamente, rezando para no estar alucinando, atrapada en algún tipo de estado delirante donde mi mente intentaba superar el trauma de estar encadenada a una cama en la mazmorra de la muerte.

No, definitivamente estaba en un coche. Una mano se extendió y tocó mi brazo.

—Shhh, está bien. Estás a salvo, mi amor.

—¿Ben? —susurré.

—Sí, Peyton. Soy yo.

El rostro de Ben se enfocó lentamente. Sus hermosos ojos estaban llenos de preocupación.

—¿Te sientes bien? —preguntó.

—¿Qué pasó? —pregunté, tratando de armar las piezas del loco rompecabezas.

—Mateo está muerto. Te llevo a casa.

—¿Muerto?

—Sí. Ahora estás a salvo.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como puedo estarlo —dijo y tocó suavemente mi rostro.

—Ugh. Me duele la cabeza.

—No me sorprende. Has pasado por mucho.

Miré mi ropa. Estaba limpia.

—Oh, me tomé la libertad de cambiarte a ropa limpia.

—Huelo horrible —dije y miré mis manos sucias.

—Para mí hueles maravilloso —sonrió Ben.

—No puedo creer que me hayas encontrado, Ben.

Entonces recordé el profundo corte que Mateo había infligido en el brazo de Ben.

—¿Cómo está tu brazo?

—Estará bien. No te preocupes por eso.

—Oh, Ben.

Las compuertas se abrieron inesperadamente y brotaron miedo, dolor, arrepentimiento y finalmente lágrimas de alegría. ¡Estaba libre! Verdaderamente libre del monstruo que había esclavizado no solo mi cuerpo sino también mi mente durante demasiado tiempo.

—Aún no estamos fuera de peligro, mi amor —dijo Ben mientras sostenía mi mano—. Tengo que sacarte de contrabando de México ahora, pero no te preocupes. Tengo un plan.

—La policía mexicana nos estará buscando, Ben. ¿No es así?

Mateo habría instruido a sus terribles secuaces para que me buscaran si algo le sucedía. De eso estaba segura. Y encontrarlo apuñalado hasta la muerte en su casa era una señal clara en mi opinión.

—Eventualmente, sí. Pero, por ahora, tendrán que encontrar el cuerpo de Mateo, y créeme, eso no será fácil.

No quería saber qué había hecho Ben con el cuerpo de Mateo. No me importaba, por insensible que pudiera parecer a los desinformados. Estaba libre y estábamos de camino a casa. Eso era suficiente para mí.

—¿Cómo me encontraste, Ben?

—Tuve algo de ayuda. Sam y sus chicos nos echaron una mano, nena.

—¿Cómo?

Escuché mientras Ben me contaba todo lo que había sucedido, empezando por el momento en que se dio cuenta de que Mateo me había llevado hasta el punto de mi escape.

—Eres mi héroe, Ben Forbes —sonreí y apoyé mi cabeza en su hombro.

—Oh, por cierto —dijo—, no me mencionaste el molesto loro. Eso casi fue un desastre.

—¿Loro? ¿Qué loro?

—El loro que me tenía fascinado —sonrió.

—No tengo ni idea de qué estás hablando. Solo puedo imaginar que Mateo debía estar cansado de discutir consigo mismo —dije poniendo los ojos en blanco—. O que su próxima víctima desprevenida era un fanático de los loros.

* * *

—¿Estás cómoda? —me preguntó Ben antes de cerrar la tapa.

—Sí, estaré bien.

Estaba metida en una pequeña caja debajo del asiento trasero del coche. La caja incorporada era ajustada, pero podía respirar y, si todo salía según lo planeado, cruzaría la frontera mexicana de vuelta a Estados Unidos sin ser detectada. Tenía que admitir que estaba feliz de que fuera la última vez que me sacaran de contrabando de México.

Nos habíamos detenido cerca del puesto fronterizo para que Ben pudiera ocultarme. No podía esperar para llegar a casa. Pasaría mucho tiempo antes de que volviera a viajar a ningún lado, al menos a propósito.

Ben arrancó el motor y comenzó a conducir. Todavía podía oír su voz, así que me mantuvo informada de lo lejos que estaba de la libertad.

—Vale, puedo ver la cola. Ni un ruido ahora, mi amor.

Mi corazón latía a mil por hora, pero intenté mantener la respiración estable. El coche redujo la velocidad y pronto nos detuvimos.

Por favor, Señor. Prometo no volver nunca más a este maldito lugar. Solo déjame llegar a casa sana y salva.

Oí la voz del oficial, muy débilmente, desde mi capullo. Luego escuché la de Ben. Sentí como si hubiéramos estado parados durante horas. Ben apagó el motor y luego se abrió la puerta del coche, y alguien rebuscó en la parte trasera del vehículo.

Joder, joder, joder...

Si me encontraban, tanto Ben como yo nos pudriríamos en una prisión mexicana para siempre. Había visto muchos programas de televisión sobre gente atrapada contrabandeando drogas. ¿Qué le harían a un hombre que estaba sacando de contrabando del país a la esposa de un hombre asesinado? ¡Ben seguro que iría a la silla eléctrica! ¿Por qué estaba tardando tanto?

La puerta del coche se cerró y el motor arrancó.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Libertad!

Tenía demasiado miedo para hablar, así que esperé a que Ben me indicara que todo estaba bien. No tuve que esperar mucho. El coche se detuvo de nuevo y oí a Ben juguetear con el cierre de la caja. Entonces, ¡luz del día!

—Eh, preciosa, ¿quieres tener una cita? —sonrió Ben.

—¿Tú qué crees? —respondí—. Pero, ¿puedo darme un baño primero? Estoy harta de Eau de Sótano by Mateo puto García.

—Claro, cariño —se rio Ben y me ayudó a salir de la caja.

* * *

—¡Peyton! —gritó mamá cuando abrí la puerta del coche—. Oh, mi niña angelical.

—Hola, mamá —dije y la abracé fuertemente mientras ella lloraba lágrimas de alegría.

—Mi cielo —dijo papá y nos rodeó a ambas con sus brazos.

—Lo siento mucho —dije.

—Ni se te ocurra —insistió papá—. No has hecho nada por lo que tengas que disculparte.

Permanecimos así durante mucho tiempo antes de que papá le hablara a Ben.

—No sé cómo agradecértelo, Ben.

—No hay nada que agradecer, Frank. Estoy tan feliz como tú de tener a Peyton de vuelta sana y salva.

—¿Tienes hambre, cariño? —preguntó mamá mientras me examinaba—. ¿Estás herida?

—Estoy bien, mamá. Me encantaría darme un baño.

No podía esperar para lavarme los restos de Mateo y su sótano.

—Por supuesto, mi niña. Ve a remojarte en la bañera y yo prepararé algo de comer —arrulló mamá.

—Te veo en un rato —dijo Ben.

Fue muy dulce de su parte quedarse abajo mientras yo me bañaba. Pensé que era muy respetuoso de su parte hacia mis padres. Qué caballero era.

—De acuerdo.

Me sentía como la reina Cleopatra mientras me remojaba en una bañera de agua caliente perfumada con aceite de baño. No podía creer que algo tan simple pudiera hacerme tan feliz. Mi mente no dejaba de volver al sótano. No podía evitar que los recuerdos interrumpieran mi paz.

Supuse que había pasado por una experiencia cercana a la muerte, así que salir ilesa era pedir demasiado. Pero tenía toda la intención de dejar atrás la pesadilla de Mateo. Todo lo que quería era concentrarme en mi vida con Ben.

Hubo un suave golpe en la puerta antes de que se abriera.

—Hola.

—Alyssa. Vaya, qué alegría verte. Pasa.

—¿Cómo te sientes, Pey?

—Como si hubiera sobrevivido a una avalancha.

—Peor. Al menos una avalancha es rápida.

—Cierto.

Alyssa se sentó en el borde de la bañera. Podía ver que había estado llorando. Le tomé la mano.

—Está bien, Lyssa. Estoy bien.

—Maldito cabrón —murmuró entre lágrimas.

—Gracias a Ben, el reinado del terror de Mateo finalmente ha terminado.

—Ese hombre es un santo, Peyton. Si no lo atrapas tú, lo haré yo.

Me reí mientras se secaba las lágrimas y esbozaba su sonrisa tonta.

—Oh, no te equivoques. Nunca voy a dejar ir a ese hombre.

—Bien por ti.

—¿Fue horrible, amiga? ¿Mateo... ya sabes...?

—No, gracias a Dios. No me tocó. No de esa manera, al menos. Aunque le excitaba golpearme.

—¿Crees que podrán relacionar su muerte contigo y Ben?

—Me impresionaría mucho si logran encontrarlo. Mateo, como sus dos primeras esposas, estará desaparecido para siempre.

—Así debe ser.

—Voy a bajar a ayudar a tu madre en la cocina. Tómate tu tiempo, pero no te quedes dormida ahí dentro. ¿Vale?

—Sí, sí. Bajaré pronto.

Alyssa salió del baño y yo me aseé. Una vez que me cambié y me puse ropa limpia, me tumbé en la cama un minuto para recuperar el aliento.

—Hola, preciosa —dijo Ben y me tocó el brazo.

Estaba oscuro en la habitación.

—¿Qué hora es? —pregunté, confundida.

—Son casi las doce de la noche. Te echaba de menos.

—¿Qué?

Debí haberme quedado dormida después del baño.

—¿Tienes hambre, mi amor? —preguntó Ben y me besó en la frente.

—¿Dónde están todos?

—Todos están dormidos. No quisimos molestarte, así que cenamos sin ti. Pensamos que necesitabas descansar más.

—Estoy muerta de hambre —dije.

Ben se puso de pie, pero lo agarré por la muñeca.

—No de comida. De ti. Ven aquí.

BEN

Hacer el amor con Peyton era mi sueño definitivo. La amaba completamente. Me quedé dormido con el amor de mi vida descansando en mis brazos, y podría haber muerto feliz sabiendo que ella estaba a salvo.

Pasamos dos días con su familia, después de los cuales Peyton estaba lista para regresar a Nueva York conmigo.

—Estaba un poco preocupado —le confesé en el vuelo de regreso.

—¿Preocupado?

—Sí. Ahora que Mateo ya no es un problema, pensé que tal vez querrías volver a vivir en tu ciudad natal.

—¿Y dejar atrás al hombre que amo? ¿Estás loco? —sonrió.

—Bueno, no lo has dicho con tantas palabras, ¿sabes?

—Lo sé, y lo siento por eso.

—No te disculpes, mi amor. Creo que entiendo por qué estabas tan a la defensiva antes. Después de haber visto a Mateo en persona, lo entiendo.

—Nunca quiero que ninguno de los dos vuelva a pronunciar su nombre, Ben. Nunca más.

—Estoy de acuerdo.

Peyton y yo pasamos el fin de semana encerrados en casa, haciendo el amor y contando nuestras bendiciones. Fue una dicha.

Aunque ambos habíamos acordado no volver a decir su nombre, seguimos pendientes de las noticias, por si acaso había algún informe sobre la desaparición de Mateo. Los policías corruptos probablemente estaban haciendo un esfuerzo concertado para encontrar a su gallina de los huevos de oro, pero claramente tenían cuidado de no hacer demasiado ruido.

—Tengo una idea —dije el domingo por la noche.

—¿Ah, sí? Cuéntame.

—Creo que deberíamos ir a la cabaña por unos días. Nos vendría bien la distracción. ¿Qué dices?

—Es una idea maravillosa, Ben, pero si no vuelvo pronto al trabajo, el hospital me despedirá.

—No te preocupes por eso. Moveré algunos hilos. El director general me debe un favor. ¿Te gustaría ir?

—¿Bromeas? Por supuesto.

—Genial. Tú ve haciendo las maletas. Yo le pediré a un colega que me sustituya para que mis pacientes estén atendidos.

—Suena maravilloso, Ben. Gracias.

—Te amo, Peyton.

—Yo te amo más, Ben.

* * *

—Es maravilloso aquí, Ben —ronroneó Peyton mientras yacíamos junto a la chimenea en la cabaña.

—No lo discuto —estuve de acuerdo y la besé en la coronilla mientras ella se recostaba contra mi pecho.

—Se siente tan diferente de la última vez.

—¿Diferente?

—Sí. Estoy mucho más relajada.

—No me sorprende. Esta vez no tienes esa sensación de temor sobre ti.

—Es cierto. Entonces... ¿qué tenías en mente para los días que estaremos aquí?

—Podemos hacer lo que tú quieras, mi hermosa.

—Hmmm... ¿cuánta leña dijiste que teníamos?

—Suficiente para durar dos inviernos.

—Oh, qué bien —sonrió Peyton y se quitó el suéter por la cabeza, tirándolo sobre la alfombra.

—Realmente empiezo a entender por qué te gusta tanto esta cabaña —sonreí.

—Prepárate para que te guste mucho más, Ben —me provocó y me bajó la cremallera del pantalón.

* * *

Mi familia no tenía ni idea de la terrible experiencia por la que Peyton y yo habíamos pasado. Owen me había llamado mientras estaba en México, pero obviamente no podía contarle lo que estaba haciendo, así que lo llamé una vez que volvimos a la ciudad.

—Hola, hermano. Has estado muy callado. ¿Está todo bien? —preguntó.

—Lo siento, hermano. Tuve que ocuparme de algo. Ya está todo resuelto.

—Bien. ¿Quieres que nos tomemos algo? —sugirió.

—Claro. ¿Esta noche en el club?

—Suena bien.

Llamé a Peyton después del trabajo y le dije que iba a encontrarme con mi hermano en el club para tomar algo. Ella se estaba preparando para trabajar en el turno de noche.

—Disfruta, mi amor —dijo—. Te veré más tarde.

—Estoy orgulloso de ti, Pey.

—¿Por qué? ¿Qué hice?

—Eres la mujer más valiente que conozco.

—No podría haberlo hecho sin ti, cariño.

Owen me estaba esperando en el club cuando llegué. Me había pedido una cerveza.

—Vaya, vaya, si es el trotamundos —sonrió cuando me senté—. Pensé que habías dicho que ya estabas harto de tanto viaje por el mundo.

—Oh, créeme, lo estoy. Gracias por la cerveza.

—De nada. Entonces, ¿qué hay de nuevo?

Me moría de ganas de contarle a alguien lo que había pasado. Rowan estaba en Europa, y además no quería que se preocupara por mí, así que supongo que solo me quedaba mi hermano. Estaba nervioso por contárselo porque sabía que me regañaría por no haberle dicho nada antes. Pero tenía que desahogarme, especialmente después de que Peyton y yo acordamos no volver a mencionar a Mateo en nuestras conversaciones.

—Voy a contarte algo, Owen, pero tienes que jurarme que nunca saldrá de esta habitación. ¿De acuerdo?

—Caramba, Ben. Suena serio. ¿Debería preocuparme por ti? —me preguntó con una mirada de temor.

—No. No hay necesidad de preocuparse. Todo está bien. Solo prométemelo.

—Está bien. Lo prometo. ¿Qué está pasando?

—Iba camino a México cuando me llamaste.

—¿México? ¿Por qué?

—Es una historia loca, Owen. No podrías inventarte esta mierda ni aunque lo intentaras.

—De acuerdo...

—¿Recuerdas que te conté que el ex de Peyton la maltrataba?

—Me acuerdo.

—Bueno, hay mucho más que eso, hermano.

—¿Cuánto más?

—Un camión de mudanzas lleno. Pero, antes de contártelo, quiero que sepas que Peyton es inocente en todo esto. Ella es la víctima... fue la víctima.

—Solo dímelo, Ben.

—Estuvo casada hasta hace como semana y media.

—¡¿Casada?! Estás bromeando.

—Sí, con un hombre que hace que Vlad el Empalador parezca un boy scout. Te lo digo, Owen, tendrías suerte si nunca conocieras a un ser humano así en diez vidas.

—¿Cómo te enteraste de él?

—Peyton me lo contó. Es una larga historia, pero la seguí una noche después del trabajo porque había estado tan condenadamente reservada sobre todo. No estoy orgulloso de ello, pero tenía que averiguar más sobre ella.

—Comprensible.

—En fin, ella pensó que era su marido quien la seguía, así que salió disparada y terminó chocando contra un árbol.

—¡Joder! ¿Está bien?

—Sí, está bien. Fue entonces cuando me contó toda la historia. Huyó de él y se estaba escondiendo aquí en Nueva York. Él fue quien la tiró por las escaleras, causando que perdiera a su bebé.

—Maldita sea, Ben. Esto es impactante.

—Sí, pero eso es solo la punta del iceberg. Resulta que este bastardo había matado a sus dos primeras esposas y Peyton se enteró por casualidad. Intentó matarla a ella también, y fue entonces cuando escapó y huyó.

Owen se pasó las manos por el pelo. Me miró con incredulidad.

—Joder, Ben. Tienen que ir a la policía. ¿Y si viene por ti?

—Ya llegaré a eso.

—¿Qué demonios, hermano? ¿Por qué no me lo has contado antes? Habría estado allí contigo.

—No quería contárselo a nadie, Owen. Resulta que el tipo tenía a la policía mexicana en el bolsillo. Era intocable.

—¿Era?

—Sí. Digamos que ya no es un problema.

—¿De qué diablos estás hablando, Ben?

Procedí a contarle a mi hermano todo lo que había sucedido hasta la muerte de Mateo, inclusive. Él se quedó ahí sentado, mirándome como si me hubiera vuelto loco. Sabía que nunca se lo contaría a nadie, pero sentí como si estuviera traicionando a Peyton solo por hablar de la surrealista experiencia.

Cuando terminé, Owen llamó al camarero y pidió dos whiskies, sin hielo.

—Estoy furioso contigo, Ben. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Lo siento, Owen, pero no podía involucrar a nadie más. Especialmente no a mi hermano pequeño. Te quiero demasiado como para verte herido.

—Entonces, ¿ahora qué?

—Bueno, hemos estado atentos a las noticias, pero hasta ahora no se ha mencionado nada sobre su desaparición.

—Supongo que no van a encontrar ninguna evidencia, ¿verdad?

—Ni de coña. Sam se encargó de eso. No hice demasiadas preguntas. Tampoco es que él me fuera a compartir los detalles en cualquier caso.

—Pobre Peyton. ¿Cómo está?

—Es la mujer más valiente que he conocido en mi vida. Estará bien.

—Me alegro de que me lo hayas contado, Ben. ¿Cómo estás tú? No debe ser fácil cargar con este equipaje.

—¿Por qué crees que te lo conté? Tenía que sacarlo. Me siento mucho mejor ahora. Siento habértelo soltado todo.

—No digas tonterías. Ya sé —dijo después de unos momentos de silencio entre nosotros—. No hay problema que un buen viaje de pesca no pueda resolver —sonrió—. ¿Qué te parece si empacamos a las chicas y unas cuantas cajas de cerveza y nos vamos al río un fin de semana de pura pesca y comida al aire libre?

—¿Sabes qué, hermanito? Eso suena como una maldita buena idea.

—Genial. Además, necesitas practicar tus habilidades de pesca de todos modos. La última vez que conté las capturas, te quedaste corto, hermano mayor.

—Oh, por favor. Eres pésimo en matemáticas. ¡Y haces trampa!

—Oye, no puedo evitar ser el encantador de peces de la familia —sonrió y pidió otra ronda de cervezas.

Sentí como si me hubieran quitado un peso de encima cuando conduje a casa esa noche. Nunca se lo conté a Peyton, pero tuve pesadillas durante mucho tiempo después, en las que luchaba con Mateo por el cuchillo. Baste decir que la pelea no siempre terminaba a mi favor.

Me preguntaba si alguna vez volvería a ser el mismo. Lo dudaba. Hundir un cuchillo en el pecho de otro hombre y verlo morir cambiaba la forma en que uno veía el mundo.

Claro, había matado antes cuando estaba en el ejército, pero eso era la guerra.

Estabas en una guerra, Ben. Era o tú y Peyton o Mateo. No seas tan duro contigo mismo. Fue un acto de amor verdadero. Peyton te necesitaba y no había otra opción.

Me repetía eso cada vez que me despertaba empapado en sudor frío por la pesadilla recurrente. Unos meses después del incidente, los sueños se detuvieron. Por fin estaba listo para seguir adelante con mi vida junto a Peyton.

PEYTON

Nunca se lo había contado a nadie, pero cada día después de perder a mi bebé, pensaba en ella. Me preguntaba cómo habría sido su aspecto, cómo habría sonado su voz... cosas que una madre sueña antes de conocer a su hijo. Intentaba olvidar que alguna vez había existido, pero era imposible.

Había pasado un año desde la muerte de Mateo. Mi vida estaba de nuevo encaminada. Disfrutaba cada minuto en el hospital y atesoraba mi tiempo con Ben. Pero algo faltaba. Sabía que ese vacío siempre estaría ahí. Quería un hijo.

Decidí hablar con Ben sobre ello una noche después de hacer el amor. Debió haber percibido que tenía algo en mente. Era muy intuitivo cuando se trataba de mí.

—¿Qué pasa, mi amor? —preguntó—. ¿No eres feliz?

—Por supuesto. Soy muy feliz, cariño. Es solo que...

—¿Qué? Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

—Todo en nuestra vida juntos es perfecto, Ben. Nuestras carreras nos hacen felices; tenemos amigos increíbles y nuestras familias son maravillosas. Pero siento que falta algo. Quiero un bebé.

Ya está. Lo había dicho.

—De acuerdo...

—¿Qué pasa? ¿Tú no? ¿No estás listo?

—Mi amor. Por supuesto que estoy listo. No puedo imaginar nada más emocionante que compartir un hijo contigo.

—Entonces, ¿por qué la vacilación?

—Bueno, no estoy seguro de que vaya a ser un camino de rosas. El embarazo, quiero decir. Hubo mucho daño cuando... cuando te caíste por las escaleras y perdiste a tu primer hijo, mi amor.

—Lo sé. Pero, Ben, eres el cirujano más talentoso en tu campo. Puedes arreglarlo, ¿verdad?

—Por supuesto, haré todo lo posible, Peyton. Pero no quiero que te hagas ilusiones. No quiero

ser responsable de no poder darte tu sueño. Nuestro sueño.

Me di cuenta de que estaba poniendo mucha presión sobre Ben. Me sentí mal por ello. Pero honestamente, sabía que si alguien podía ayudarme, era él.

—Por favor, inténtalo.

—Está bien, mi amor. No puedo decirte que no. Haré todo lo posible. Pero prométeme que no pondrás demasiada presión sobre tu cuerpo para lograrlo. Te amo tanto, incluso si no podemos tener hijos. Siempre te amaré, Pey.

—No lo haré. Gracias, cariño.

Me acurruqué en sus brazos, satisfecha de que no me decepcionaría.

—La buena noticia es que podremos tener mucho sexo para hacer bebés si tienes éxito —ronroneé y besé el lugar de su brazo donde Mateo había cortado la carne.

La cicatriz casi había sanado, pero tenía la sensación de que las marcas permanecerían como un recordatorio de lo cerca que había estado de perder a mi Ben.

Madison me llamó al día siguiente.

—Hola, hermana. ¿Cómo estás? ¿Cómo está la pequeña Gabi?

—Hola, Pey. Estamos todos muy bien, gracias. Craig y yo decidimos que necesita hacerse la vasectomía. Honestamente, creo que mi corazón era demasiado grande cuando pensé que tener más de tres hijos sería divertido. Gabi me ha curado de esa idea estúpida.

Me reí.

—¿Tan ocupada está?

—Ay, Dios mío, Pey. Tiene más energía que los dos niños juntos. La niña es alérgica a quedarse quieta. Fuimos a la playa el otro día, y te juro que busqué en mi bolso por apenas diez segundos para levantar la vista y descubrir que la señorita había desaparecido.

—Oh, mierda, Madi. ¿Qué pasó?

—Su Alteza se fue a dar un paseo para ver si podía encontrar algo interesante para comer en el bolso de otra persona. La niña me asustó muchísimo. Ahí estaba yo, corriendo por la playa como una loca, pensando que mi hija había sido secuestrada.

—Joder, Madi. ¿Dónde la encontraste?

—La pequeña diablilla estaba charlando con el socorrista y compartiendo su paquete de patatas fritas con él. Bueno, ¡estaba harta! Recogimos todo y nos fuimos a casa. Te juro que voy a tener que ponerle una correa a esa niña.

No pude evitar reírme de mi hermana. Madi siempre había sido tan tranquila y organizada. Escucharla perder los estribos era extrañamente reconfortante. Ya no me sentía como la hermana pequeña inadecuada.

—En fin, no te llamé para quejarme de mi terrorista en miniatura. ¿Cómo están tú y Ben? ¿Cómo

va el trabajo?

—Ben es un ángel, y el trabajo es agotador pero bueno.

—Eso es maravilloso, Pey. ¿Qué más hay de nuevo?

—Hablé con Ben anoche sobre tener un bebé.

—Oh, eso es maravilloso. ¿Qué dijo?

—Está entusiasmado. No va a ser fácil, sin embargo. No estoy segura de poder quedar embarazada después del desastre que Mateo hizo de mí.

—Lo siento mucho, Peyton. Me duele el corazón por ti.

—Gracias, Madi. Ben va a ver si puede hacer un poco de control de daños. Reza por nosotros.

—Por supuesto. ¿Cuándo va a operar?

—Te lo haré saber.

Charlamos un rato más antes de colgar.

La esperanza es lo último que se pierde, Peyton.

* * *

La presión era grande. El peso de ayudar a Peyton y, con suerte, ser fundamental para que pudiera tener un embarazo exitoso recaía sobre mí. Llamé a varios expertos en el campo de la ginecología quirúrgica para que me asistieran en la operación.

Peyton estaba nerviosa. Podía notarlo por la forma en que mordisqueaba furiosamente su labio inferior mientras yacía en la camilla del quirófano.

—Deja de estresarte, mi amor. Ese es mi trabajo —sonreí y la besé.

—¡Uf! Ojalá ya hubiera terminado.

—Tú y yo, preciosa. ¿Estás lista?

Peyton asintió.

Dos enfermeras de quirófano se acercaron a ella y la ayudaron a subir a la mesa de operaciones. La conectaron a una vía intravenosa y pronto todos estuvimos presentes y listos para empezar.

—Muy bien, linda —sonrió el anestesista—, ya sabes cómo va esto. Empecemos a contar.

Escuché cómo Peyton empezaba por el diez. Se quedó dormida antes de llegar al seis.

—Bien, caballeros y señora. Veamos qué podemos hacer aquí —dije, tomé el bisturí e hice una incisión.

Una hora y media después, suturamos a Peyton y me dirigí al lavabo para quitarme los guantes y el delantal. Ambos estaban cubiertos de sangre.

—Eso fue difícil, Ben —dijo el Dr. Andrews e hizo lo mismo.

—La más difícil hasta ahora —asentí.

—Hizo un trabajo espléndido ahí dentro, Dr. Forbes —dijo de nuevo.

—Gracias.

—No creo que nadie pudiera haber hecho más.

—Solo espero que haya sido suficiente.

—Todo lo que nosotros y la paciente podemos hacer ahora es esperar. Tomará tiempo sanar. No sé usted, pero yo tengo esperanzas.

Esperé con Peyton hasta que despertó.

—¿Cómo fue? —preguntó, aún adormilada.

—Fue bien, mi amor. Ahora toca esperar.

—De acuerdo —dijo y cerró los ojos de nuevo.

Por favor, Dios, dale a esta pobre mujer una oportunidad de ser madre.

* * *

Alyssa estaba pasando la semana conmigo. Yo estaba en reposo en cama después de la operación, así que Ben la llamó y los dos me sorprendieron. Era maravilloso tenerla conmigo. ¡Especialmente porque me dolía horrores hasta orinar!

Alyssa era una excelente enfermera. Sus habilidades culinarias dejaban mucho que desear, pero de todos modos no tenía mucha hambre y Ben era genial trayendo la cena a casa.

—Estoy cansada de hablar de mí —dije—. Cuéntame de tu vida, Lyssa.

—Bueno, la mía no es ni la mitad de emocionante que la tuya, pero la disfruto —dijo mientras se sentaba al borde de la cama, pintándose las uñas.

—¿Tienes el ojo puesto en algún doctor guapo?

—Qué curioso que preguntes —sonrió.

—¿Qué? ¿Me has estado ocultando algo?

—No, pero has estado un poco distraída últimamente, así que pensé en esperar un tiempo para presumir.

—¡Suéltalo! —me incorporé sobre la almohada—. Ay, maldita sea. Esto duele.

—Déjame ayudarte.

—Tienes las uñas mojadas. Me las arreglaré.

—Uf... está bien, eso está mejor. Soy toda oídos. ¿Quién es este hombre afortunado?

—Se llama Tom. Es un residente de cuarto año, se especializa en cirugía plástica. No es que él vaya a necesitar nunca. ¡El Señor hizo a ese hombre perfecto!

—Oh-oh, conozco esa mirada. Estás enamorada, ¿verdad?

—Desesperadamente.

—¿Ustedes dos ya están haciendo cositas?

—¡Peyton Taylor! Soy una mujer casta y decente.

No pude evitar reírme... ¡lo que dolió como el demonio!

—Oh, por favor, para. Reírme duele —dije y me agarré el vientre.

—Vale, vale. Si tienes que saberlo, sí. Lo hemos hecho, y déjame decirte, ¡es el mejor sexo que he tenido en mi vida! Sin comparación. Pero no es solo el sexo. Es todo. Te lo digo, Pey, creo que es el indicado.

—Vaya, vaya, más despacio. ¿Esto viene de una mujer que solía burlarse del matrimonio? ¿Quién eres?

—Tom es increíble. Lo traeré la próxima vez que te visite.

—¿De dónde es?

—De Texas.

—Yeehaa, vaquera —sonreí—. A cabalgar.

Alyssa estaba radiante. Me encantaba verla así.

—¿Cómo estás realmente, Pey?

—Estoy feliz. Ben es un sueño hecho realidad. Solo espero que esta operación resulte un éxito. Me encantaría tener sus bebés.

—Algún día mirarás atrás a este momento, cuando estés maldiciendo a tus hijos por arrastrar barro por toda la casa, y te reirás de lo tonta que fuiste por dudar.

—De tu boca a los oídos de Dios, Lyssa.

—Amén.

Ben llegó temprano a casa. Trajo filetes y los asó afuera en la parrilla. Me recordó a la primera vez que visité su casa. ¿Quién hubiera imaginado entonces cómo se desarrollaría mi vida?

Sin Mateo, una carrera prometedora, un hombre maravilloso que me amaba apasionadamente y la esperanza de tener un bebé propio.

Ben y yo nos retiramos temprano esa noche. Me recosté sobre su brazo mientras charlábamos en la oscuridad.

—¿Cómo estuvo tu día, preciosa? —preguntó Ben mientras me acariciaba el cabello.

—Estuvo bien. Aunque te extrañé. Me alegro de que hayas podido venir temprano a casa.

—He estado tan ocupado, siento que te estoy descuidando.

—Tonterías. Además, Alyssa me mantiene bien entretenida. Tiene un nuevo hombre en su vida.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Un doctor de Texas. Parece que es algo serio.

—Bueno, si es de Texas, debe estar acostumbrado a enlazar y domar caballos salvajes —Ben se rio entre dientes.

—Debe ser muy hábil. Al igual que tú, mi sexy sensei.

—Mmm, acabas de ganarte un delicado regalo —gruñó Ben juguetonamente y desapareció bajo las sábanas.

—Ten cuidado —jadeé.

—Confía en mí. Soy doctor.

PEYTON

—Conozco ese mordisqueo —dijo Ben una mañana mientras yo me miraba el cuerpo en el espejo de cuerpo entero del dormitorio—. ¿Qué te preocupa, cariño?

—Han pasado ocho meses, Ben. ¡Ocho meses!

No había nada más desmoralizador para una mujer que comprar una prueba de embarazo cada mes, contener la respiración durante los tres minutos establecidos y encontrar un resultado negativo una y otra vez. Estaba completamente harta.

—Mi amor —dijo Ben y se acercó para rodearme con sus brazos—. Ocho meses no es mucho, considerando...

—Considerando que soy un desastre —terminé su frase.

—No, no lo eres —dijo y me acarició suavemente el vientre con la mano—. Eres hermosa... un poco impaciente... pero hermosa. Además, debo decirte que estoy *realmente* disfrutando la práctica —ronroneó y me besó el cuello.

—Lo siento, cariño. Sé que estoy actuando como una lunática.

Ben me giró para que pudiera mirarlo a la cara.

—Peyton, te querré de cualquier forma. Te amo.

Me reí y lo besé.

—Yo también te amo, Ben.

—Ahora, mete ese lindo trasero en esos pijamas quirúrgicos y vamos a trabajar.

—Sí, Sensei Forbes.

Llamé a Alyssa de camino al hospital.

—¿Qué hay de nuevo, Doc? —contestó.

—Qué graciosa. Estoy deprimida, necesito una charla motivacional rápida.

—Está bien, veamos. Tienes un trasero espectacular, eres muy inteligente... ehm... vives con el hombre más perfecto que jamás haya respirado...

—Y aun así no puedo quedar embarazada —la interrumpí.

—Ay, cariño. Para ya. Solo estás hormonal. Lo lograrás. Tienes que ser paciente.

—Te quiero muchísimo, Lyssa, pero si me dices eso una vez más, tendré que acabar contigo.

—¡Caramba! Esos medicamentos para la fertilidad te están poniendo muy irritable. Espero que no le hayas hecho nada horrible a Ben todavía.

—No. ¿Cómo podría? Él es perfecto. Yo soy la que está rota.

—Para ya, Pey. No estás rota. Solo un poco lenta en la salida.

—Gracias, cariño. Perdón por ser una aguafiestas.

—Vale, ve a recetar algunos medicamentos. Siempre me hace sentir mejor.

—De acuerdo. Hablamos luego.

Alyssa tenía razón. Mis hormonas estaban subiendo y bajando como un sube y baja. Los días en que me sentía arrastrada por el suelo eran los más difíciles. Era uno de esos días. Me sentía fatal. Cansada como el infierno y bastante malhumorada.

A mitad del día, me escabullí para encontrar un lugar tranquilo donde pudiera recostar la cabeza unos minutos.

—Peyton. Peyton, despierta.

Abrí los ojos y encontré a Olivia de pie sobre mí. Debí haberme quedado dormida.

—Realmente necesitas decirle a Ben que te deje descansar un poco por la noche —sonrió—. Has estado dormida durante dos horas. Lamento despertarte, pero si la supervisora te encuentra, te va a regañar.

—Oh, mierda —dije, frotándome los ojos—. Gracias, Livvy. Te debo una.

—No hay problema.

Me senté y me froté la cara.

—¿Estás segura de que no estás embarazada? —me preguntó.

—Ojalá. Son las inyecciones. Me hacen sentir como si estuviera permanentemente con resaca.

—Vale, si tú lo dices. Pero yo me haría la prueba si fuera tú.

—¿Y gastar otro mes de salario en pruebas de embarazo? Ni hablar.

—Bien, gruñona. Te veo afuera.

—¡Uf! Gracias.

¿Podría ser? Olivia tenía razón. No me había hecho una prueba en un tiempo, y tenía un retraso. Pero a menudo tenía retrasos, así que.

El turno se hizo eterno, y no podía esperar para llegar a casa y dormir. Me tiré en la cama con

todas mis fuerzas cuando llegué a casa esa noche. Estaba profundamente dormida cuando Ben llegó. De hecho, dormí de corrido hasta la mañana siguiente.

—Bueno, hola, Bella Durmiente —dijo y colocó una taza de café junto a mí en la mesita de noche.

—Vaya. No puedo creer que haya dormido toda la noche. Lo siento, cariño.

—No seas tonta. Debías necesitarlo. ¿Cómo te sientes?

—Un poco mejor, en realidad.

—Genial. Toma —dijo y me entregó una prueba de embarazo—, haz pis en esto para el Doctor.

—¿En serio, Ben?

—Ajá. Hazme el favor.

—Uf... está bien.

La tomé y fui al baño. Oriné en la varilla, la dejé en el borde de la bañera y volví a por mi café.

—¿Cambiaste la marca? Este café sabe raro.

Ben fue al baño y volvió con la varilla en la mano.

—Ehm, creo que quizás quieras echarle un vistazo a esto —dijo y sonrió.

¡No! ¿Podría ser? ¿Estaba...?

Me la entregó y ahí estaba. ¡Dos líneas!

Me quedé mirando la pequeña ventana. Me quedé sin palabras por unos momentos.

—Felicidades, mi amor. Lo has logrado —sonrió Ben y me besó.

—No, tú lo has logrado, Ben —dije y comencé a llorar.

—Más vale que sean lágrimas de felicidad.

—Sí —sollocé—, creo que sí. ¿Quién demonios sabe? Soy un desastre emocional.

—Bienvenida a la maternidad, cariño —se rió y me abrazó fuertemente.

* * *

Madi y Alyssa se volvieron locas cuando les di la noticia. Mamá lloró y papá empezó a comprar bicicletas de equilibrio y bates de béisbol acolchados.

La familia de Ben estaba igual de emocionada. Owen y Suzy se habían comprometido y estaban muy contentos por nosotros. Los padres de Ben se ofrecieron a empezar un fondo para la universidad y trajeron un oso de peluche gigante para felicitarnos.

Ben y yo estábamos muy felices. Aunque yo estaba un poco nerviosa. Había sido tan difícil

concebir que me preocupaba que nos estuviéramos ilusionando demasiado pronto. Pero Ben me animaba e insistía en que me mantuviera positiva. Que Dios lo bendiga.

—¿Estás lista, cariño? —me preguntó mientras aplicaba el gel en la sonda del ultrasonido.

—¿Bromeas? ¡Llevo ocho meses lista! —sonreí.

Estaba de unas seis semanas y no podía esperar para ver quién estaba causando tanto alboroto dentro de mi cuerpo.

Ben observaba el monitor del ultrasonido mientras movía la sonda. Yo estaba demasiado nerviosa para mirar, así que me quedé mirando al techo.

—¿Y? —pregunté con impaciencia.

—Echa un vistazo.

Tomé una respiración profunda antes de girarme a mirar.

—¿Qué? ¿Estoy viendo bien? —pregunté muy despacio.

—Depende. ¿Qué estás viendo?

—O nuestro bebé tiene tres piernas, o...

—O hay dos bebés ahí dentro —sonrió Ben, orgulloso como un pavo real.

—¿Qué? ¡Gemelos!

—Con razón estás tan cansada todo el tiempo. Tu cuerpo está trabajando duro.

—Cielos... ¿están bien?

—Vaya pregunta. Son nuestros bebés. Claro que están bien. Fuertes como toros.

—¿Puedes ver el sexo?

—Estoy mirando. Dame un segundo.

¡Dos bebés! ¡Vaya! No podía creerlo. Apuntaba a uno, pero bueno... dos también me vendrían bien.

—¿Puedes decirlo, cariño? —pregunté impaciente.

—Solo puedo decir que uno de ellos es niño. El otro bebé está ocultando su género. Seguro que podremos saberlo en una etapa posterior.

—No. No quiero saber —dije por impulso—. Dejémoslo como sorpresa.

—Eh, eso podría ser un problema para mí. Yo haré las ecografías. Tendré que verlo.

—Está bien. Pero no me lo digas. ¿Vale?

—Vale, loquita —sonrió Ben.

—Oye, loca como un zorro —sonreí.

—Te amo, chiflada —se rio Ben y me besó.

—Eh, ya está lleno ahí dentro. No te hagas ideas —bromeé.

—Cariño, siempre hay espacio para papá.

* * *

Me sentía como una ballena. Me dolían los pechos, los tobillos se me estaban hinchando, ¡y nunca había orinado tanto en mi vida! Pero estaba delirante de felicidad. Estaba de siete meses y Alyssa me visitaba por unos días.

Estábamos en una cafetería, donde me había acostumbrado a pedir una ensalada de sandía y feta, con anchoas añadidas. Era bastante habitual, y la camarera me la traía sin que yo se la pidiera.

—Estás loca, Pey —dijo Alyssa mientras me veía devorarla.

—Espera a que tengas antojos raros. No puedo evitarlo. Esto sabe taaaan bien.

Alyssa se rio y comió su tocino con huevos.

—Uf, tengo que hacer pis otra vez. Ya vuelvo.

—Ajá.

Me tambaleé hasta el baño y me senté a orinar por lo que sería la vigésima vez esa mañana. Fue entonces cuando lo vi. Mi cuerpo se enfrió.

No. Sangre.

—¿Qué pasa, Pey? —preguntó Alyssa cuando volví a la mesa—. Estás pálida como un fantasma.

—Estoy sangrando —fue todo lo que pude decir.

Alyssa tardó un momento en asimilarlo.

—Eh, vale. No te asustes. Vamos a llevarte con Ben. Yo pagaré la cuenta.

Mi cabeza daba vueltas. No podía pensar. Era como si mi mente hubiera ejecutado un apagado sin mi permiso.

—Vale —fue todo lo que pude decir.

* * *

—Háblame, Ben —supliqué mientras él miraba el monitor.

—Está bien, Peyton. Cálmate, mi amor. Los bebés están bien.

—¿Estás seguro? ¿Por qué demonios estoy sangrando?

—Es placenta previa, cariño. Estás sangrando bastante, así que tendrás que pasar el resto de tu embarazo en cama, pero los bebés estarán bien.

—Oh, gracias a Dios. Estaba tan asustada, Ben.

—Bueno, si te sirve de consuelo, creo que necesito cambiarme la ropa interior —dijo y soltó un profundo suspiro.

—Lo siento, cariño.

—No tienes nada de qué disculparte. Lo estás haciendo genial.

—¿Reposo en cama? ¿En serio?

—Ajá. Sé que es un fastidio, pero es la opción más segura.

—Será mejor que dejes entrar a Alyssa. Debe estar frenética ahí fuera en la sala de espera.

* * *

—Hola, hermana. ¿Cómo te sientes?

—Trepando por las paredes. Te digo, Madi, si no veo una cama en otro año será demasiado pronto.

—¡Ja! Eso dices ahora. Espera a que nazcan los bebés. Ya sabes lo que dicen de los gemelos: el doble de diversión, cuatro veces el trabajo.

—Cualquier cosa tiene que ser mejor que ver repeticiones de Dallas y Friends.

—Solo digo que tengas cuidado con lo que deseas.

—Supongo.

—Por cierto. Hablé con mamá y Craig, y han accedido a cuidar del clan para que pueda estar contigo cuando des a luz.

—¡Oh, Madi! Esa es una noticia maravillosa.

—¿Verdad? Podré ver a tus nuevos bebés y terminar una frase y hacer pis sin ser interrumpida —se rio.

—¿Cuándo vienes?

—Te harán la cesárea la semana que viene, ¿no?

—Sí, y ni un momento demasiado pronto, te lo aseguro.

—Genial. Entonces te veré en unos días. Estoy tan orgullosa de ti, Pey.

—¿Qué? ¿Por finalmente quedar embarazada? —bromeé.

—Sí, eso. Y por mantener la fe.

—Gracias, Madi. Te quiero.

* * *

—Hola de nuevo —me saludó la enfermera del quirófano con una sonrisa.

—Sí, he vuelto —sonreí, nerviosa.

—Este es un día muy emocionante para usted y el Dr. Forbes —sonrió—. No podríamos estar más contentos.

—Gracias.

—Hola, preciosa —la voz de Ben resonó en el pasillo—. ¿Lista para conocer a nuestros bebés?

—¿Bromeas? He estado lista toda mi vida.

—Eres tan linda —sonrió y me besó—. Muy bien. Vamos a por nuestros bebés, cariño.

—Estoy lista.

La epidural no fue dolorosa, solo incómoda. Poco después no sentía nada de cintura para abajo. No podía ver más allá de la pantalla, pero escuchaba la conversación. Sentí tirones y vi a una enfermera llevando un pequeño bulto a la esquina de la habitación.

—¿Está bien el bebé? —pregunté, nerviosa.

Una vocecita diminuta comenzó a llorar.

—Oh, sí. Su hijo tiene un buen par de pulmones.

Unos momentos después, otro pequeño bulto hizo su aparición.

—¿Ben? ¿Qué es?

Otra voz, aún más pequeña, comenzó a hacer alboroto.

—¿Ben?

—Está todo bien, mi amor. Los tenemos a los dos. Son hermosos.

Escuché a uno de los cirujanos decir que me cosería. Ben rodeó la pantalla y sostuvo a nuestros recién nacidos en sus brazos.

—Felicidades, preciosa. Tenemos una parejita.

PEYTON

—Iré yo —dijo Ben y puso su mano en mi espalda.

Los gemelos eran hermosos, pero, vaya, Madi había dado en el clavo. Mi vida era un sinfín de sujetadores y camisetas manchados de leche, vómito en mis hombros, alimentaciones a medianoche y patrullas de pañales.

Ben era brillante. Una vez que pasaron los primeros días y Madi regresó a casa para atender a sus tres hijos, él se involucró y ayudó en todo lo que pudo. No había forma de que pudiera volver al trabajo por el momento, pero no me importaba. Habría mucho tiempo para ser médica. Me lancé de lleno a la maternidad.

Los sábados eran nuestros días de "salida familiar". Los bebés tenían tres meses, y Ben y yo los llevábamos a desayunar a una cafetería cerca de nuestra casa. Ben compró uno de esos cochecitos dobles que parecían poder usarse para hacer senderismo extremo, y nos turnábamos para empujar a la pandilla por el vecindario.

La camarera que anteriormente me había servido el batido de sandía ahora sabía que debía traerme un desayuno inglés completo y un galón de café descafeinado. Ben se quedaba con la opción de desayuno continental y sonreía cada vez que me veía devorar mi comida.

—Oye, estoy amamantando —sonreía yo.

—Añoro los días en que esos cachorros perfectamente respingones solían ser todos míos —me guiñaba un ojo.

—Yo también.

—Pensé que podríamos invitar a la familia a una barbacoa este domingo —dijo y tomó un sorbo de su café.

—Eso sería agradable.

—Genial.

Leyla empezó a quejarse, así que Ben la levantó y la distrajo. Adoraba a su papá. Chad estaba profundamente dormido. Le encantaba dormir. No es que me estuviera quejando.

—Es una fierecilla. Igual que su mami —bromeó Ben.

—Parece que las mujeres de mi familia están hechas así.

Terminamos nuestra comida y dimos un paseo de vuelta a casa. Tomé una siesta rápida mientras Ben y los bebés veían un partido de fútbol en la tele. Mi vida era pura felicidad.

El domingo por la mañana llegó rápidamente. Aunque, de nuevo, el tiempo volaba cuando eras madre de gemelos. Sonó el timbre y Ben fue a abrir.

—¿Tus padres llegaron un poco temprano, no? —dije mirando mi reloj.

—¡Hola! —escuché desde el vestíbulo—. ¿Dónde está mi princesa?

—¿Papá?

Mamá y papá entraron al salón como si nada.

—¿Qué hacéis aquí? —dije emocionada.

—Oí que habría una barbacoa, y ya sabes lo que siento por el entrecot —se rió papá y me dio un gran abrazo.

—Sorpresa —sonrió mamá.

—¿Qué? Ben, ¿hiciste esto tú?

—Por supuesto. Te prometí una barbacoa familiar.

—Oh, qué pillo. Gracias, cariño.

—De nada, mi amor.

—¿Dónde están mis nietos? —insistió papá.

—Sí, nos moríamos por verlos otra vez. Sé que solo han pasado dos meses, pero apuesto a que son el doble de grandes que la última vez.

—Iré a buscarlos.

Miré hacia atrás y vi a mi padre y a Ben charlando alegremente. Mi corazón rebosaba de gratitud y amor.

* * *

—Peyton se ve tan feliz, Ben. Sé que está feliz de ser madre, pero sé que tú has hecho la mayor contribución a su alegría. Gracias, Ben.

—Amo tanto a su hija. Me ha hecho más feliz de lo que jamás pensé que podría ser. Y los gemelos son una alegría. ¿Podemos dar un paseo por el jardín, Frank? Hay algo de lo que quería hablarle.

—Claro. ¿Está todo bien?

—Oh, sí. No hay ningún problema.

Frank y yo salimos de la habitación mientras las mujeres arrullaban a los gemelos. Estaba un poco nervioso.

—Quería preguntarle algo, Frank.

—Adelante.

—Quiero casarme con Peyton y me gustaría tener su bendición.

—Ya veo.

—Sé que hicimos las cosas un poco al revés, pero creo que ahora es el momento adecuado para hacerlo oficial.

—Ben, eres un tesoro. Nada me haría más feliz, hijo.

Frank me estrechó la mano y luego me dio un abrazo de oso.

—Bienvenido a la familia —dijo.

—Feliz de ser parte de ella, papá.

Mis padres, Owen y Suzy llegaron justo después del mediodía. La música sonaba afuera en la piscina y las mujeres charlaban, ocupándose de los niños. Era una escena perfecta.

Me levanté en la mesa del almuerzo y golpeé mi copa. Todos los ojos se volvieron hacia mí.

—No puedo decirles lo maravilloso que es tenerlos a todos aquí —comencé—. Frank, Millie, gracias por hacer tiempo para estar aquí con nosotros. En cuanto al clan Forbes, intenten dejar algo de comida para nuestros invitados, ¿de acuerdo?

—¿Quién le dio permiso a este payaso para hablar? —se burló Owen, y se sirvió otro trozo de entrecot en su plato.

—Está bien, tranquilos —me reí y luego me volví hacia Peyton.

—Peyton, amor de mi vida, gracias por hacer este día especial. Te amo con todo mi corazón y tengo otro regalo para ti.

Metí la mano en el bolsillo y saqué una caja. Escuché jadeos alrededor de la mesa mientras la abría y la sostenía frente a ella.

—Peyton Taylor, ¿me harías el hombre más feliz del universo y te casarías conmigo?

Me miró con ojos grandes y luego volvió a mirar el anillo.

—Eh, creo que quisiste decir Doctora Peyton Taylor —sonrió con suficiencia, con unos ojos grandes y llorosos—. Y sí. Me casaré contigo, Sensei Forbes.

* * *

—¿Por qué estoy tan nerviosa? —dije, intentando abrochar mi corpiño con dedos temblorosos.

—Se supone que debes estarlo —se rio Alyssa—. Estás a punto de convertirte en "la esposa", "la

bola y la cadena", la...

—Me lo merezco por hacer una pregunta estúpida —dije y puse los ojos en blanco—. ¿Me ayudas con este maldito botón?

—Te ves impresionante, Pey —dijo y me ayudó con el molesto botón.

—Lo estás, y Ben no podría pedir una novia más perfecta —añadió Madi.

—Gracias, chicas.

—Hola, preciosa —dijo mamá mientras entraba en la habitación—. Vaya. Te ves tan hermosa, cariño.

Mamá había estado cuidando a los gemelos mientras yo me vestía. Esta era mi segunda boda, pero, honestamente, en lo que a mí respectaba, era la primera y única que importaba.

Ben y yo habíamos estado juntos el tiempo suficiente para que yo supiera exactamente quién era él. No tenía absolutamente ninguna duda de que me estaba casando con el hombre de mis sueños, el padre de mis hijos y mi alma gemela.

—Ben te va a embarazar con otro par de gemelos cuando te vea con ese vestido —sonrió Alyssa.

—Por favor, no. Un par es suficiente. Creo que seré feliz con solo uno la próxima vez.

—¿La próxima vez? Y pensar que yo era considerada la criadora de la familia —se rio Madison.

—Parece que tienes una sana rivalidad entre hermanas aquí, Madi —dijo Alyssa y me dio una palmada en el trasero.

—Oh, no. Tú eres la siguiente, Dra. Collins. De hecho, estoy bastante sorprendida de ver que aún no has atrapado a ese texano tuyo. Estás perdiendo el toque, Lyssa.

—Todo a su debido tiempo. Estoy trabajando en ello —sonrió.

—Es bastante apetecible, Alyssa —añadió Madi.

—¿Verdad que sí? —opinó mamá.

—Vale, ya basta. Yo lo vi primero —se rio.

—¿Cómo vamos de tiempo? —pregunté, asegurándome de que todos los botones estuvieran abrochados.

—Otros veinte minutos, cariño —respondió mamá.

—¿Están bien los gemelos? —pregunté, sintiéndome culpable por haber aparentemente abandonado a mis hijos.

—Están bien. Tu padre los llevó a dar un paseo. Se llevó el bate de béisbol acolchado y una pelota, así que estoy segura de que están disfrutando de un paseo por el césped.

—Oh, mierda. Espero que no los traiga de vuelta cubiertos de barro.

—No te preocupes, Pey. Traje un paquete completo de toallitas húmedas, por si acaso.

—¿Cómo está mi casi nuera? —preguntó Frances mientras entraba en la habitación, llevando mi ramo—. ¡Oh, Dios mío! Peyton, cariño, pareces una princesa.

—Gracias —sonreí.

Los padres de Ben me habían hecho sentir como de la familia mucho antes de que él me pidiera matrimonio. Eran maravillosos con los gemelos y los mimaban hasta el extremo.

—Ben está impaciente —susurró—. Nunca lo había visto tan nervioso.

—Oh, bien. Así que no soy solo yo —me reí.

Hubo un leve golpe en la puerta. Era Alan.

—¿Está lista la novia? —llamó a través de la puerta—. Creo que será mejor que empecemos esto antes de que el novio se ponga más pálido.

—Estamos listas, cariño —se rio Frances—. Cinco minutos.

—¿Ya volvió papá?

—Estoy aquí, princesa —escuché la voz de mi padre al otro lado de la puerta.

—Muy bien, chicas, vámonos —dijo mamá.

Me quedé sola por un momento. Miré, una vez más, mi reflejo en el espejo.

—Te ves impresionante, mi hermosa hija —sonrió papá—. Ven, caminemos por ese pasillo. Estoy aquí. Puedes apoyarte en mi brazo, cariño.

—La segunda es la vencida, ¿eh, papá?

—Puedes apostarlo.

* * *

Peyton era una novia impresionante. Mi corazón se me cayó a los pies cuando la vi caminar hacia mí por el pasillo. El "sí, quiero" no podía llegar lo suficientemente rápido para mí.

Después de la ceremonia y la recepción, y después de que nos sacudiéramos el arroz de la ropa, me llevé a mi novia unos días de soledad.

Mis padres estaban más que felices de tener a los gemelos mientras Peyton y yo estábamos de luna de miel. Tenía una sorpresa más guardada para mi esposa perfecta. Estábamos acostados frente a un fuego crepitante en la cabaña que se había convertido en nuestro nido de amor preferido.

Habíamos pasado el día esquiando en las pistas y disfrutando de una comida en el restaurante que habíamos descubierto. Abrí una botella de vino, de la misma cosecha que habíamos compartido la primera vez que nos quedamos en la cabaña, y estábamos acurrucados en el resplandor de las llamas ámbar.

—Esto es perfecto, ¿no? —suspiró Peyton—. Estoy tan contenta de que nos hayas traído aquí

para nuestra luna de miel, cariño.

—Me alegro de que te sientas así, hermosa.

—Oh, así es. Esto es lo más cerca que estaré del paraíso. Ojalá pudiéramos quedarnos aquí todo el tiempo.

—¿Qué? ¿Y perderte el ruido y la contaminación de la ciudad? ¿Has perdido la cabeza, señora Forbes?

—Sí, sí. La vida en la ciudad es buena para los negocios, supongo. Pero no puedes culpar a una chica por soñar.

—Tengo un pequeño regalo para ti, mi hermosa esposa —ronroneé y besé su hombro desnudo.

—¿Oh? Cuidado, querido. Me vas a malcriar.

—¿Eso es algo malo?

—Diablos, no. ¿Qué me has conseguido? —sonrió.

—Espera aquí. Iré a buscarlo.

Peyton se desató y soltó un silbido de lobo bastante fuerte mientras yo caminaba por la sala de estar desnudo.

—Gracias, señora.

—Si el regalo es ese dulce trasero tuyo, es perfecto —se rio.

—Cariño, puedes clavar tus uñas en eso cuando quieras.

—Por supuesto que sí, Sensei.

Volví a la chimenea con una pequeña caja.

—Aquí tienes, señora Forbes —dije y se la entregué.

—Oh, qué emocionante —dijo Peyton y abrió la caja.

Dentro había una llave. La sacó y la sostuvo en alto.

—Vale, no lo entiendo. ¿Es una llave de nuestra casa? Sabes que llevo viviendo allí un tiempo ya.

—Pues claro. No, tontita. Es la llave de tu nueva casa.

—¿Nueva casa? ¿Dónde?

—Esta casa. La compré para ti.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo, Ben Forbes?

—¿Yo haría eso? Es tuya, nena.

—¡Ben! Yo... no sé qué decir.

—Me conformo con "las acciones hablan más que las palabras", preciosa.

—Ben, ¡voy a *accionarte* hasta dejarte sin sesos!